

LA PINTURA INGLESA CONTEMPORÁNEA

Ante todo, ¿qué es lo que caracteriza á los grandes maestros (Wats, Leihgton, Herkomer, Burne-Jones, Millais, Hunt, Alma Tadema) ingleses? se pregunta Roberto de la Sizeranne, en su libro sobre la pintura contemporánea.

Escogen asuntos diferentes, ponen su inspiración á servicio de intereses muy diversos, pero jamás se les ha visto «salirse del asunto.» Nunca desperdiciarán su talento pintando la espalda de una mujer desnuda, como Hermer, ó una cocinera en la sombra, como Ribot. No se entusiasmarán con la belleza de los modelos, de los colores, de las líneas. La pintura del detalle nada significa para ellos. Tan es así, que el pintor inglés Millais ha narrado en sus cuadros más historias que Lamartine ó Byron. Añadimos que el asunto no sólo se hace notable por lo que expresa, sino por lo que deja adivinar. Los ingleses siempre se ocuparon en cuadros históricos. ¿Acaso no los escribía en letra legible Hogarth sobre dos trozos de papel que colocaba en las manos de sus personajes? Los contemporáneos los expresan más delicadamente ó los ocultan bajo los cerrados labios de sus figuras. Se adivina un sentimiento, un drama, algo que se prepara ó que se termina. El drama nunca aparece, pero la imaginación está con esto más excitada. Hunt jamás ha pintado la aterradora figura de Jesús crucificado y abofeteado por la canalla. Se limita á compendiar todo el drama de la Pasión en el gesto de la Madre, que contempla la sombra de una cruz sobre un muro. Burne-Jones no nos muestra una infeliz princesa brutalizada y encerrada en una torre, en la que pasará el resto de su vida. No; nos la muestra libre aún, inquieta, mirando de lejos un castillo...

La pintura inglesa siempre tiene un asunto, y casi siempre este asunto está presentado por el lado más íntimo. «¿El proceder, en pintura, de estos nuevos dramaturgos al ejecutar

sus trabajos es, ó hacer que no pase nada, ó reducir toda la acción al diálogo de un viejo ciego con sus hijas en torno de una mesa, ó prever y no ver los dramas, presentir más que sentir los acontecimientos, ó dar á los actores que están en funciones el sentimiento, y á la escena que se representa el alma del personaje?» Raras veces pintan los ingleses una batalla, una fiesta, una multitud agitada, apasionada y desbordándose; sólo los pintores medianos son capaces de elegir estos asuntos. En Francia, por el contrario, todas las grandes obras de David, de Gros, de Delacroix, de Decamps ó hasta de Flamarg, J. P. Laurens, Cormon y Puvis de Chavannes, son siempre multitudes, agrupaciones las que á nuestra vista se ofrecen. Jamás en la obra inglesa contemporánea se halla una explosión grosera, ni aun un grito de alegría, ni un espectáculo grotesco ó simplemente animado. En ella se reza, se llora, se ama y se muere. Alma Tadema, el único entre sus compañeros que ha querido hacer reír un poco, no se atreve á hacerlo demasiado alto, y si alguna vez entra en sus cuadros el baile, no es más que para cumplir con los ritos religiosos. Esta intimidad del asunto va más lejos, penetra hasta en la forma y en la ejecución.

En la mayor parte de sus composiciones falta el cielo y el pensamiento; no pudiendo perderse en el espacio vacío ó apartarse de los encantadores horizontes, acaba por fijarse en fisonomías que escudriña con más atención. Lo que aumenta la impresión de la intimidad es la abundancia de accesorios que cubren los rincones, y ocultan el principal plan: hojas, flores, tapices estropeados, vasos preciosos. Todos los detalles responden á un mismo sentimiento. Los objetos más minuciosos se juntan.

Se los ve: se presta atención y poco á poco se olvidan estas pequeñeces. ¿Á qué tiende esta intimidad? En el continente la Iglesia y el Estado han protegido casi en todas partes á los artistas y dado una dirección especial al arte dictándoles sus asuntos. En Inglaterra nada de eso pasa.

Por otra parte, la nación inglesa, aislada del resto del mundo é inaccesible, no puede recordar en los muros de sus edificios el relato de las invasiones sufridas. El arte inglés no ha

vivido durante mucho tiempo más que con el auxilio de particulares, cuya felicidad completa consistía en la vida de *home*, del hogar, de la familia: sus asuntos eran los que la gente veía á su alrededor y que á ellos les agradaban. Los cuadros ingleses son los cuadros de un pueblo dichoso, sin historia y sin trágicos sucesos. No obstante, las crónicas de la vida plebeya no pueden cumplir eternamente las exigencias de las ardientes imaginaciones de los artistas. Á fuerza de concentrarse en sí mismo, á falta de dramas de afuera, de incidentes exteriores, el artista inglés ha acabado por producir sus trabajos en el terreno del alma.

Sus asuntos, de históricos se han convertido en psicológicos: desde la intimidad del hogar del *home* ha penetrado hasta la intimidad de la conciencia. Cuando la gran Exposición de París en 1855, se decía que pasar de los grandes salones en donde estaban las obras de Francia á las galerías inglesas era pasar de la guerra y sus furores á las escenas pacíficas de la vida plebeya y familiar. Pero en 1889 era ya preciso decir que su Exposición parecía hecha «para leer en ella la *Vita Nuova* de Dante entre imágenes serenas que murmuran cosas inexplicables.» (Vizconde M. de Vogüé.) Sólo que estos dramas silenciosos del alma, estos imperceptibles movimientos del corazón, estas inquietudes apenas notadas por la razón que se pesa, por el deseo que se adivina ó por el sentimiento que se ignora, no se revelan á vista de juegos musculares muy sensibles ni por gestos muy definidos. Y á fin de traducirlos al exterior, los artistas deben buscar palabras nuevas, esto es, actitudes desacostumbradas, gestos *raros*, gestos que puede hacer el cuerpo, pero con un movimiento muy penoso. Los ingleses gesticulan en sus cuadros tan poco como en su vida, y de aquí resulta que el repertorio de los signos exteriores es de los más limitados.

La particularidad de sus gestos consiste en una inamovilidad muy amanerada ó en una acción muy lenta. El desprecio del gran crítico inglés Ruskin por toda acción violenta, por todo movimiento rápido, «por toda figura que cae, que rueda, que hiere ó que muerde», se ha extendido entre sus compatriotas. Y como el cuerpo no debe agitarse por el dolor,

como los brazos no deben levantarse para manifestar asombro é indignación, siempre es la cabeza la que se alza ó se abate con una ansiedad apasionada sobre un bruto rígido. Sin embargo, se llega á repetir la misma actitud, á abusar de ella, en una palabra.

El compañero de *María Magdalena* y de uno de los marinos de *Nave de amor*, de Rosetti, mueven de igual modo la cabeza: de suerte que el dolor de la falta y la alegría de partir para las riberas del Tendre se expresan por el mismo movimiento de cabeza. Esta particularidad del gesto se ha ejecutado, no obstante, siempre sin abyección, sin bajeza. Los artistas ingleses nunca tienen recursos para los gestos pesados. El conjunto de la naturaleza humana siempre debe guardar su dignidad, á pesar de la cólera ó de la desesperación que la rodean. La nobleza de actitud es, pues, con la particularidad del gesto y la intensidad de la expresión, una característica de la pintura inglesa. Los rostros deben ser siempre bellos, regulares. Armitage ha sido *anatematizado* por sus colegas de Academia á causa de haber introducido... *un negro* en uno de sus cuadros. Porque todos al unísono tienden á realizar este precepto de *su* Ruskin: «Exagerando el signo exterior de la pasión se nos muestra, no su fuerza, sino sólo la debilidad del héroe.» Otro rasgo característico de los artistas ingleses: todos demuestran su esfuerzo por salirse del orden clásico de la composición acostumbrada del cuadro. Un español se cuida, ordinariamente, de colocar su personaje en medio del cuadro y calcular las proporciones de uno y otro, á fin de que la figura quepa libremente en el marco. Los ingleses no se preocupan de esto. En el retrato de D'Epps, hecho por Alma Tadema, hay una cabeza y un busto; pero no hay brazos, ni piernas, ni espaldas, por más que el cuerpo está de perfil. Hay, en recompensa, tres manos. La tercera es, indudablemente, la de un enfermo á quien el doctor toma el pulso. La mayoría de los artistas ingleses pintan cuerpos muy gruesos en cuadros muy pequeños, «cuadros de Procusto, que les atraviesan por una ú otra parte algún miembro del cuerpo. Si el marco coge una esquina, coge también los dedos del personaje.» Los ingleses ya no admiten la agrupación de figuras, á fin de con-

centrar el interés en la principal de ellas. Los personajes que entran en el mismo cuadro se hallan reunidos algo al acaso, conservando cada uno su individualidad, como buenos ingleses que son. Pero todas estas razones dan un sello especial á la pintura inglesa. «Entrando en una Galería inglesa, creemos apartarnos de la vida: hemos salido de sus futilidades y de sus fáciles obstáculos; pero lo que tiene de doloroso se nos representa, á pesar nuestro. Tratando de pinturas, creemos ver una decoración y nos hacen ver un drama. Somos como el novio de Coleridge: va á una fiesta y ha encontrado un viejo marinero, de mirada brillante, que le ha obligado á sentarse en un banco de piedra y á escuchar la terrible lección del *Albatros*.» Pasemos al color en la pintura inglesa. Para los ingleses, el color debe ser brillante: *brighth colour* es una de las leyes de los *prerrafaelistas*. Antes de ellos se prefería el color mortecino, *subdued*, y hasta oscuro. Con la influencia de Ruskin, el *brighth colour* ha triunfado en toda la línea. Los ataques de Ruskin contra el color *oscuro* son de los más característicos. Siempre preparado para defender los colores brillantes, el anciano esteta conjura á los pintores ingleses á que sigan por el camino de las tonalidades claras, brillantes. Cree, sin embargo, que no llegará á entusiasmar al público probando que en esas tonalidades está el color verdadero; prueba que es un color .. moral, que es una institución... divina y que está prescrito por los libros santos. He aquí un pasaje de Ruskin: «Dios mismo ha empleado el color brillante en su creación como el invariable acompañamiento de todo lo que es más puro, más inocente y más precioso, en tanto que á las cosas útiles se les han dado colores comunes sólo para usos materiales ó peligrosos. Considerad por un instante lo que sería del mundo si todas las flores fuesen grises, todas las hojas negras y el cielo siempre brumoso. Además, observad que *las cosas inocentes son siempre de un color brillante*. Mirad el cuello de una paloma y comparadle con el dorso gris de una víbora.»

«Muchas veces he oído hablar de las serpientes de colores brillantes, y supuse que las tales abrigan en su seno *dulces venenos*, por ejemplo, la dedelera y la kalmia, y por lo mis-

mo llegué á comprender que debían existir serpientes que fuesen símbolos del desengaño. Pero todos los reptiles venenosos son en realidad grises, rojo-oscuras ó negros, diversamente coloreados, y el más terrible que yo he visto, el áspid de Egipto, es precisamente del color de arena ó un poco más gris. Por lo mismo, el cocodrilo es gris; pero el inofensivo lagarto es de un verde espléndido. No pretendo que esta regla sea invariable, pues de otro modo encerraría en sí más evidencia que ninguna de las lecciones del universo físico ha encerrado: hay bellos colores en el leopardo y en el tigre... Pero mirad el conjunto de la naturaleza y comparad generalmente los arco-iris, las salidas del sol, las rosas, las violetas, los pájaros, las mariposas, los peces rojos, los rubíes, los ópalos, los corales con los cocodrilos, los hipopótamos, los leones, los lobos, los osos, los cerdos, los caracoles, los tiburones, los huesos, las nieblas y el conjunto de cosas que están destinadas á corromper, á minar, á destruir, y conoceréis en qué se funda la cuestión entre los coloristas y los *claroscuro*ristas, y veréis cómo los primeros tienen de su parte á la Naturaleza y á la vida, los otros al pecado y á la muerte...» ¿Por qué sucede que hoy Inglaterra tiende demasiado al *bright*? Lo que allí se llama *hacer color* se reduce al olvido de la ley de los valeres ó de la combinación de los tonos. Los artistas ingleses lo sacrifican todo á la *brillancy* del color, y en esto está comprendida la imitación de la naturaleza. Los colores de Madox Brown y de Hunt hacen lanzar exclamaciones de asombro y espanto. Los colores de Burne-Jones tienen una brillantez falsa que se debiera calificar con el nombre de *chripocale* (composición metálica que imita el oro). Estos colores no nos chocan por su viveza, sino por su falsedad y porque en ellos se echa de menos la combinación de los tintes; en una palabra, los ingleses coleccionan colores y no los armonizan. Examinar cada color por un pequeño hueco, uno después de otro, sin consideración alguna del color de al lado ni del efecto. Sólo una voz se eleva en Inglaterra contra «estas crudezas y estos absurdos», como los llama el valeroso Poynter en sus conferencias de Oxford; pero esta voz no se escucha. El «color brillante» domina de un modo absoluto en

los artistas ingleses. El proceso que hace tiempo se falló ante los tribunales ingleses da verdadera razón de ello. El célebre pintor americano Whistler, que vivía en Londres de tal modo, fué perseguido por Ruskin, que creyó necesario dirigirse á los tribunales. La crítica calificó su *Fuego de artificio* de «*puchero* de colores arrojado á la faz del público.» El jurado encontró innumerables obstáculos antes de pronunciar si la pintura de Whistler era una «mala guasa.» Se llevaron los cuadros de Whistler á la corte y se entablaron diálogos como éste:

Barón Huddleston. — ¿Y qué, este conjunto de cuadros representa en resumen el antiguo puente de Battersea? (Risas.)

El testigo. — V. S. está ahora bastante cerca del cuadro para notar el efecto que yo he querido producir á distancia. El espectador supone que mira desde lo alto del río, volviendo hacia Londres.

Comparecen en la sala del tribunal los maestros de la pintura inglesa y deponen de este modo:

Bowen. — ¿Creéis que el detalle y la composición son esenciales á una obra de arte?

Burne-Jones. — Sí, por cierto.

Bowen. — Ahora bien, ¿qué detalle y qué composición halláis en este *Nocturno*?

Burne-Jones. — Absolutamente ninguno.

Bowen. — ¿Creeis que 200 guineas son un precio considerable para pagar este cuadro?

Burne-Jones. — Sí, cuando se considera el trabajo que muchas veces se ha hecho por menos dinero. — Los críticos del *Times* y otros periódicos hicieron la misma declaración. Decididamente, los personajes de Whistler, que *nadan* en la sombra, no han sido creados por los ingleses, y cuando Ruskin fué condenado por difamación á una suma relativamente insignificante, se abrió una suscripción pública que pagó con largueza la multa y los gastos del proceso. ¿Cuál es el fin de la pintura inglesa? Porque este arte siempre tiene uno que descubre sus singularidades, una idea alrededor del cuadro que explica sus defectos. Este fin consiste en dirigirse á todas

las facultades del hombre: talento, inteligencia, memoria, conciencia, corazón, y no se dirige solamente á la facultad de visión de nuestro ser, ni á la de visión y á la imaginativa juntas. Porque el arte absolutamente perfecto revela, como dice Ruskin, al hombre todo. Por esto, es preciso que el artista mismo sea una inteligencia completa; y lo es, nos dice Roberto de la Sizeranne Hoy día todos los pintores ingleses de valer son semejantes á los artistas poetas, William Blake, Bell Scott, Rossetti, por la extensión de sus conocimientos y de sus simpatías. William Morris, el tapicero y el vidriero de los altos ventanales de las basílicas, es al presente el mejor poeta de Inglaterra y uno de los jefes del partido socialista. Leighton habla todas las lenguas. Burne-Jones, que ha estado en Oxford, es un elegante erudito en literatura legendaria. Wats es un filósofo, Hunt un exégeta, Alma Tadema un arqueólogo. Poynter da conferencias como en otro tiempo. Reynolds, Stephens y el desventurado Ph. G. Hamerton han escrito siempre mejor que pintado. Millais y Herkoner explican muy brillantemente ideas generales sobre todas las artes, y el último ha tenido una cátedra en Oxford. Hemos admirado, hablando con algunos de estos maestros, su supericridad de cultura sobre la mayoría de los artistas del continente. Todas las cuestiones que se agitan en el mundo han tenido inteligente eco en estos talleres de pintura. Todos los movimientos de las turbas hacen vibrar estas almas de artistas. Cuando no se pinta en el *estudio* de M. Cl... se dan conferencias teológicas, y cuando la *Belle Dame sans merci* no se pasea en el florido jardín, entre los *rhododendrons* de M. H. H... en Hampstead, es que Gladstone acaba de pronunciar allí un discurso sobre el *home rule*. Estos artistas pueden ejercer dominio sobre nuestras facultades, porque están obrando, y pueden enseñarnos mucho porque han aprendido mucho.

Se conoce que los artistas pensadores estiman ante todo el trabajo y todos son grandes trabajadores y dan prueba de un poderío, de una voluntad y de una constancia sobresalientes.

Este arte además es didáctico. Ruskin no duda declarar que la enseñanza científica de las leyes del universo ó de los hechos

de la historia deben ser el primer fin del pintor. Y el arte debe ser didáctico porque debe elevarnos á la adoración del Creador. Y todos los que no dan al arte un fin puramente religioso le dan un fin moral. Los artistas ingleses admiten que el pueblo entero toma de ellos ejemplo de moralidad. Es necesario, después de ellos, que la democracia entera goce de los placeres infinitos y moralizadores que el arte procura. El arte debe ser, por consiguiente, muy noble y muy popular. El arte debe ser propiedad de todo el mundo. Pero es preciso además que el arte sea nacional.

Es preciso que sea inglés, y esto porque, aparte de algunas excepciones, todo artista inglés se opone á la influencia del extranjero, hasta á la influencia francesa. Millais, el que parece entre los artistas *más francés*, es inconfundible con ningún artista traspirenaico.

Todos sus críticos le inducen á que sea, ante todo, inglés. Ruskin dice que se pueden mirar los modelos griegos á condición de no imitarlos jamás. « Vosotros no sois griegos, dice á sus discípulos, pero, mejores ó peores, sois ingleses y no podéis hacer nada de bueno fuera de lo que vuestros corazones ingleses os inspiraron y de lo que os enseñaron los cielos de Inglaterra » Así considerado el arte inglés, se nos presenta, no como hijo del amor, sino como hijo del deber. Ha venido á este mundo, ya para ennoblecer la vida, ya para enseñarla, ya para mejorarla. No ha venido para vivir con su propia vida, libre, contento. Ha dirigido su vista hacia todos los fines, menos al de sí mismo. Á todo tiende: á la ciencia, á la psicología, al patriotismo, pero no tiende á lo bello. ¿Y este arte debe ser despreciado ó imitado? Ni lo uno ni lo otro. Porque cuando se estudia de cerca extraña ver que ciertas teorías, sostenidas por los ingenios más eminentes, aplicadas por las personas más concienzudas, dan muchas veces resultados completamente erróneos. Es preciso tener los errores del arte inglés por los más nobles, los más gloriosos; pero es preciso guardarse bien de imitarlos. Guardémonos bien, nos dice Roberto de Sizeranne, de las teorías que pretenden engrandecer el curso del arte reduciéndolo á estar al servicio de opiniones ó de dudas que dan al artista otra misión que la

de expresar lo bello, lo bello sin frases, sin intenciones, sin apostolados. Guardémonos del error que cree entender el arte apartándolo de su camino, profundizar en él arruinándolo por su base, elevarlo haciéndolo esclavo.

FEDERICO CARLOS DE MONTERREY.

UNA VISITA A BURGOS⁽¹⁾

I

Si yo dijese á mis lectores el corto tiempo que estuve en la «muy noble y muy más leal ciudad de Burgos», seguramente censurarían mi poco amor á las bellas artes y mi atrevimiento al escribir sobre cosas que vi tan á la ligera. ¡Qué conjunto tan encantador ofrece la gótica catedral! ¡Qué obra de arte tan prodigiosa! Las portadas, llenas de hermosas estatuas, las dos altas torres con sus elegantes agujas, las dos más bajas del crucero y de la capilla del Condestable adornadas con exquisito gusto, los calados adornos, las afilegranadas cresterías, todo, absolutamente todo, es una maravilla. No olvidaré en mi vida el día 28 de Abril de 1892. Si la catedral de Burgos no es tan grandiosa como la de Colonia y la de Strasburgo, ni tan atrevida como la de León, ni tan gallarda como la moderna de Viena, puede compararse y aun competir con todas las obras maestras de estilo ojival.

El Obispo Don Mauricio y el Rey D. Fernando III colocaron la primera piedra de la iglesia en 20 de Julio de 1221; pero hasta el 1458 no se terminaron los chapiteles de sus torres.

La fachada principal, de tres cuerpos, está considerada como la obra artística más bella que se encuentra en España. Tiene tres puertas: tanto la principal, que se llama *Real ó del Perdón*, como las colaterales, están despojadas de las delicadas labores que antiguamente las adornaban. A los lados de dicha fachada se levantan las dos torres. Por una escalinata se

(1) Publicóse este artículo en *La Crónica Mercantil*, de Valladolid, del 11, 12 y 13 de Mayo de 1902.

sube á la puerta del *Sarmental*, la cual se halla dividida por una pequeña columna que sostiene la estatua del Obispo Mauricio. La fachada, también de tres cuerpos, descubre en el segundo un bellissimo rosetón de vidrios de colores, del siglo XIV. La puerta de la *Pellejería*, correspondiente al estilo plateresco, es rica en finos detalles. La de la *Coronería* no es inferior en belleza á las otras; pero da pena considerar la obra moderna que la afea, como también tantas figuras mutiladas y tantos adornos rotos.

En el interior, la iglesia tiene forma de cruz latina y consta de tres naves. Vense por doquiera arrogantes columnas, ojivales ventanas, delicados ajimeces, balconcillos con antepechos primorosamente calados, ricas puertas, lindísimos bajos relieves, soberbios sepulcros, severos púlpitos, artísticas rejas, lindas vidrieras de colores representando asuntos sagrados y religiosos, magníficas estatuas y preciosos cuadros.

El crucero, de forma octagonal, llama la atención por lo atrevido de su fábrica y delicada ornamentación. Cuéntase que Felipe II, si bien no era muy competente en bellas artes y carecía de gusto artístico hubo de exclamar que *más parecía obra de ángeles que de hombres*. Se terminó el 4 de Diciembre de 1567. En la capilla mayor debe considerarse el suntuoso retablo. Es dórico el primer cuerpo, jónico el segundo y corintio el tercero, y hállase embellecido por hornacinas, imágenes y medallones. En el cuerpo inferior se ve el *Sagrario*, en el central *Santa María la Mayor* y en el superior la *Asunción*, rematando, por último, con la *Coronación de la Virgen*. Detrás del altar mayor se admiran cinco grandes medallones de piedra, destacándose los tres del centro, ejecutados por Felipe de Borgoña. En el coro, bien merece especial mención la sillería, cuya primorosa talla puede competir con las mejores. Causa admiración en la capilla de *Santa Ana* un precioso retablo y el notable sepulcro de D. Luis Osorio Acuña, obra de Diego de Siloe. La espaciosa capilla de *Santa Tecla*, está destinada á parroquia del *Sagrario*. En la capilla del *Santo Cristo* hay de éste una famosa imagen á la cual adoran los burgaleses con especial devoción, y en la de la *Consolación* existe el cuadro de la *Virgen*, que, según

Ponz, debe ser de Miguel Angel, y el académico D. Dióscoro Puebla atribuye el dibujo á aquel insigne artista y el colorido á Sebastián Piombo.

Pasando al claustro, la puerta de madera es una joya artística. Al estilo ojival pertenece la arquitectura del claustro, y en éi se encuentran algunas cosas de bastante mérito. En la sala capitular se halla un cuadro de *Cristo en la Cruz*, afirmándose por unos que es del Greco, y otros, en mi sentir con más acierto, de Mateo Cerezo; y en la sacristía principal ó capilla de Santa Catalina (la primera sala capitular) están los retratos de los antiguos y modernos Prelados de la Santa Iglesia.

La *capilla del Condestable* es lo más excelente del grandioso templo. La reja de la portada, obra de Cristóbal de Andino, es magnífica; encantan sus delicadas labores y causa admiración la cairelada crestería del arco de entrada. Dirigió las obras de la capilla Simón de Colonia, y los fundadores fueron D. Pedro Fernández de Velasco, Condestable de Castilla, y su mujer D.^a Mencía de Mendoza. El retablo del altar mayor fué aplaudido por Bosarte, en particular la imagen de la *Purificación de María*; y descuella, en el retablo de San Pedro, un *San Jerónimo*, digno del famoso Gaspar Becerra. El sepulcro de los fundadores, colocado en medio de la capilla, no carece de suntuosidad, y las dos estatuas yacentes, de mármol de Carrara, son primorosas, lo mismo en su conjunto que en los detalles. Al lado de los sepulcros se ve una gran piedra, que pesa 2.959 arrobas, la cual debía servir de urna sepulcral á uno de los sucesores del Condestable. Entrando en la sacristía por una bonita puerta del Renacimiento, entre varios objetos de arte, sobresale el encantador cuadro de la *Magdalena*. Atribúyese á Leonardo de Vinci, y se puede asegurar, que tiene un mérito pictórico indiscutible. ¡Qué rostro tan expresivo! ¡Qué ojos tan dulces! ¡Qué cabellos tan rubios y sedosos caen sobre sus espaldas! Sin embargo, he de decir, que creo superior, tanto por la corrección del dibujo como por la exquisita ternura, la *Sacra Familia* de Julio Romano, rica joya del Museo provincial de Valladolid.

Se terminará esta sucinta relación de la Catedral, haciendo

notar que en la nave mayor, y sobre el primero de los arcos del muro del Evangelio, á la altura de las ventanas, se halla el famoso *Papa moscas*, que no es otra cosa sino una figura humana que tiene en la mano un papel de música y que abre la boca á cada hora que da un reloj. Antiguamente había otra figura, de mediano tamaño y que se llamaba *Martinillo*; estaba oculta, abría la portezuela, se asomaba, daba los cuartos y volvía á encerrarse.

II

Después de la catedral, procede ocuparse de los templos. En la iglesia de *Santa Águeda*, conocida con la denominación de *Santa Gadea*, dícese que el Cid hizo jurar á Alfonso VI cómo éste no había tenido parte en la muerte de su hermano Sancho el Fuerte. El sencillo templo, como opina el estudioso joven y excelente abogado D. Bernardo Fernández Cobo, no manifiesta la antigüedad que se supone, pudiéndose asegurar que las reedificaciones, reparos y obras nuevas le han quitado su primitivo carácter. Ostenta *San Nicolás de Bari*, fábrica del siglo XII, en su parte exterior sencilla portada bajo elegante arco ojival, y en su interior un retablo mayor, de piedra labrada con delicadeza y de estilo gótico florido. La de *San Esteban*, mencionada con las de San Nicolás y Santa Águeda en 1163 por Alejandro VI, consta de tres naves. No carece de objetos dignos de estima y su retablo mayor es bueno. También pertenece al estilo ojival la de *San Gil*: si el retablo de la capilla mayor es churrigueresco, en cambio son de mucho gusto los que se encuentran en las capillas de la *Natividad* y de la *Buena Mañana* y algunos sepulcros. Muestra notable portada ojival la bellísima de *San Lesmes*, del siglo XIV; la de *San Lorenzo*, cuya fachada pertenece al orden corintio, encierra la sepultura del P. Astete, autor del Catecismo; la de *San Cosme* fué fabricada en el siglo XIII, y, por último, la antiquísima de *San Pedro y San Felices*, reedificada muchas veces y que apenas conserva pequeños restos de su fundación sobre la puerta de entrada.

El *Palacio Arzobispal* y el *Seminario Conciliar*, fundado éste en 1564 con el nombre de Colegio de San Jerónimo, son buenos edificios.

Acerca de los monumentos civiles que dan fama á Burgos, se citará en primer término el *Arco de Santa María*, del siglo XVI, y en cuyo segundo cuerpo se ven las estatuas de Nuño Rasura, Diego Porcellos y Laín Calvo. Sobre dicho arco se ha establecido el *Museo Histórico y Artístico*, donde se hallan algunos sepulcros, como también precioso y bizantino frontal, procedente de uno de los altares de Santo Domingo de Silos. Nada diré del *Arco de Fernán-González*, del siglo XVI, sencillo, sin exornación y algo destruído por el tiempo; ni del *pobre monumento* que en el año 1784 se erigió en el solar de la casa donde nació el Cid; pero merece grato recuerdo la *estatua en bronce de Carlos III*, perfectamente ejecutada y que se levanta en la Plaza Mayor. No carece de valor histórico, ni de mérito artístico la *Capitania General*, situada en el antiguo palacio del Condestable, conocido con el nombre de *Casa del Cordón*. De mejor construcción es el *Instituto de 2.^a enseñanza*, establecido en el colegio de San Nicolás y edificado en el siglo XVI.

En la *Casa Consistorial*, construída á últimos del siglo pasado, y en pequeña capilla, se guardan en elegante urna, como rico ypreciado depósito, los huesos del Cid y de Jimena. Dícese también que allí está la *silla* donde se sentaban los primeros jueces de Castilla para administrar justicia; pero su autenticidad ofrece duda, y nada más diré sobre el particular, respetando el entusiasmo de los burgaleses por sus antiguas glorias. Con todo detenimiento pude contemplar los objetos que encierra el Consistorio, merced á la cariñosa benevolencia de mi antiguo discípulo D. Valentín Dorado.

Honran á Burgos los nuevos edificios del *Palacio Provincial*, *Audiencia* y *Hospital Militar*.

Burgos, madre cariñosa de sus preclaros hijos, ha colocado una lápida en la casa donde nació el ilustre jurisconsulto é insigne político D. Manuel Alonso Martínez.

Citaré también el elegante *paseo del Espolón*, adornado con ocho estatuas que representan á Fernán-González,

San Millán de la Cogulla y á los Reyes Teodorico I, Fernando I, Alfonso VI, Alfonso XI, Juan I y Enrique III. Falta sólo ocuparme del Monasterio de las Huelgas, Hospital del Rey y y de la Cartuja de Miraflores; pero esto será materia del siguiente párrafo.

III

Á un kilómetro de la ciudad de Burgos se levanta el *Monasterio de las Huelgas*, edificado por Alfonso VIII el de las Navas, desde el año 1180 al 1187. Lo mismo la iglesia que el monasterio no son hoy monumentos que pertenecen á un estilo arquitectónico determinado; por el contrario, se ven en ellos restos románicos, ojivales, árabes y modernos.

Después de una portada, más sencilla que elegante, se entra en el pórtico, donde yacen, como olvidados, algunos buenos sepulcros. El arco de la puerta del templo no carece de bella ornamentación ojival. La planta de la iglesia tiene forma de cruz latina, de altas naves, y gran parte de aquélla está encerrada dentro del coro. El retablo mayor, como también los seis restantes, son del gusto churrigueresco, llamando únicamente la atención un púlpito giratorio, de hierro repujado, donde es fama que predicó San Vicente Ferrer.

La fachada del claustro del monasterio termina con una crestería fina y delicada. Guardan las señoras, con mucho aprecio, el estandarte que Muhammad Aben Jacub, el Miramamolín, llevaba en las Navas de Tolosa; pero paréceme, más que estandarte, una cortina de la tienda del Rey de Marruecos.

Al presente se están haciendo obras en el pórtico de la iglesia, y las bellas artes no perderán seguramente, porque D. Santiago Fernández Cano, administrador del Real patronato de las Huelgas, con exquisito cuidado, repara los desperfectos, reconstruye lo aruinado y derriba los pegotes, prometiéndose que dentro de corto plazo recobrará su primitivo estado aquel monumento, célebre por el Rey que lo hizo, respetable por su antigüedad, importante por su historia y digno de conservarse por su valor artístico.

Sujeto antiguamente á la jurisdicción de la abadesa de las

Huelgas y fundado también por Alfonso VIII, se halla cerca el *Hospital del Rey*. En la ornamentación de la portada principal, y especialmente en la crestería, se ven delicados adornos platerescos del siglo XVI. A la derecha del patio está la *casa de Romeros*, cuya gallarda portada pertenece al mismo estilo; y á la izquierda, la botica, la iglesia y la torre. El atrio del templo se distingue por el gusto plateresco, y la puerta de la iglesia, colocada bajo bonito arco románico, muestra, entre sus bellos adornos, una *Eva* de bastante mérito. Nada de valor artístico encierra la iglesia, y sólo mencionaré un púlpito de hierro, de estilo gótico florido. El primitivo templo, fábrica del siglo XII y destruido por un incendio, conserva restos árabes muy curiosos, especialmente el artesonado.

Procede terminar mi visita á Burgos ocupándome de la *Cartuja de Miraflores*. Hállase situada á tres kilómetros de la ciudad y en el mismo sitio que ocupaba el palacio que edificó Enrique III para su recreo, el cual fué cedido por Juan II, en 1441, á los cartujos. La oposición de D. Alvaro de Luna al establecimiento de los cartujos en Miraflores fué, según dice el mismo Rey, una de las causas de la muerte del gran privado. Del actual monasterio comenzaron las obras en 1454, conforme al diseño de Juan de Colonia, las continuó García Fernández Matienzo, y fueron terminadas por Simón de Colonia en 1488. Al gótico florido corresponde la portada del templo: en su interior, consta éste de una nave, con ventanas ojivales que tienen vidrios de color, y cuya bóveda luce escudos y florones. De regular composición es el retablo mayor; pero sus efigies pueden calificarse de medianas. Debajo del presbiterio y en el centro de la iglesia se levanta *el sepulcro de alabastro de Juan II y de su mujer D.^a Isabel*, y en el lado del Evangelio, el *del Infante D. Alfonso*; las dos, joyas preciadas del arte y construidas por Gil de Siloée en 1489 por orden de Isabel la Católica, han sufrido mutilaciones y desperfectos de alguna consideración. La silla abacial, en la capilla mayor, cerca de la epístola, como la sillería de los monjes, de orden corintio, y la de los legos, de gusto gótico, son de una labor admirable.

En el lado del Evangelio se abre una puerta que comunica

con una capilla, donde en el altar mayor se adora la hermosísima efigie de *San Bruno*, debido al genio de Manuel Pereira. Está de pie, contemplando absorto un Crucifijo que tiene en la mano derecha. ¡Cuanta expresión, dulzura y sobriedad cenobítica hay en aquel rostro y en aquella mirada! *No habla, dicen, porque es cartujo*, y estas palabras no carecen de fundamento. El *San Bruno* de Pereira ocupa lugar preferente entre esas sublimes creaciones que se llaman el *Cristo* y la *Santa Teresa* de Gregorio Hernández, la *Dolorosa* de Juan de Juni y la *Concepción* de Juan Martínez Montañés ó de Alonso Cano.

Si el panorama que se descubre desde la Cartuja de Nápoles es, según unánime opinión de los viajeros, el más bello de Italia, yo puedo asegurar que el horizonte y paisaje que he contemplado desde la Cartuja de Miraflores es el más encantador y hermoso de Castilla.

JUAN ORTEGA RUBIO.

EL MENDIGO

(DE A. CHENIER)

Á MI BUEN AMIGO EL EXCMO. SR. D. JOSÉ DE CÁRDENAS

C'etait quand le printemps a reverdi les près.

La hermosa primavera ya esmaltaba
de verdi brillador matiz al prado.
La hija de Lico, de cabellos blondos,
por faldas de los montes de la Aquea,
no lejos de Ceryna, divagaba
del puro y leve Crathis á la orilla,
que por bajo de bóvedas de fresno
baña la fértil posesión de Lico.

.....
En la margen de enfrente, subitáneo,
de lo más hondo del boscaje espeso,
atroz fantasma lívido aparece,
medio vestido y el cabello hirsuto:
Gélido el labio removía apenas
implorando en su pro númenes y hombres;
dos días ha que entre la fronda umbrátil
se mueve á rastras, débil, moribundo
y en el dolor morir tan sólo espera.
Atónita la niña y temblorosa
Á tal visión, aborto de los bosques,
intenta huir, mas oye sus quejidos
y observa que, de hinojos, le dirige
los suplicantes brazos y le ruega
que deponga el temor: voraz el hambre
le está punzando y el vivir le arranca.

«¡Oh hermosa ya desde tu albor primero!
Si debes tú la luz, como imagino,
al numen de estas ondas, bella ninfa,
las benévolas manos de los dioses
al ansia del mortal suelen abrirse.
O si acaso una testa coronada
hija te nombra y te reserva el trono,
recuerda, oh niña, que, en el cetro, á veces
el cielo es vengador del oprimido.
¡Hermosa virgen, vástago sin duda
de una deidad! temor, temor abriga
si de hambre perecer dejas al pobre:
los númenes envían al orante.»

Detiénese la niña. Para verle
los ojos osa alzar, y así le dice:
«Amigo, al implorante el cielo escucha:
al entoldar la sombra el horizonte
el puente móvil pasarás, y al punto
penetras en mi hogar; tendré cuidado
de que pasar te dejen sin estorbo.
El opulento Lico, que es mi padre,
hoy se dispone a celebrar con fiesta,
por duodécima vez, mi natalicio.
No tiene más que á mí, y me quiere mucho:
ven esta noche, ven: es tierno, humano,
y con quien llora, cariñoso llora.»

Dice, y, el pecho palpitando, huye:
que el extranjero, al ávido escucharla,
ojo escudriñador en ella fija.
Rápida en el palacio ingresa al punto,
en busca de la esclava, que á sus años
con solícito afán dulce atendía:
tan prudente liberta, nutridora
había sido de su madre; entonces
velaba austera con su anciano esposo.
En lo íntimo del atrio la descubre;
corre, corre y su faz acariciando:

«Cariñosa nodriza, ¡oh madre! escucha:

me harás un gran favor. Óyeme, madre:
extranjero infeliz al otro lado
del río que en la última miseria,
pálido, hambriento está y agonizante,
no me descubras: hoy le he prometido
hacer de modo que á mi padre vea
y que su auxilio logre: deja que entre
y en especial, ¡oh madre de mi madre!
¡haz que ninguno su miseria insulte!»
Hija mía, sí, sí; todos, sí, todos
harán tu voluntad, la esclava dice
su sien besando y sus doradas crenchas.
En tu fiesta entrará tu protegido:
tu madre, alumna mía, ¡pobrecita!
gozaba en consolar al pobre ó débil:
tú la asemejarás en sus virtudes,
como ya la asemejas, hija mía,
en tu ingenio, candor y dulces ojos.»

Iba la noche mientras congregando
los comensales: entran revestidos
de odoríferas túnicas de lujo.
Lino de Jonia, en fúlgidos tapices,
pende de techos de marfil y oro.
Todo el palacio alégrase y se esponja
de mil perfumes al olor divino.
La mesa vasta y circular se cubre
de sápidos manjares. El incienso
en amplias ondas de vapor asciende:
sobre su pedestal de fina plata
formas vivientes irguen en sus manos
flamíferas antorchas: las figuras
el ónix, el cristal y los metales
en vasos, que el cincel pobló de brutos,
ó de hombres, por doquier fúlgidos brillan:
las liras prontas son; por todas partes
hacinados se ven el mirto y flores.
De mil matices tiéndense en triclinio.
Y junto á Lico admítese á la niña,

ídolo del festín; su sien ofrece
de gayas rosas nítida guirnalda.
Á fin de que reprima la licencia
rey del banquete á Lico todos nombran.
Vinos, canciones, plácida alegría
é innúmeras palabras se entrecruzan.
Entonces la girante doble puerta
ábrese á espectro fúnebre que al punto
busca ávido el altar hospitalario.
Tiñe el rubor la frente de la niña:
corre al hogar la funeraria sombra,
abrázase al altar, tomando asiento
en la ceniza: con profundo asombro
todos se callan por afán de oírle.

«Oh, Lico, hijo de Evémon, nunca turben
ni el tiempo ni los dicces tu opulencia:
tus tesoros, tu púrpura y tu aspecto
tranquilo y noble, al parecer anuncian
á un poderoso rey, ídolo amado
de su ciudad. El pueblo que se sienta
á tu banquete opíparo te honora
como á deidad venida del Olimpo.
Contempla á un extranjero que en el polvo
morirá sin tu mano hospitalaria.
Desconocido soy: de tu palacio
atravesé el dintel: que al pordiosero
un mucho de pudor dañarle puede.
Por Júpiter, ¡oh Lico! ¡Por tu hija!
¡Por tu inocente hija, que me ha abierto
tu puerta bienhechora!.. En otros días
yo fuí rico también, y nunca, nunca
de mi egregio festín he despedido
al suplicante mísero extranjero.
¡Y hoy el hambre es mi lote, el hambre, el hambre
que tanto al alma como al rostro humilla,
que á veces torna odioso é importuno
al hombre á quien sujeta avergonzarse
bajar la vista y contemplar el polvo.»

«Extranjero, es verdad: el torpe acaso
forma el destino próspero de todos,
ya buenos, ya malvados. En mi casa
mi huésped eres tú: que aquí se odia,
más que al infierno, al público enemigo,
al ricachón de corazón de bronce,
de Némesis aborto, que á las ansias
del mísero infeliz su avaro pecho
con bárbaro desdén sórdido cierra.
Gracias, hija, te doy por conducirle:
hija mía, muy bien; así obra siempre:
es un deber, es el deber supremo
al pobre respetar: que con frecuencia
los Inmortales (y hasta el mismo Jove)
bajo el disfraz de harapos polvorientos
de dintel en dintel van tentadores,
en busca del mortal afortunado.»

Elévase de aplausos un murmurio.
Lico desciende del triclinio, corre
y da la mano, alzando al extranjero:
«¡Salud, señor, y quieran las deidades
propicias ser á cuantos votos formes!
Huésped mío, levántate. Tu aspecto
páreceme encubrir á un noble y sabio;
mas de ocultar tu faz tus manos cesen.
Indigencia y virtud muy á menudo
unidas marchan y también á veces
de manto vil el sabio revestido
habita solo, con los sumos dioses
y la bárbara suerte desafía.
Recubierto de cálidos tapices
y en suaves vellones, á la sombra
del pórtico podrás, en dulce sueño,
aquí esperar el sol: haré que vuelvas
á ver tu hogar, tu patria y tu familia,
si los dioses su aliento han conservado;
que todo errante mísero alimenta
ansia profunda de tornar al suelo

do vió la luz: mi huésped, de mi casa
 invades el dintel en el instante
 que vió nacer mi niña, en otro tiempo.
 ¡Salud! ¿No ves? Te traen pan y mesa.
 Descansa, el hambre saciarás al punto:
 después si no hay razón para ocultarlo,
 ¡tu nombre nos dirás, tu padre y patria!»

Y no torna al triclinio sin que el pobre
 antes se siente. Esclava jovencita
 vierte agua pura de un argénteo jarro
 sobre sus manos; luego le aproximan
 mesa de cedro que limpió la esponja,
 y en ella á su avidez vienen hirviendo
 sabrosas carnes en bronceo disco,
 jarro vinoso y de doble asa un cáliz.
 «Amigo, dice Lico, come y bebe:
 fuera el ansia mortal, porque presumo
 que ha de ser tu mañana un bello día.»

.....
 Írguese Lico en pos, y ordena al punto
 su copa henchir, y que el copero escancie
 á todo comensal olas de vino:
 «Para brindar á Júpiter, que envía
 al extranjero, de mi hogar ya huésped.»
 De mano en mano corre el vino en ronda;
 el opulento Lico, el mismo Lico
 llena profunda copa y la remite
 al extranjero: «Salve, huésped, bebe;
 pronto, pronto he de hacer veas los techos
 de tu región natal, aunque se hallaran
 muy más allá del Cáucaso nevado.»
 De manos del copero el cáliz ase
 y, alzándose, á los númenes invoca
 en pro de todos los allí conjuntos;
 bebe, á sentarse torna; sus cabellos,
 sobre su sien caídos, ocultaban
 su noble faz, y su lenguaje noble
 mezclábase de quejas y sonrisas.

«Mi huésped, ya que en tus dorados techos
de mi hambre voraz calmé las ansias,
¿soltar los lazos osaré á mi lengua?
No tengo patria, padres ni dominios;
mas oye: ese licor que generoso
tú me has vertido con tu mano misma
abre mi boca. Así, ya que he empezado,
oye lo que quizás callar debiera,
y á mi labio y mis súplicas perdona;
del vino los ardores temerarios
(ya lo debes saber) muy á menudo
avivan el pudor hasta el exceso.
Por punzantes guijarros malherido
ó áridas arenas, desgarrado
por zarzales ó ávidos insectos,
escuálido á abstinencia prolongada,
jadeante aún á máxima carrera,
y el á nado pasar río anchuroso,
me hacen sin fuerza aparecer ni bríos;
mas robusto nací y aún no he traspuesto
la vigorosa edad; reposo leve
me hará al vigor volver y á la costumbre
de trabajar, que albergo todavía.
Emplea entonces mis cansados miembros
en las que gustes rústicas faenas:
puedo guiar de tu brillante carro
los soberbios, olímpicos corceles;
puedo hostigar, corvado sobre el surco,
con punzante aguijón dos fuertes toros;
puedo, agitando la nutricia rueda,
el trigo reducir á polvo leve;
ó, podadera en mano, plantaría
y fuera director de tus parrales
y viñas, esperanza de tus huertas.
Manejaré la hoz y la guadaña
y la hierba y la mies que yo abatiere
tu granja colmarán en el estío.
Así ninguno aquí podrá decirme

mirándome con cólera insultante:

¡extranjero voraz que come y huelga!»

«Mendigo venerable, ¿quién osado pudiera haber aquí, en mi propia casa, su lengua á remover en contra tuya? Puedes quedarte aquí, en paz y ocioso, sin abrigar temor de que en tu asilo te vengan á turbar con un insulto.

—El pobre desconfía.—No, no hay riesgo.

—Nacimos á sufrir.—Pero cambiamos.

—Sí, de infortunios.—Ánimo, mi amigo, viento glacial no siempre es borrascoso: el cielo, húmedo ayer, está hoy sereno y aquel que llora hoy, mañana ríe.»

«¡Oh! ¡Cómo en tus discursos, huesped mío, preside alto saber! Pero la dulce pacífica riqueza así pronuncia.

El pobre aguarda en vano de la suerte y llega á sucumbir siempre esperando.

Él, víctima de insomnios, planes, ansias, envejece entre mofas é ignominias.

Duro el mortal, ingrato y envidioso despídele: si acude á las deidades, ni siquiera le atienden. Sin embargo, acoge tu opulencia mis angustias y pues tu corazón oye mi ruego y sabe, acariciando al abatido,

la compasión mezclar con el respeto, Lico, si dioses hay al desdichado, que todos, todos te amen y te envidien!»

«Te lo repito, aguarda: que mi ejemplo para darte valor al menos sirva.

Conozco bien versátil á la suerte.

Semejante esplendor de mi opulencia no siempre me ha envidiado el pordiosero: pobre he sido y también tendí la mano.

Cleotas de Larisa en sus dominios compensó mi labor con alto premio.

«Joven amigo, he hallado en ti virtudes;
 »vete feliz, me dijo, y no me olvides.»
 Sí, sí; me acuerdo de él, él fué mi padre,
 mira de su bondad próspero el fruto.
 Siempre he de hacer á todo desdichado
 los mismos beneficios que él me ha hecho
 en mi infelicidad. ¡Oh santos dioses!
 El mortal bienhechor es obra vuestra
 y más querido a vos: en este mundo
 no tenéis otra imagen más visible:
 en él habéis impreso vuestra estampa.
 y él ha de vuestro molde procedido
 á nuncio ser de vos ante los hombres.
 ¡Por Cleotas velad! Brille en su rostro,
 hija de una alma pura, flor perenne;
 y sus innumerables beneficios
 (que tanto gusta hacer) tejan guirnaldas
 á ornato de su sien, todos los días.
 Y cuando dulce muerte se apresure
 á recoger su ancianidad sagrada,
 de amigos entrañables en contorno,
 que deje sus innúmeros dominios
 y en su apoyo, sus múltiples virtudes
 á hijos mejores que él, si eso es posible.»

—«¡Oh, del mísero huésped generoso!
 La suerte inexorable no se avisa
 del hombre pío. Con fatal impulso
 su férrea mano guíanos cual ciegos
 y tus votos no oyó. La patria injusta
 á Cleotas privó de sus dominios:
 perdido está; proscripta está su vida.
 Ha mucho tiempo blanco de los celos
 de sus conciudadanos, al instante
 de sus muchos amigos olvidado,
 en vez de los del Éufrates tapices,
 en vez de los opíparos banquetes
 á la ágata y al oro fulgurantes,
 do, al son de dulces cantos, sus amigos

gustaban dulce mosto hasta la aurora,
hoy, solo, hambriento, visitando bosques,
toma de algún zarzal salvajes frutos,
ó, al llevar punzadoras sus angustias
del orgulloso rico á la morada,
muerde un áspero pan mojado en lloro.
Errante, fugitivo, de su gloria
guardando, por su mal, recuerdos tristes,
ante el ardiente sol del Mediodía,
ante el soplo glacial de los inviernos,
de erial en erial, solo, vagando
pobre, cual tú me ves, lánguido y débil,
sin más apoyo que un bastón, sin casa
ni en donde se acoger, cubre su cuerpo
con frondas ó con míseros harapos,
sin que ninguno, de piedad movido,
á ser feliz le aliente, ni le apoye;
los torrentes y el mar y las borrascas,
el ábrego, los cuervos y los lobos
contestan, en la noche, á sus lamentos:
¿Sus amigos?... los bosques solitarios.
¿Su consuelo?... sus lágrimas acerbas.
La vida arrastra así, y ¡oh. cuántas veces
sobre una piedra en el dintel de un templo,
morir ansiando el mísero dormita! »

«¿Qué dices? En mi sien estalla el trueno.
¡Oh dioses! ¡grandes dioses! ¡Vamos, vamos!
¡Fiestas, juegos no más! ¡Oh, vamos pronto!
Hay que traerle y por seguras vías.
Marchemos; ¡oh! sin él, á estos muros
jamás he de volver. ¡Ah, grandes dioses!
Cuando entre el vino y los festinos dulces
y en la loca embriaguez de la opulencia
se olvida de él quien se lo debe todo,
y alegre ríe y canta, él, mudo, hambriento,
proscripto, ya tal vez lanzó la vida
maldiciendo á su amigo, por ingrato;
á su amigo cordial de ha tanto tiempo.

¡Habla!... Pero ¿era él? . . . ¿Tú le conoces?
 ¿En qué país, contesta, se encontraba?
 ¿A qué lugar su planta dirigía?
 Sabe que habito aquí, ¿por qué no viene?
 ¡Habla! Pero ¿era él? Habla, te digo:
 ¿Dónde le has visto tú? — ¡Oh noble huésped!
 él era, yo le he visto; él era, él era!

.....

 Alteraran su rostro los dolores;
 su esposa y sus dos hijos, confiados
 al ministro del dios que ha culto en Delfos,
 nutriáanse de algunos donativos
 que á aquel santo lugar ofrece el hombre.
 De ellos en pos, por ignoradas sendas,
 evitando pasar por las ciudades,
 los fué á las Termópilas siguiendo.
 Aún conservaba del terror las huellas.
 ¡Oh! Le conozco, y fuí, cual tú, su amigo;
 de invida suerte idénticos insultos
 en voráGINE igual nos han lanzado.
 Un día me donó (sólo esto queda),
 en signo de amistad y de alianza,
 su sello; toma, mira, ¿lo conoces?»
 Inmóvil de estupor observa Lico
 que es el sello de arcilla que á Cleotas
 él mismo había enviado en otro tiempo:
 dádiva mutua de amistad eterna.
 Con inmensa avidez abrió sus ojos,
 y largo tiempo al indigente mira:
 por fin halla su voz libre pasaje.

«Cleotas, ¿eres tú? y ¿así te encuentro?
 ¡Oh, padre! ¡oh, padre! Aquí es todo tuyo.
 Pero ¿eres tú?... ¡Oh, cáusame vergüenza
 no haberte conocido en el momento!
 ¡Oh, mi antiguo señor, Cleotas, padre,
 ven, ven: aquí resguardo tu riqueza!
 Tu antiguo servidor, tu Lico anciano

te ha de servir gozoso todavía.
¡Oh, me enoja mi espléndida fortuna
al contemplarte á ti tan miserable!»

Tal pronunció: de súbito desprende
la brilladora púrpura de Tiro
fija en sus hombros por argénteo broche,
y al augusto infeliz préndela él mismo.
Los comensales todos se levantan,
y en círculo se acercan. ¡Cómo fulge
en todos el placer! ¡Con qué premura
van vestes á buscar y el baño tibio!
La dulce niña acércase: Cleotas
sonríela, acaríciala, diciendo:
«Tú fuiste, tú, hija mía, la primera
que este dintel me ha abierto hospitalario.»

VÍCTOR SUÁREZ CAPALLEJA.

Madrid Diciembre 1898.

LA LINGÜÍSTICA

COMO CIENCIA DE OBSERVACIÓN (1)

Nota Wisseman (2), muy acertadamente, que el período de la ciencia del lenguaje correspondiente á la reforma leibnitziana fué, en su aspecto monogenista, el instante crítico para la religión, y aun para la etnografía: la razón de esto es obvia. Se había roto ó relajado el antiguo lazo que había mantenido hasta entonces las lenguas en una supuesta afinidad, su derivación admitida del hebreo, y no se le había sustituido ningún otro. Los materiales del estudio, de donde debía brotar la ciencia moderna con sus bellas proposiciones, se hallaban entonces en un estado semicaótico de fusión, sin conexión ni forma. Al investigar nuevos materiales, parecía que cada día se descubría un nuevo idioma independiéntemente de todos los conocidos, y en consecuencia que se aumentaba la dificultad de concordar la lingüística con la narración de Moisés. Wisseman, no obstante, supone y afirma que los descubrimientos lingüísticos posteriores han tomado y siguen la dirección de las corrientes monogenistas más acentuadas. De estos descubrimientos de la investigación, y de lo que precipitadamente les cuelga Wisseman, habré de ocuparme dentro de poco (3).

(1) Véase la pág. 411 de este tomo.

(2) *Lectures on science and religion*, I.

(3) El respeto que tengo y debo á la honra científica del Cardenal Wisseman me obliga á advertir que este sabio llega á reconocer que, á raíz de la reforma leibnitziana no bastaba á los partidarios del monogenismo lingüístico encontrar un corto número de palabras que se pareciesen algo en tres ó cuatro lenguas, é inferir el origen común de todas. Como ejemplo de este modo añejo, cita la palabra *saco*, tipo ordinario y favorito de los antiguos etimologistas. Goropio explica que el hallarse esta palabra en tantas lenguas, es porque en Babel, dice có-

Por ahora me bastará reconocer de una manera provisional que la doctrina de la unidad de las lenguas nunca hubiera podido adoptarse sin un método analítico por el cual se descompusieran individualmente, y se compararan los elementos gramaticales del lenguaje, así como las palabras. El representante entre nosotros de este nuevo método de investigación es el sabio jesuíta Hervás, nuestra mayor gloria filológica del siglo XVIII. Desde 1784 tenía acabada su obra capital, el *Catálogo de las lenguas*, cuyas ediciones posteriores están tan aumentadas que pueden considerarse como otras tantas obras distintas. Polígrafo y políglota, se ocupó en las más diversas disciplinas, y sabía hablar y escribir tantas lenguas, que llegó á traducir la oración dominical á más de 300, con análisis gramaticales y notas. Pertrechado con toda esta masa de ciencias, adquirida práctica y directamente como misionero entre los indios de América que hablan innumerables dialectos, y también por intermedio de aquellos de sus compañeros de

micamente, nadie se olvidaría de *las alforjas*, aunque dejase atrás lo que dejase, y corrobora esta apreciación psicológica con su propia observación. Nuestro sabio doctor fué llamado un día para visitar á un alemán acometido de una fiebre cerebral, que en un paroxismo se había dado de puñaladas, y aunque sufría horribles dolores, no consintió que se acercase á él ninguno de los facultativos. «El infeliz, dice Gopropio, no veía que éramos médicos y que íbamos á curar su enfermedad.» Mas, á pesar de esta prueba material de locura y delirio, no se olvidaba de un objeto, del bolsillo de dinero que tenía debajo de la almohada. «No es, pues, extraño, prosigue nuestro filósofo, trasladando diestramente su argumento del contenido al continente, y del objeto á su nombre, no es extraño que en Babel no olvidase nadie el nombre de una cosa tan interesante.» (*Origines Autverpianæ*, 578). Sin embargo, los muchos ejemplos de esta palabra que se han recogido apenas salen de dos familias de lenguas, la semítica y la indo-europea. De la misma manera Court de Gibelini, el último que ha sostenido el sistema antiguo, saca á veces las conclusiones más aventuradas de afinidad universal comparando entre sí palabras de los diferentes dialectos semíticos ó teutónicos. El propósito de Court de Gibelini era «demostrar que las lenguas no son más que dialectos de una sola.» (*Monde primitive*, III, 30.) No conozco el libro de Court de Gibelini, pero el juicio que Max Müller (*Lectures on the science of language*, I, 4) formula acerca del mismo hace presumir que no se trata de una obra de superior importancia.

hábito que habían viajado y predicado en todas las partes del mundo, fué publicando de año en año muchos volúmenes, entre los cuales merecen citarse la *Aritmética de las naciones y división del tiempo entre los orientales*, *Origen, formación mecanismo y armonía de los idiomas*, *Vocabulario poligloto con prolegómenos sobre más de 150 lenguas*, *Ensayo práctico de las lenguas*, etc.

Para escribir las obras que acabo de mencionar, valióse Hervás unas veces de la lengua italiana y otras de la española. En la imposibilidad de exponer, ni aun á grandes rasgos, el contenido de una labor tan vasta, me limitaré á recordar que él fué quien indujo á los filólogos á determinar la verdadera afinidad de las lenguas por los hechos gramaticales, y no por una simple semejanza de las palabras. Esta modificación, al parecer tan insignificante, de la comparación de las lenguas, dió la clave del verdadero método. Además, Hervás, sin contar los idiomas que expuso, compuso la gramática de más de 40, trazó un cuadro casi perfecto del grupo semítico, señaló las afinidades de los dialectos que componen el grupo turanio, descubrió el grupo malayo-polinesio y fijó la verdadera categoría del vascuence en el mundo lingüístico. En fin, para que nada faltase á la minuciosidad de su análisis y á la amplitud de su síntesis, reconoció grandes analogías entre el griego y el sánscrito, llamando la atención sobre «la importancia de la lengua y mitología del Indostán para entender la de los persas y helenos.» Así llegó á comparar á *Theos*, Dios, en griego, con *Deva*, Dios, en sánscrito; á proclamar la identidad del verbo auxiliar griego *eimi, eis, esti*, yo soy, tú eres, él es, y el sánscrito *asmi, asi, asti*, y á indicar que las desinencias de los tres géneros en griego, *os, ê, on*, son las mismas que en el sánscrito *as, á, am*. No importa que se hayan deslizado muchos errores lingüísticos en el *Catálogo*: aun las comparaciones menos satisfactorias y las disertaciones más difusas aparecen allí como consecuencias de su honradez científica. Esos errores, por otra parte, tengo yo para mí que son hijos unos del estado y otros del siglo de Hervás. Parece que debió asimismo poseer ideas más concretas sobre algunos idiomas; pero las suplió con mucha filosofía y admirables golpes de

vista sobre el conjunto. Si Hervás, en lugar de construir el edificio de la *Idea del universo*, con todo lo que en él hay de flojo, incompleto y anticuado, se hubiese limitado á estudiar dos ó tres lenguas al modo clásico, se habría en verdad mostrado como filólogo muy apreciable; pero perdiendo la universalidad de sus miras, quizá no hubiera sido aquel discípulo de Leibnitz, y sólo de Leibnitz, aquel lingüística anticipado, aquel etnógrafo infatigable, que protegió él sólo los intereses de la ciencia de los idiomas en el Mediodía de Europa.

Contemporáneo de Hervás fué un filólogo palaciego llamado Dumaresq, capellán de la factoría inglesa de San Petersburgo. De este autor, desconocido por sus obras, hace mérito Klaproth en las páginas 7 y 8 de su *Asia polyglota*, atribuyéndole la publicación de un *Vocabulario comparativo de las lenguas orientales*, cuyo paradero se ignora en la actualidad. El proyecto de semejante vocabulario se debió á la iniciativa de la emperatriz Catalina II, cuando aún no era más que Gran Duquesa. Habiendo llegado desde los albores de su juventud á la cumbre de la ilustración literaria, esa mujer ilustre concibió el plan atrevido de compilar un *Diccionario universal* de los idiomas, con arreglo al ideal señalado por Leibnitz. Para preparar esta síntesis, necesitaba formar primero listas de palabras de diferentes lenguas, y después descubrir sus afinidades. Sabemos que, por lo tocante al primer punto, ordenó los vocabularios, entonces aún inéditos, de los dialectos teutónicos, cuyas gramáticas le proporcionaron los profesores de Alemania; de los americanos, cuyas listas de palabras le envió galantemente Washington, y de casi todas las lenguas generales de Europa y Asia; y tenía muchos y muy valiosos datos atesorados para emprender la segunda parte de su tarea, siguiendo análoga y paralela ruta, cuando, sintiéndose desfallecer, llamó en su ayuda, como elegido para continuar su obra y proseguir su plan, al naturalista Pallas. «He estado encerrada cerca de nueve meses (escribía á su amigo Zimmerman en 1785), y dudo sospechéis lo que he hecho en todo ese tiempo: por lo raro que ha de pareceros, os lo diré. He formado un registro de 200 á 300 vocablos radicales de la lengua rusa, y los he mandado traducir en todas

las lenguas y dialectos que he podido encontrar: el número pasa ya de la segunda centena. Todos los días tomaba una de esas palabras y la escribía en todas las lenguas que podía reunir. Esto me ha enseñado que el *celta* se parece al *ostiaco*; que lo que quiere decir *cielo* en una lengua significa *nube*, *niebla*, *bóveda*, en otras; que la palabra *Dios* equivale, en ciertos dialectos, al *altísimo* ó el *muy bueno*, y en otros, al *fuego* ó al *sol*. Me he cansado de mi *manía* después de haber leído vuestro libro sobre la soledad. *Dieses Steckenpferdchens wurde ich überdrüssig, nachdem das Buch von der Eeinsamkeit durchgelesen war.*» La extensa é importante labor de Catalina II se halla en el libro *Catherine der Grossen Verdienste und die Vergleichende Sprachkunde*, obra publicada en San Petersburgo en 1815, y *Linguarum totius orbis vocabularia comparativa Augustissimæ cura collecta* (1), y es extraño que los biógrafos de aquella mujer ilustre (2) apenas hayan hablado del inmenso servicio que prestó al estudio comparado de los idiomas.

Poco hace he advertido que esta época era un período de transición del estudio de que tratamos con respecto al monogenismo y hasta á la lingüística en general, y el motivo de semejante relación es bien sencillo. Los idiomas, como vastas islas del océano del lenguaje, aún no habían podido formar continentes agrupados en familias; su parentesco no se había establecido como específico, menos aún como originario; y los más moderados de los filósofos hacían ascender á 70 el número de las pretendidas «lenguas madres.» Así es que no extrañaremos que todas las soluciones del poligenismo lingüístico fue-

(1) Esta obra, cuyo primer tomo fué publicado en 1787, había de comprender tres tomos y no ha pasado del segundo. Es mucho más completa la segunda edición, debida á Jankiewitsch (1790 y 1791); pues se añadieron los dialectos de África. El segundo tomo apareció en 1789. Excusamos advertir que esta enorme labor, hecha apresuradamente por un naturalista y no por un filólogo, no fué ni podía ser perfecta, aunque Pallas hubiese hecho los mayores esfuerzos. Catalina II no estuvo ciertamente atinada en elegir continuador, y el mismo Pallas hizo sobre este punto amargas insinuaciones poco antes de morir.

(2) Por ejemplo, Tooche, *Life of Catherine II*, 13, 17.

sen ya propuestas y desarrolladas con la mayor decisión por Adelung en casi todas sus obras filosóficas, y señaladamente en la muy célebre que lleva por título *Mithridates oder allgemeine Sprachkunde*, impresa por primera vez en 1806. He aquí, en breves términos, su doctrina sobre el origen de las lenguas. La especie humana pudo haberlas inventado en diferentes países. El arca de Noé y la torre de Babel no tienen á este propósito la menor importancia. Si el Paraíso fué el lugar de donde salió la especie humana, fué también el lugar de donde vino la generación existente, debiendo en tal concepto desecharse el hecho de una gran catástrofe que haya interrumpido la sucesión histórica de los primeros tiempos del hombre. Así se explica Adelung: con lógica consecuencia saca las últimas deducciones de la ciencia poligenista.

Pero tales dictámenes no significaban ni podían significar la muerte del monogenismo; revelaban tan sólo que entonces concluía lo que podemos llamar el *primer período* de la historia del movimiento monogenista en nuestra edad. El descubrimiento del sánscrito por los orientalistas ingleses fué el punto de partida para determinar la filiación de todas las lenguas indo-europeas como familia; la conquista, por decirlo así, del chino por los orientalistas franceses, hizo que el término *lenguas orientales*, limitado hasta entonces á los idiomas semíticos, tomase una acepción más lata; trabajos más profundos sobre el mismo grupo semítico, llevados á cumplida cima por los orientalistas alemanes, revelaron afinidades inesperadas, semejanzas muy curiosas; finalmente, el progreso de la derivación etimológica en general formuló leyes que iban muy pronto á invocarse en favor del monogenismo y cuyo valor y alcance no tardaré en discutir. Tales eran: *a)* que la misma palabra toma formas diferentes en distintas lenguas; *b)* que la misma palabra toma formas diferentes en la misma lengua; *c)* que palabras diferentes toman la misma forma en lenguas diferentes; *d)* que palabras diferentes toman la misma forma en la misma lengua.

Fácil es inferir las consecuencias del monogenismo anunciado en estos curiosísimos contrastes. Ellas son una prueba admirable de la libre espontaneidad que ha presidido á la forma-

ción de los idiomas por el pensamiento colectivo y de la rica y diversa intuición con que ha utilizado los antecedentes lingüísticos en la exteriorización de las ideas. Libros hay de gramáticos nuestros de aquella época, como el valiosísimo de Díez, *Lexicón etimológico de las lenguas románicas*, que, más que á la filología clásica, parecen pertenecer á la ciencia del lenguaje. Tomemos con Díez una palabra cualquiera, como el español *palacio*, francés *palais*, que significan hoy la morada regia ó principal. Estos términos nos llevan á pensar en el *Collis Palatinus*, que tomó en Roma su nombre de la divinidad pastoral *Pales*, cuyas fiestas se celebraban el 21 de Abril. En aquella colina construyeron sus viviendas Augusto, Tiberio y Nerón; la denominada *domus aurea* de este último se llamaba por lo común *palatium*, y sirvió de modelo á todos los palacios de monarcas y grandes de Europa. Por otra parte, los franceses emplearon también la palabra *palais* como *paladar* y no como *palacio*, y sabido es que *palais* no deriva de *palatium*, que jamás hubiera podido convertirse en otro término que *palé*. ¿Cómo resolver esta dificultad? Apelando á otras analogías. La imaginación griega tendía á ver en el cielo una elevada bóveda que servía de remate al orbe, considerado como un gran palacio (*palatium*) por los latinos. Así Ennio nos habla del *palatum cæli*, refiriéndose á la bóveda del mundo, á los cielos. Todavía los españoles, franceses é italianos llamamos al paladar el «cielo de la boca» (*il cielo della boca, voute palatine*, equivalente al griego *ouranos, ouraniskos*) por su configuración abovedada ó cóncava. Escojamos otra clase de palabras derivadas: *court* francés, *corte* español é italiano. Esta palabra procede del antiguo latín *cohort* ó *cors* = sitio cerrado para los animales. Más tarde, *chors* sirvió para designar una división de la legión romana. En la Edad Media se transformó en *cortis*, castillos ó granjas fortificadas, y cuando éstos formaron el centro de un caserío ó de una villa denominóselos *lieu court, aubigni court*, forma la más antigua de *vari curtis, grani curtis*, etc. Por último, después de todo esto, la *cour-corte* fué sinónimo de *palacio*, dando origen á derivados como *cortés, cortesano, cortesía* y tantos más que ni en la acepción más remota hacen pensar en el significado primi-

tivo = *corral*. Pero tenemos otros ejemplos. *Gobernar* español, *gouverner* francés, del latín *gubernare*, que á su vez procede del griego *kubernân* = dirigir una nave: he aquí un cambio de significación por analogía con la dirección de los asuntos públicos. *Ministro* de *minister* = hombrecillo, contrario á *magis-ter* = hombrón, como *minus* es contrario á *magis*, designó el *servidor*, el *esclavo*, como se ve aún en el antiguo castellano. De *minister* se formó *minister-ium*, y en francés por contracción *metier. mistère*, en acepción de oficio, como se confirma en *mcnestral*, el juglar que cantaba ó recitaba.

Estoy seguro de que este primer gran paso de la derivación etimológica moderna parecerá á los lectores de suma importancia, cuando la consideren en sus relaciones con las ciencias sociales, con la antropología y con la etnografía. Y en efecto: la historia de las palabras así reconstruída no podía menos de aclarar las historias de los pueblos y de su civilización é instituciones, desde sus emigraciones más remotas hasta los tiempos modernos. Con la misma facilidad con que se estableció que la agregación debida al clima marca más y más definitivamente las zonas de población (1), pudo establecerse que los hombres de la misma lengua y de caracteres étnicos análogos viven en los mismos territorios (2). La sucesión genealógica de las lenguas provocó una filiación de derivaciones etimológicas entre las vivas y las muertas, muy propia para alimentar ilusiones monogenistas. En fin, el estudio de los dialectos y de su renovación amplió los horizontes de la evolución de los idiomas é hizo comparable la creación de las lenguas literarias, como elecciones de la concurrencia lingüística, á la acción de una criba que, dejando pasar los cuerpos más pequeños y reteniendo los más gruesos, opera así un apartado mecánico. Esto es lo que Espinas (3) comprendió muy bien cuando dijo: «La lingüística es

(1) Véase la interesante memoria de Orgeas, *Pathologie des races humaines*, 1.

(2) Pearson, *National Life and Character*, 9.

(3) *Les sociétés animales*, 67.

la primera de las ciencias históricas que ha revelado una de las faces del organismo social. Ha mostrado que los fenómenos del lenguaje están sometidos á leyes naturales, y ha determinado algunas de estas leyes. Ha expuesto el modo de agregación de las lenguas que evolucionan á partir de raíces elementales siempre sencillas y flotantes, hasta constituir agregados inmensos de palabras complejas y definidas; y ha comparado esta obra de una razón que se ignora á sí misma á una vegetación, á un *processus* orgánico (1). Ha sabido descubrir que esta manifestación parcial de la razón de un pueblo se enlaza á todas las demás, de las que se puede en algún modo deducir, como se puede, dado un tipo zoológico, deducir de un solo órgano todos los restantes».

Añadamos que existen influencias que, determinando la diferenciación de razas, determinan también la diferenciación de idiomas. Tal es la influencia de la temperatura y del medio ambiente, estudiada con tanto éxito en la armonía que existe entre el clima de América y la nasalización que distingue á sus habitantes. Hay más: algunos autores, sobre todo Webster, han sostenido que esa nasalización no distingue sólo á los americanos de raza inglesa, sino hasta á los de raza española, portuguesa y francesa. Se puede agregar otro elemento si se admite con Sobrón (2) que el esfuerzo que requiere la atmósfera de las montañas para respirar se refleja en la guturalización, aspereza y dureza de las consonantes en las lenguas de tales regiones montañosas. Pecan algunas de muy guturales, como la *situfo*, que ahoga las consonantes en la laringe. Otras son tan nasales (la de los *salivas*, por ejem-

(1) Cuidado con esta observación que hace Espinas. Una lengua no es un grupo orgánico, porque este grupo es de tal naturaleza que la parte sostiene al todo al mismo tiempo que se apoya en él; ninguna parte es la primera ni la última; en fin, el conjunto se explica por cada una de sus partes, y cada parte, por pequeña que sea, no puede ser comprendida si antes no se comprende el conjunto. Mas una lengua necesita tener un primero y un último vocablo, y en este sentido se diferencia siempre mucho de la forma de un organismo, cualquiera que sea la semejanza que pueda tener con ella en el fondo.

(2) *Los idiomas de la América latina*, 13.

plo) que las sílabas han de salir en su pronunciación *materialmente encaña las por la nariz*. Existen otras tan ásperas que, por lo escabrosas, se tornan casi imposibles para el europeo, como la *betoya* plagada de *rr* y de una pronunciación durísima en ellas; letras que algunas no tienen. En las lenguas *guajiba*, *chiricoa*, *otomaca* y *gurauna*, la dificultad mayor procede de la excesiva rapidez con que han de pronunciarse.

Asimismo debo citar á Hume (1), pues éste también aplicó el factor climatológico á las demostraciones lingüísticas, bien que reconociendo límites y excepciones. Se pretende, decía (2), que los sentimientos humanos son más delicados en los países cercanos al Sur y que el gusto de la belleza y de la elegancia se perfecciona proporcionalmente en cada latitud, como podemos observar particularmente en los idiomas, entre los cuales los más meridionales son dulces y melódicos y los septentrionales ásperos y desentonados. Pero esta observación no tiene una aplicación universal. El árabe es rudo y desagradable; el moscovita, tierno y musical. Energía, solidez y aspe-

(1) *Essays moral, political and literary*.

(2) *It is pretended that the sentiments of men become more delicate as the country approaches nearer to the sun, and that the taste of beauty and elegance receives proportional improvements in every latitude, as we may particularly observe of the languages, of which the more southern are smooth and melodious the northern harsh and untunable. But this observation holds not universally. The Arabie is uncouth and disagreeable; the muscovite soft and musical. Energy, strength and harshness form the character of the Latin tongue. The Italian is the most liquid, smooth and effeminate language that can possibly be imagined. Every language will depend somewhat on the manners of the people, but much more on the original of words and sound which they received from their ancestors, and which remain unchangeable, even while their manners admit of the greatest alterations. Who can doubt but the English are at present a more polite and knowing people than the Greeks were for several ages after the siege of Troy. Yet there is no comparison between the language of Milton and that of Homer. Nay, the greater are the alterations and improvements which happen in the manners of a people, the less can be expected in their language. A few eminent and refined geniuses will communicate their taste and knowledge to a whole people, and produce the greatest improvements; but they fix the tongue by their writings, and prevent, in some degree, its further changes.*

reza forman el carácter de la lengua latina. El italiano es el más suave, dulce y afeminado que puede imaginarse. Cada lenguaje dependerá, algún tanto, del carácter del pueblo que lo habla, pero mucho más del núcleo primitivo de palabras y sonidos que ese pueblo recibió de sus aborígenes y que se mantiene invariable al paso que su carácter sufre grandes alteraciones. ¿Quién puede dudar de que los ingleses de hoy forman un pueblo más pulido é inteligente que lo fueron los griegos algunos siglos después del sitio de Troya? Sin embargo, no hay comparación entre el idioma de Milton y el de Homero. Más aún: cuanto mayores son las alteraciones y progresos que trastornan el carácter de un pueblo, menores son las que sufre su lenguaje. Algunos eminentes y refinados genios querrán comunicar su gusto y sus conocimientos á todo un pueblo; pero sólo consiguen fijar la lengua con sus escritos y precaver, en cierto modo, sus ulteriores cambios.

Renan (1) se ha ocupado mucho más que Hume en las relaciones de las lenguas con los climas, y desde este punto de vista le debemos alabanzas. Mientras las lenguas meridionales, dice, abundan en formas variadas, en sonidos llenos y armoniosos, las del Norte, relativamente más pobres y limitadas á lo más necesario, están cargadas de consonantes y de articulaciones ásperas. Causa extrañeza las diferencias que ocasionan en esta parte unos cuantos grados de latitud. Cejador (2) añade muy acertadamente: «Los tres idiomas semíticos principales, el arameo, el hebreo y el árabe, aunque situados en un reducido espacio, tienen una relación exacta por la riqueza y la hermosura con la situación climatérica de los pueblos que los hablaron. El arameo, puesto al Norte, es duro, pobre, sin armonía, pesado en su construcción, sin aptitudes para la poesía. El árabe, por el contrario, en el extremo opuesto meridional, se distingue por una inagotable riqueza. No hay lengua que posea tanto sinónimo para ciertas ideas, ni un sistema gramatical tan complejo; hasta parece excesivo en su abundante cópia léxica y en su laberinto gramatical. El hebreo,

(1) *De l'origine du langage*, 188.

(2) *Los gérmenes del lenguaje*, 135.

finalmente, puesto entre ambos extremos, posee igualmente las cualidades intermedias: tiene lo necesario sin superfluidad; es armonioso y fácil, sin alcanzar la maravillosa flexibilidad del árabe; las vocales se ven colocadas armoniosamente y entreveradas de modo que evitan las articulaciones ásperas, mientras que el arameo, tendiendo á las formas monosilábicas, no se opone á la colisión de consonantes y en el árabe, al revés, las palabras parecen literalmente nadar en un río de vocales que rebosan por todas partes, les siguen, les preceden, las unen, sin esos choques rudos que admiten á veces los más armoniosos idiomas. Casi otro tanto puede observarse en los dialectos griegos comparados entre sí; la dureza y rusticidad del dorio, junto á la blandura afeminada del jonio, tan rico en vocales y diptongos, y entre los dos el ático, que tiene el medio en todo, poseyendo la fuerza del dorio y la elegante suavidad del jonio. El carácter de cada pueblo modela su lengua y ese carácter es hijo del alma, del medio ambiente; en gran parte, por lo menos.»

Volviendo á nuestro asunto, inútil me parece añadir que la etnografía de las lenguas y su análisis comparado no son medios á propósito para llegar al *perfecto y detallado* conocimiento del carácter y evolución de las razas. ¿Quién, empero, dudará de que valen mucho en calidad de investigaciones auxiliares? Como cada pueblo imprime á su lengua un carácter especial y tiende á usarla de modo que se distinga de las demás, es natural que la lengua refleje fielmente el genio, las costumbres y hasta las leyes y política del pueblo. Decidme cuál es el carácter psicológico de un idioma, y os diré cuál es el carácter histórico de la nación que lo habla; decidme cuál es la significación religiosa y filosófica de la lengua empleada en una determinada época, y os diré cuáles han sido los principios sociales en que se ha traducido y las opiniones que en ella han dominado. ¿Quién negará, por ejemplo, que la vida civil y militar de los pueblos latinos explica la asombrosa variedad y riqueza de los vocablos que componen su inmortal idioma? De otra parte, el estado de una lengua corre casi siempre parejas con el estado de la sociedad, apareciendo fecunda y elevada en los tiempos de esplendor de ésta y

adulterada y como muerta en los tiempos de su decadencia. Así, para seguir el mismo ejemplo del latín, nadie ignora que esta lengua, como el imperio en que prevalecía, fué hecha fragmentos por la invasión de los bárbaros, fragmentos de que están formadas y compuestas las lenguas neolatinas, como las modernas instituciones europeas. Los pueblos, como los individuos, dejan impreso en su lenguaje el sello de sus inclinaciones; y esta señal no es impresión pasajera, sino huella imborrable que las revoluciones lingüísticas no consiguen desvanecer y que sirve al filólogo para determinar las *calamidades y enfermedades* de las lenguas y su relación con el desarrollo y alteraciones del orden social. Las manifestaciones literarias de los pueblos semíticos son la más perfecta expresión de su vida patriarcal; en su lengua se retrata fielmente aquella sociedad que aspiraba siempre á convertirse en tribu, que no reconocía en el fondo más estado real que su primitiva noble tienda, que amaba la casta sacerdotal sobre toda otra cosa en la tierra; en el simbolismo, en que envuelve la idea fundamental que la preside, se puede descubrir sus caracteres históricos y sociales, como, por ejemplo, su horror al comercio y las luchas intestinas de sus clases. La lengua sánscrita, en su riqueza, refleja las cualidades características de los pueblos que la hablan, á saber: el amor á la disciplina y á la organización, la tendencia reflexiva ó metafísica, el predominio de la idea de unidad sobre la idea de variedad. Lo mismo sucede con los demás idiomas. Las palabras de las lenguas anglo-sajonas son bruscas, individualistas, como las naciones que las hablan; las de las lenguas neolatinas son más unitarias, porque las etimologías que las explican necesitan fundirse y combinarse para hacer sentido perfecto. El alemán, que es entre las primeras la lengua que más se presta á la composición, no consigue realizarla sino acumulando sílabas y letras y resolviéndose en vocablos sumamente largos, que es preciso volver á descomponer para traducir. Por el contrario, en el latín se junta á una exuberante riqueza la mayor plasticidad analítica y la mas sencilla estructura. Si examinamos las palabras compuestas de la lengua latina y sus derivadas, notaremos desde el principio que en su mayoría más que

voces gramaticales son oraciones implícitas y á veces frases completas. Sirvan de confirmación la palabra peregrino (*ire Per agrum*), el que se va por los campos, ó naufragar (*naufragare, navem frangere*), romperse la nave. El gran helenista y gramático Barbón ha discutido á fondo este asunto y ha llegado á la conclusión de que en el idioma latino, como más perfecto, es donde mejor puede comprobarse el principio de que bajo las letras hay algo más que el vocablo y esa especie de tendencia á la unificación, común al idioma y á la raza.

Teniendo presentes estos hechos, la importancia antropológica de la filología se comprenderá fácilmente, porque descansa en el anterior fundamento. Toda vez que el lenguaje refleja el espíritu humano más fielmente aún que el arte y la literatura, la lingüística es un capítulo de la filología (1). «Las lenguas, decía Leibnitz, son el más brillante reflejo del espíritu humano, y un exacto análisis de las palabras nos hace conocer mejor que nada las operaciones del entendimiento y de la razón.» En una de sus cartas á Tournier, Breal (2) insiste en que por encima de las causas segundas, que se llaman la pronunciación, el acento, el organismo gramatical, la filología comparada debe hacernos conocer al hombre, puesto que el lenguaje es la más antigua, la más espontánea y la más continua de sus creaciones. El antropólogo Waitz (3) se entusiasma á su vez con la lingüística: *En lo tocante á la división del género humano, la investigación de las lenguas ha llevado á resultados mucho más ciertos y concordantes que la consideración física del hombre*; afirmación aceptada por el etnólogo Berghaus (4), para quien «la lengua es el principal signo de reconocimiento y de distinción de las naciones.» Rüdiger (5) observa asimismo que los diferentes pueblos se conocen por la lengua, como los individuos por los nombres. Así es como un poeta ha podido decir que la lengua es «la bandera de las naciones», que «el que no tiene lengua no

(1) Reinach, *Manuel de philologie classique*, I, 110.

(2) *Revue de philologie*, Enero 1878.

(3) *Antropologie der naturvölker*, I, 268.

(4) *Grundlinien der ethnographie*, 2.

(5) *Zeitschrift für völkerpsychologie und sprachwissenschaft*, I, 40.

tiene patria», y como los Holandeses han proclamado que «la lengua es todo el pueblo.» Este mismo sentido inspiraba á Humboldt cuando escribió que la lengua es la verdadera patria y que con el sentimiento de la lengua se pierde poco á poco el sentimiento de la nacionalidad (1). Únicamente habría que distinguir entre la *nación*, la *raza* y el *Estado*; porque si el Estado está determinado por la unidad de gobierno y la raza por la identidad de ciertos caracteres físicos, el único criterio por el que se puede distinguir una nación de otra es el lenguaje (2). Topinard, que profesa esta teoría, observa no obstante (3), que «á principios de este siglo, cuando la lingüística comparada salía á luz, se abordó su estudio con un apasionamiento que llegó á su apogeo cuando Balbi, para moderarlo, publicó en 1826 su *Introducción al Atlas etnográfico del globo*. Hasta 1869, poco más ó menos, y á pesar de la viva contienda que tuvo lugar en la Sociedad de Antropología de París, se confundieron los pueblos y las razas, las lenguas y las razas. Esos tiempos han pasado, y hoy día se conoce la verdad en este punto. Sabido es que las lenguas se pierden, se comunican, se sustituyen, en su totalidad ó en parte, que sus fronteras ganan ó pierden terreno, sin que haya relación con las razas, á gusto de las circunstancias, y hasta suele suceder que á gusto de los diplomáticos. Puede decirse: los arios de la lingüística, pero no hay la raza aria; hay una raza francesa desde el punto de vista de la lingüística, y no la hay desde el punto de vista de la antropología. Pero si la lengua no se relaciona de ningún modo con la raza, sí se relaciona con el pueblo ó con la nacionalidad. Una lengua común estrecha los vínculos entre las fracciones diferentes de una misma población, favoreciendo los cambios de ideas y las relaciones de negocios. Coadyuva á la fusión y al desarrollo de las razas, como todo lo que tiende á relacionar los individuos, á disminuir las malas inteligencias y las causas de

(1) Heyse, *System der sprachwissenschaft*, 2.

(2) Pezzi, *Introducción á la versión italiana del Compendium*, de Schleicher.

(3) *Revue d'anthropologie*, Febrero 1886.

conflictos: una misma religión, costumbres análogas, idénticos intereses. De este modo las lenguas han ejercido gran influencia en los progresos sociales. Dos individuos que se comprenden están más próximos á entenderse y á fraternizar, sean ó no de raza distinta. Seguramente hay federaciones de Estados grandes y pequeños, que se conservan divididos en grupos de lenguas y de religiones diferentes. Pero si, á favor de las circunstancias, se corrigen estos inconvenientes, resultan grandes ventajas. Con mucha frecuencia la unión no es más que aparente y superficial; estos Estados forman varias sub-individualidades que son de temer por su rivalidad. La comuridad de lenguas entre varios grupos humanos dispersos ó reunidos no prueba más que una cosa, y es que en una época dada han vivido en compañía durante un espacio de tiempo indeterminado. Las naciones son productos de los acontecimientos históricos y políticos.»

Un diamante pulimenta á otro. Así la ciencia de las lenguas no formó, pero contribuyó al desarrollo de la ciencia de las razas. La convicción de la inmensa importancia de la conexión lingüística en los pueblos ha dado lugar á nuevas clasificaciones etnográficas basadas únicamente en dicha conexión. Y el caso inverso no es menos frecuente. Poco ha se ha visto al gran etnógrafo y lingüista Federico Müller fundar la división que admite de las lenguas en el carácter antropológico de las razas, según la diferencia del cabello, partiendo del principio de que las lenguas, tanto en la materia como en la forma, pertenecen á grupos enteramente independientes entre sí y son de orígenes completamente aislados.

El conjunto de esta obra demostrará que esa escuela es en todo y por todo distinta de la que anteponía la comparación de las lenguas al estudio físico y fisiológico de las razas, convirtiendo al filósofo en guía y director de las clasificaciones etnográficas. Este nuevo camino fué abierto por Klaproth, cuyo método, eminentemente lingüístico, se ocupaba del análisis de los caracteres antropológicos y geográficos de los idiomas, y le conducía sucesivamente, á través de las investigaciones comparativas de la filología, á determinar los caracteres verdaderamente diferenciales de los pueblos. Hállase en.

tre los numerosas obras de Klaproth, y en lugar preferente, una en un tomo, 4.º mayor, que pertenece á la historia de la ciencia en general, y particularmente á la del lenguaje. Su título, notable por cierto, es: *Asia polyglota ó clasificación de los pueblos del Asia según sus lenguas*. De su publicación data la etnografía lingüística y allí existe todavía una mina inagotable para los estudios de ese género. Con todo, la labor de Klaproth fué la de un osado emprendedor más que la de un sistematizador, en el sentido preciso de este término. Hay muchas cosas verdaderas en el atlas en folio de estados comparativos que acompaña y sirve de complemento á la vez que de resumen á su trabajo. Pero le falta una base real, la de los hechos. Klaproth se detuvo muchas veces en la superficie de las cosas; cuando encontraba en su camino una analogía y un vocablo comparable con otro ú otros de idioma distinto, le separaba como una excepción ó le anunciaba como un descubrimiento. Especialmente, refirió la unidad de las lenguas al grupo altaico, que era, en su juicio, el grupo más característico, primitivo, determinado y homogéneo que hay en Oriente. Klaproth sacó de todas sus consideraciones la conclusión de que «la afinidad universal de los idiomas no es explicable, á no admitir que existen todavía algunos fragmentos de un idioma primitivo en todos los del mundo, antiguo y nuevo.» Lo que hace más sorprendente esta conclusión es que Klaproth rechazaba como un mito semítico la historia bíblica de la dispersión, y combatió siempre reciamente las pretensiones de los filólogos que de cierta identidad de palabras inferían la identidad de origen de dos ó más pueblos. Sabido es, por ejemplo, que Malte-Brun, Charlevoix y otros sabios, á fuerza de analogías extrañas y violentas, quisieron trazar líneas de emigración de algunos asiáticos al continente americano. Klaproth no veía en esas semejanzas datos suficientes para identificar países tan físicamente opuestos. Si la América, decía, hubiera sido poblada por tribus vecinas del Asia septentrional, debía ser este acontecimiento anterior á los tiempos históricos y aun á la grande inundación que cubrió los países menos montañosos de la superficie del globo, toda vez que es imposible que después hayan podido cambiarse los idio-

mas americanos hasta el punto de no hallarse sino poquísimas voces simpáticas en origen con los idiomas del antiguo continente, pues nadie ignora que el griego, el latín, y el sirio y otras muchas lenguas, conservan sus rasgos característicos, que no se borran tan pronto.

Un escritor alemán convertido al catolicismo, Schlegel, había salido ya en 1808 á la palestra en defensa del monogenismo lingüístico. El nombre de Schlegel ha tenido alguna celebridad por su muerte prematura, que todos los hombres amantes de la ciencia deploraron altamente. Su punto de partida fué, como se comprenderá, la unidad originaria de todo idioma (1). Intérprete de sus vagos anhelos metafísicos, la filología que expuso adoleció del defecto de ser más poética que científica. Unir la poesía y la ciencia es extremadamente difícil. Lo es mucho más cuando dentro de ella se baja á detalles y se quiere explicar, por ejemplo, con Schlegel, la unidad de todos los alfabetos por el carácter artístico de la escritura. Esta exageración resulta intolerable aun en el filólogo más atrevido.

Cítase generalmente á Alejandro de Humboldt como favorable á la causa del monogenismo en la etnografía y en la lingüística. Los que quisieran persuadirse de que el sabio alemán simpatiza con los monogenistas, no echan de ver que el autor del *Cosmos*, con no menos energía que su hermano Guillermo, «expresó siempre del modo más desfavorable posible sus opiniones favorables» (2). Mientras no escribe sino en sentido *ético* ó social, es claro, humanitario, sencillo, hasta terminante; en llegando á los hechos de la ciencia es oscuro y contradictorio. «No hacemos—escribe textualmente—más que *afirmar* la unidad del género humano; nos declaramos en contra de toda *creencia desagradable* respecto á la superioridad de ciertas razas y á la inferioridad de otras. Hay fuentes étnicas más perfectibles, las hay más perfeccionadas, las hay que han sido embellecidas por la cultura intelectual, pero no las hay que sean más *nobles* que el resto de la especie humana.»

(1) *Sprache und Weistheir der Indier*, I, 2.

(2) Pesch, *Die Welträthsel*, VI, 2, 8.

Esta frase es, en boca de Alejandro de Humboldt, como un *dilatamini et vos* salido del corazón más que de la inteligencia.

Fuera de esto y aun en esto mismo, Alejandro de Humboldt distó mucho de mostrarse monogenista. En efecto, basta leer con detenimiento la página 382 del tomo primero de su *Cosmos* y la 146 del segundo, para comprender que por lo menos es dudoso que este autor poseyese el convencimiento íntimo de la unidad del género humano, que es el único que permite sostener rigurosamente una consecuencia lógica. Alguna vez, hasta puso en duda la posibilidad de que aquella unidad llegase á demostrarse. «Juan Muller, el más grande anatómico de nuestra época, escribió, cree imposible saber si las razas humanas que vemos se remontan á muchos hombres primitivos ó á un hombre primitivo único.» En el mismo tratado hizo suyas ciertas palabras de su hermano Guillermo, á la sazón muy oportunas y también muy graves: «No conocemos, ni históricamente ni por tradición cierta, época alguna en la cual el género humano no haya estado dividido en grupos de pueblos. No es, por consiguiente, posible distinguir históricamente si es éste un estado *primitivo* ó si se produjo tardíamente. Diversas tradiciones que se reproducen sin enlace visible en varios puntos del globo, niegan la primera hipótesis, lo que hace que se derive al género humano de una sola pareja. Esta leyenda está tan divulgada que algunas veces ha sido considerada como un recuerdo de los comienzos de la humanidad. Esto no puede probar, sin embargo, que la leyenda en cuestión se funde en la historia; podrá únicamente demostrar la uniformidad en el modo de concebir, que ha dado por consecuencia la misma explicación del mismo fenómeno. Así, indudablemente, han nacido muchos mitos sin conexión alguna de la uniformidad que ha existido en las ficciones y en los sueños humanos. La teoría de la pareja única presenta además otro carácter; pretende explicar, por un procedimiento perteneciente á la observación actual, un fenómeno fuera del dominio de la observación, el de la primera aparición del género humano; trata de explicar cómo una isla desierta ó un valle aislado ha podido poblarse en una época en que el género humano existía desde hacía miles de años».

Hay también otra doctrina, de Alejandro de Humbolt, que se opone al sistema de los monogenistas. Según éstos, la unidad del género humano, en cuanto «unidad de descendencia», implica y supone la existencia anterior de un «pueblo primitivo.» Esta hipótesis se aplicó en la Edad Media á los hebreos conforme al espíritu de la Biblia Oigamos, pues, el parecer de Alejandro de Humboldt: «La historia propiamente dicha no conoce *primero y único hogar de la civilización...* Desde la más remota antigüedad, en las lejanías del horizonte de la ciencia propiamente histórica percibimos ya *simultáneamente* muchos puntos luminosos, centros de civilización, enviándose sus rayos unos á los otros.» En vista de esta y las anteriores declaraciones, podemos sin reservas afirmar que Alejandro de Humboldt fué en el fondo poligenista. El temor de suscitar parciales y enojosas sospechas de ataque á las ideas morales reinantes debió ser, sin duda, la causa que le contuvo, como á la mayoría de los sabios, y le obligó á respetar el dogma de la unidad originaria y específica del hombre. Pero Waitz, que no se creía ligado por tales compromisos, escribe con criterio independiente y á ratos favorable al monogenismo su *Anthropologie der naturvölker* (que vió la luz en Leipzig en 1859), y concreta sus doctrinas en las siguientes palabras: «Creo con Perty que los argumentos positivos que se han establecido para probar que el hombre descende de una pareja única no han tenido gran valor, si es que existen científicamente. Sin detenerme á discutir con aquellos que encuentran pruebas y demostraciones para el caso en el relato del Antiguo Testamento, y aun sin negar en absoluto la posibilidad de que todos los hombres provengan de una unidad sexual, lo considero, no obstante, inverosímil, á causa de que la existencia de la especie hubiera dependido de un hilo bien frágil: la conservación de una sola vida humana.» ¿No supondría esto una excesiva confianza del Creador en la naturaleza ó medio ambiente en que su criatura predilecta iba á desarrollarse y hasta ignorancia de la contingencia de que una enfermedad se llevara al hombre ó á la mujer antes de ser padres y quedara frustrado su intento?

En otro lugar, Waitz censura que se aplique á la idea de

unidad específica la de unidad originaria. «Mantendré, dice, la proposición según la cual la unidad de la especie se deriva de la unidad del tronco; pero no la otra proposición que los zoólogos han cometido el error de considerar como inseparable de la primera, esto es, la de la unidad de descendencia. Con esto ellos mismos se exponen á destruir su monogenismo, pues desde que se pudiese demostrar una descendencia separada, y ello es bien fácil, quedaría suficientemente demostrada la diversidad de especies.»

Confirmando con hechos sus teorías, añade: «Á regirnos por los numerosos ejemplos que ha reunido Giebel, la suposición de que las diversas especies de animales traen su origen de parejas primitivas únicas es en muchos casos insostenible: los unos (son numerosos), no pueden existir sin la existencia de otras especies que les sirven de sustento; los otros, igualmente numerosos (el topo, el castor, muchos caracoles y casi todos los anfibios de agua dulce), no están dotados de una facultad de traslación suficiente para explicar su progresiva extensión sobre todo el territorio que actualmente ocupan... Además, sería difícil imaginarse cómo han sido primitivamente creados por una sola pareja los animales que viven agrupados en rebaños. No hace mucho se ha proclamado la necesidad de admitir, al menos para algunas especies, varios centros de creación y puntos de partida primitivos; así que parece también indispensable hacer distinciones entre la unidad de especie y la unidad de tronco, las cuales, después de todo, como se ha comprobado, no concuerdan en sus conceptos... ¿Puede admitirse que también los hombres han aparecido en masa sobre el globo en diversos centros de creación y que los pueblos de la tierra derivan separadamente de una pareja-origen ó de muchas parejas ¿Puede igualmente admitirse que hayan derivado de mezclas habidas entre los descendientes de parejas distintas? Sería difícil, ateniéndonos á lo que hasta ahora se ha demostrado, negar la verosimilitud de esta última hipótesis. . Al resumir lo que á nuestra crítica se refiere, hay que reconocer que en todo juicio reflexivo una parte de la opinión queda intacta... Esta parte es la proposición de que ha habido muchos puntos en los cuales han apa-

recido hombres en otros tiempos y de los cuales han partido para diseminarse por el mundo.»

Esta misma cuestión fué el tema de una severa crítica filosófica del lingüista Grimm, crítica que no ha penetrado hasta ahora con todo detalle en los tratados de filología, sin duda porque apareció en una memoria relativa al origen del lenguaje y sin conexión directa con la grande obra que ha hecho inmortal en Europa el nombre del autor: la gramática de la lengua alemana. Grimm se atrevió el primero á demostrar que con nada podían justificarse todos esos postulados teológicos que se pretendía haber probado tantas veces: origen divino de la facultad de hablar, perfección del idioma primitivo y unidad de los históricos. La escuela teológica, y su aliada la escuela idealista, recibieron de él el golpe de muerte. En su sentir, si se admite la unidad específica de las lenguas en nombre de la unidad originaria de las razas, es forzoso enredarse en contradicciones con todos los hechos, aparte de que semejantes concepciones no tienen fundamento alguno real. «El primer hombre y la primera mujer, dice, fueron creados aptos para la generación; pero—añade francamente—no es probable que el género humano proceda de un solo par, pues de ser así, la mujer pudo dar á luz hijos ó hijas solamente, con lo que hubiera sido imposible la multiplicación. Creando varios pares se evitaba, además, el enlace de hermanos (1),

(1) Es inútil advertir que al recoger aquí algunos rasgos de la doctrina poligenista esparcidos en los grandes sabios, no pretendo en modo alguno dar á sus opiniones, puramente filosóficas y generales, más valor del que tienen y alcanzan, *hipotética* y no *definitivamente*, en los dominios de las ciencias antehistóricas, donde la aparición simultánea de esa cantidad de primitivos seres humanos que se cree surgieron en todos los confines de la tierra en que encontraban condiciones de existencia sólo se ha establecido de un modo indirecto. Una demostración rigurosa es evidente que trasciende, no sólo de la lingüística, sino de la misma antropología. Y cualesquiera que sean las suposiciones más ó menos plausibles que se hagan, siempre los orígenes de la humanidad estarán sepultados, *para la ciencia*, en tinieblas profundas é insondables, por lo que la religión puede seguir en su esfera afirmando la alta significación moral de la tradición bíblica unitaria.

tan odioso á la naturaleza.» El origen de las razas es por lo mismo enteramente desconocido para nosotros; y en cuanto á su relación con los grupos de idiomas respectivos, está envuelta en tinieblas no menos densas.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

(Continuará.)

LEYENDO Á RUEDA

Dice el autor de la *Epístola á Horacio* (asumiendo en su mente á Chenier y Cabanyes) que guarda en sus estantes un libro viejo, carcomido no tanto por injurias del tiempo como por mordiscos de algún escolar oscense; libro que, añade el polígrafo, no por carecer del colofón de Aldo ó de Plantín deja de encerrar para el bibliófilo dueño tesoros de inefable deleite, de aquel que sienten quienes saben escuchar rediviva la voz del cisne de Ofanto, respirar el favonio de Venusa y libar el jugo de las flores que brotaron del cálamo, para eterna recreación en forma de yambos y piriquios, flora literaria por cierto que á Goëthe y á Juan Valera no les entró nunca ni á tiros.

Pues algo de lo que ocurre al egregio horacianista me sucede á mí con algunos libros del aplaudido dramaturgo Salvador Rueda, entrañable amigo y excelente compañero del Cuerpo técnico á que ambos pertenecemos. Guardo también en mis estantes aquellos libros, y muy singularmente la comedia de Salvador rotulada *La Musa*.

Grandes encantos produjéronme *El patio andaluz*, pantógrafo, gama de colores, paleta de un sol meridional; la poesía *Valencia*, que orea con saturaciones de lumbre y nitideces de luz la frígida nebulosa que ahoga al alma; *El ritmo*, con sus bravas opiniones sobre las «Sensaciones de Arte», de Gómez Carrillo, y sus ingenuidades noológicas sobre un arte poética vivida en realidades puras, diáfanas, esotéricas, adorablemente infantiles; pero nada de esto ni ningún otro documento de la fertilidad parnasil del celebrado vate malagueño ha logrado aportar á mi espíritu complejísimas delectaciones como el idilio teatral antes mencionado.

No tenemos el conato de hacer crítica del idilio que bor-

daron y bordan la María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza en los escenarios de América y España. Ya en su día conspicuos juzgadores en la prensa nacional y otros periódicos extranjeros, como *L'Art Dramatique*, hicieron á esta alta comedia la justicia que merece.

Más sencillo nuestro propósito: observar, reflexionar, transmitir lo que nos ha sugerido la lectura del idilio.

Por axioma de alta retórica pasa que el poema teatral no es cuerpo de doctrina, no documento, y que el proscenio, ni aun el aristofánico, es cátedra. Sin embargo, los genios terencistas no han dejado de transcender á lo ético é imprimir cierto rumbo, por tabla, á los espíritus coevos. Schiller, por ejemplo, enseñó un nuevo oficio, el de bandoleros, á los mozalbetes de Sajonia; el águila de Weimar, para castigar el demoníaco *eritis sicut dii*, volvió chiflados á más de cuatro boticarios; Beaumarchais divertía con su *Fígaro* á las relajadas señoras en el teatrillo de Versailles y poco después guiaba el brazo secular de Guillotin en las carretas de la Conserjería.

Aplicando paradigmas de la *magistra vitae* al caso actual, hay derecho á esperar efectos de nueva orientación, éticas trascendencias por parte de la obra maestra de Rueda.

Más allá del neísmo italiano, del modernismo escandinavo ó eslavo, con el nuevo molde de égloga aplicada, con el salomónico fuste de moralidad que sirve de soporte á *La Musa*, puede inducirse también á nuestros decadentistas mediante ese montgolfier explorador hacia la eleusina constelación de la Elena del *Fausto*, de cuya constelación podrán ser estrellas guadoras de la Osa futura:

El amor á la familia.

El amor á la naturaleza.

El amor á la patria.

He aquí nuestras observaciones al acaso educidas, sin contacto dialéctico, sin afeite científico.

María es la Musa: musa del amor religioso, virtual, verdadero, único, proclamado por Confucio y por Kempis, base legendaria, eterna, de cuarenta siglos ha, desde el israelita hasta el cuáquero, bloque angular de la familia. «¡Guerra á las mujeres!» exclaman los dos gomosos volitivamente expatriados en

el protervo altar, donde las espirales del turiferario azulan todavía á la falsa deidad Razón, y donde buena parte de nuestra *crema* adinerada consume sus cheques y su neurona en el impuro alcázar de Mabile, ó sea Bolsa europea, con Celestinas por agentes de cambio y trata de blancas por valores cotizables. ¡Ah! ingente símbolo aquella mujer inspirada por la piéride de Salvador; no menos intenso es el emblematismo que se barrunta en aquel cortijo aireado por la brisa mediterránea. En uno de aquellos amaneceres raudos, sin crepúsculo apenas, como los del Océano Índico, cuando Febo envía á las frentes sus abrasadores haces, la Musa del afecto y del amor, con esplendideces de pitia espartana, cual segunda diosa cíprica, deja ver su figura entre limoneros que abanicán al trapiche y parece la repetidora del inmortal Ben Engeli entre los cabreros diciendo: «Aquí tenéis la república de solícitas y discretas abejas... simples y hermosas zagalejas en trenzas y en cabello... aquí se declaran los concetos amorosos del alma simple y sencillamente... de aquí huyó, en fin, la fraude, el engaño, la malicia,... aquí no hace falta la Orden para defender al débil, amparar al desventurado, socorrer al huérfano y al menesteroso...» Los sietemesinos, más afrancesados que el árcade de *El sí de las niñas*, se quedan pegados á la pared del lagar ante aquella fantasmagoría, impalpable como la película del cinematógrafo; y después, sorbidos como mísero riachuelo por aquel «mar sin orillas», «manantial que no se agota», sienten la nueva vida, *vida de hombres* que dice el poeta; su alma enferma averiada comienza á carenarse; y, al sentirse curados de la nostalgia del puro amor, caza el uno cigarras para ponerlas á cantar como Dafnis en el pecho de Cloe, mientras el otro, uncido á la noria, apaga la sed de la amada de Salomón. ¡Qué gran corriente, qué gran derrotero ha engendrado el geniecillo del amor bueno! Ante la pesadumbre de esta voz ríndense aquellas torres *que desprecio al aire fueron* en aquel París de sus pecados. La sacerdotisa del Helicón aherroja el abyecto libertinaje con grilletes, esposas, mordazas, y lo zambulle en el ergástulo. Ojalá que los *dii* mayores y menores del arte sigan llevando á sus arúspices por esos senderos, huyendo de lo psicopático, lo monstruoso, lo

clínico, de tisis y antinomias, con disecciones abominables de parricidios é incestos... Auras como *La Musa*, céfiros que recuerden simplicidades transparentes, melódicas, saturadoras del gran perfume como *Dinorah*, paradisiacos de portes como *El cura de aldea*, bucólico frenesí cual *La vaquera de la Finojosa*, apacible dulcedumbre como la de Súzel en *El amigo Fritz*.

Cual aquellos *dandys* declaraban la guerra á las desposables, también parece que nosotros los españoles hemos puesto bandera negra á la Naturaleza. Suele pasar por cursi el que la contempla, el que la disfruta, el que la entiende, hasta el que la canta. Parece que de nuestro modernista elenco ha desaparecido aquella eterna asignatura llamada el derecho usual de todos los pueblos, en la que consagraron siempre un capítulo sublime: deberes para con la Naturaleza. Ella, que nos da germen, embrión, luz, oxígeno, calor, maná, tiene *derechos*, derechos preferentes, cuyo olvido y conculcación son un delito de lesa majestad, porque en el esplendor de la tierra está el reflejo y la representación de la majestad celestial. El anglo-sajón, el helvecio, el belga, el puritano, recordando sin duda al plantador de viñas que se llamó Washington, dedican la atención al campo, buscan en la enramada su inefable contentamiento y allí llevan á los pequeñuelos para cantarles la parábola del Buen Pastor. Pero aquí... ¡qué horror! tabernas y toros y facas y blasfemias y alcoholizaciones, ené-sima potencia y chulos y chulerías y golfos y golferías... y una sistemática, ruinosa, suicida aversión á las derivaciones geórgicas: el gañán es el bufón de esta nuestra misérrima tragedia. He aquí por qué mi amigo Rueda presta señalado servicio á la cultura y á la agricultura con la insinuante aguja imantada. Hasta el chatungo Medialmeja y la semibruja tía Garduña miran el cortijo como si fuera la gran basílica. Vé hacia el campo, progenie esmirriada y enclenque; en los jugos de sus azucenas está la emulsión Scott contra la neurosis endémica que produjeron las lujurias y las envidias; el campo es cultivo, y el cultivo es trabajo; en las juncias de cualquier río hallarás el Jordán y de entre sus cañaverales surgirá siempre el Sanador de las raquitis y de los encanijamientos. No,

no llaméis á esto *cursi*: la Musa que ha ideado Rueda es la Siciliana que perdura *in sæcula sæculorum*: en las trompas de Eustaquio buenas y sanas resonará siempre la avena del mantuano, el *sic non vobis*; la falange del Macedón recitará siempre los versos de Teócrito; sobre la copuda haya donde ses-tean los rebaños de Tí tiro se erguirán los pueblos más pre-potentes y los simpáticos templos de Jano... y de Astrea.

Infiérese de lo dicho que el esquema calológico de mi pre-dilecto amigo no es, contra lo que algunos comulgarán, sim-plemente *joli* ó estetismo ñoño, fofo y á palo seco como el de *La ciudad muerta*. Es, por el contrario, «vino viejo en odre nuevo»; y es además estetismo prasológico, docente, educa-tivo. Nuestra última observación, leyendo el sugestivo libreto, es ilativa: deduce de los amores á la hembra conscia y á la Naturaleza un tercer amor que debe despertarse en nuestro corazón aneurismático por el plomo de la abulia, el opio de la estulticia, el estrago de la concupiscencia y descuajaringado por las pérdidas... del «imperio colonial», por la desintegri-dad de 1898. ¡*Excelsior!* como dice la Cumea actualista en *La Musa*: recibid, flamantes Paquitos de *El loco dios*, el bau-tismo, el óleo del patriciado, amad á España; truéquese el ególotra en altruista; vuelvan en sí los que empalmaron las mil y una *papalinas* del Bordeaux... Pero ¿cómo? preguntarás: ¿europeizándoos á lo Costa ó africanizándoos á lo Chamber-lain? ¿con sociologías psiquiátricas de Spencer, racionalismos vergonzantes de Schopenhauer, criminología frenopática de Garófalo, redencionismos siberianos de Tolstoi y estéticas de Taine?...

Menos, menos que eso: buscad «la escondida senda» en el Tormes; amad «la vida del campo»; allí os despabilaréis, se os despertará el tercer amor, el amor á la Patria; hallaréis re-ceta dinamógena en los aperos de la granja; entre lo *sportivo* que á l í se os ofrece, aprovechad las pelotas del *foo-ball* en deportes venatorios y de ellos saldrá el tiro, el verdadero *tiro nacional*, cuya ignara inopia tan caro nos costó en Santiago de Cuba... ¿Miradas atávicas? Si acaso hacia nuestros proge-nitores de Numancia. ¿Bibliotecas? Pocas y buenas: con una diminuta de bolsillo y triple (no anís) basta y sobra, tres vo-

lúmenes octavo: cartilla que mata analfabetos, catecismo que mata tibiezas hipócritas, y urbanidad que mata zafierías salvajes.

En suma, mi admirado dramaturgo diría en gallardos alejandrinos como los de *La Musa* lo que yo digo en prosa lisa y llana.

Sentimiento de lo bello, honradez, sindéresis; amar á la patria y honrar á sus grandes hombres como lo hacía Quintana: aprender á leer á Quevedo, no con la risotada del bebé, del mozo de cuerda ó del idiota al escuchar los pitorreos del chirle del Caballero de la Tenaza ó las chirigotas pornográficas de D.^a Dinguindaina: descubrirse ante la sin par creación iconográfica que cinceló Querol, saludando al hidalgo hispano, archiclásico que defiende con la tizona á la dama ultrajada en las Tinieblas de San Martín, al patriota mártir del menguado favorito y al hondo pensador que deja inagotable venero de enseñanzas: *Gobierno de Cristo, Epícteto, San Pablo, Santo Tomás...* ¡Oh!

ENRIQUE PRÚGENT.

NUEVO SIGLO!

(AL EMINENTE NOVELISTA CARLOS M. OCANTOS)

¡Murió el siglo! La errante caravana
Que el viejo globo en sus aduares lleva,
Las flacas manos al empíreo eleva
Y treguas pone á su inquietud insana:
Que, aunque marchita, la esperanza humana
Con su propio desangre se renueva,
Y piensa, si de lágrimas se abreva,
Que en leche y miel se tornarán mañana.
Por eso, ahora que el callado olvido
Entreabre sus abismos infecundos,
Celebra el hombre, de emoción henchido,
El morir y el nacer de dos segundos,
Desde el rincón de un átomo, perdido
Entre la red de soles y de mundos.

ANTONIO GÓMEZ RESTRIPO.

1.º de Enero de 1901.

LA DAMA DE LAS AGUAS

Desde Monserrat había ido, en compañía de Víctor Balaguer, á pasar una semana cerca de la otra montaña de la tradición catalana, el Montseny, en Casa-blanch, la casa de la más agradable y la más rubia de las castellanas españolas. D.^a Conchita Blanch de Font.

Recorrer esta comarca con el poeta de los Pirineos me causaba una alegría rara, un encanto semejante al encanto y alegría experimentados en su propia compañía dos años antes, cuando fuimos á los Juegos florales de Aragón. D. Víctor era el hombre que mejor conocía la historia de su país; no era, por lo tanto, uno de esos muchos historiadores de hoy, que bajo pretexto de que son ridículas leyendas y cuentos de viejas desechan de sus libros, depreciándolo, todo lo que hay de bello, noble y misterioso en la vida de los pueblos. Él creía la leyenda más verdadera que la historia, pues ésta se compone de muchas mentiras, mientras que aquélla es siempre la expresión de la realidad que concibe el alma del pueblo, que vive y se perpetúa en esta alma.

—La antigüedad y lo maravilloso—me decía— no son motivos para hacernos dudar de una leyenda; al contrario, más verdad es y más vive... Gracias á Homero, conozco mejor los detalles del sitio de Troya que los del sitio de Cavite, que cada *reporter* ha contado á su manera.

...Al descender del tren nos encontramos con el marido de la castellana, nuestro amigo D. Miguel de Font; subimos á una tartana y nos dirigimos á Casa-blanch, que está á dos horas de camino de la estación, entre Hostalrich y Arbucias.

Mientras admiraba la belleza del paisaje, con sus arroyos claros, sus grandes bosques de alcornoques, descortezados ya, y de centenarios robles, el Montsolín, con el castillo que

corona su cima, y más lejos el gigantesco Montseny, Balaguer me hablaba del alma de este pueblo.

—Aquí estamos en la comarca más extraordinaria, quizás, de España; lo sobrenatural domina todavía, a pesar de los progresos de la ciencia; todo es milagro y leyenda; el misterio la envuelve y forma el corazón de sus habitantes como si estuviésemos en los tiempos de las hadas.

Aquí le dirá la gente que en la noche de San Juan se puede ver pasar al Caballero negro llevando sobre su negro corcel la Dama roja de Montsolín; le hablarán del Gran Cazador del mismo castillo y de la penitente del Montseny, que es, esto lo puedo afirmar, la misteriosa inglesa de la que habla Lamartine en su *Viaje á Oriente*; le enseñarán el Gorch negro y la Cruz de Mata-galls, y en seguida sabrá usted sus historias. Si se encuentra usted un día de tormenta entre el vecindario de Arbucias, podrá ver por el suelo balas marcadas con cruces; los aldeanos las hacen bendecir por el cura, y entre los relámpagos y truenos, hacen descargas á las nubes para deshacer los malos espíritus. En fin, sabrá usted la leyenda de la ninfa de Casa-blanch, ó como se dice aquí, de *la Dama de las aguas* (*Dona d'aigua*) que es, sencillamente, la abuela de la gentil Conchita...

Iba á suplicar á D. Víctor me la contase, pero llegábamos entonces al jardín de Casa-blanch, donde la castellana nos esperaba en la puerta.

Después de los cumplimientos y preguntas acostumbrados sobre el viaje y salud, sus primeras palabras fueron para decirnos:

—¿Saben ustedes? Tenemos noticias nuevas de la Dama de las aguas. Una anciana, abuela de uno de nuestros criados, la ha visto sobre la Riera y, emocionadísima, ha venido á contarnos la aparición.

«Es, me ha dicho, una señora vestida de blanco, como usted ahora, de ojos azules como los de usted y una cabellera rubia semejante á la suya » Lo mismo ha dicho al cura y al juez y en todo el pueblo no se habla de otra cosa.

*
* *

Por la tarde estábamos reunidos en el gran salón, donde tuve el gusto de ver en lugares preferentes los retratos de los poetas de mi *Provenza*, Mistral y Félix Gras, é impaciente por saber dije á Conchita:

—D. Víctor iba á contarme la historia de la Dama de las aguas en el momento que llegábamos á la verja del jardín; quedaría á usted muy agradecido si tuviese la bondad de contármela.

—Con mucho gusto; pero puesto que ya no hace calor podemos ir por el campo. Iremos por la Riera hasta el paraje donde la Dama de las aguas acostumbra á bañarse las noches de luna, y paseando hablaremos de ella.

Nos fuimos Conchita, Balaguer y yo, siguiendo senderos estrechos y sombríos, en donde muchas veces necesitábamos pararnos para apartar las ramas que casi arrastraban por el suelo; franqueamos arroyos, nuestros pies se hundían en la arena, y los cantos de los pájaros nos acompañaban constantemente en nuestro paseo.

Conchita dijo así:

—La Dama de las aguas es una ninfa eternamente joven y bella; se enamoró hace unos seiscientos años próximamente de uno de mis antepasados, que en paz descansa, joven valiente y tan bello como ella. Lo encontró un día en que dormía al pie de un roble, que vive todavía y que es el orgullo de nuestra casa, y lo despertó con la melodía de una canción; y de tal manera le fascinaron su canto, su sonrisa y el perfume de su dorada cabellera, que inmediatamente le declaró su pasión y, poco tiempo después, la tomó por esposa ante el capellán del castillo. «Consiento en ser tu mujer—le había dicho ella,—y serás el más feliz de los hombres, y tu casa y tus bosques serán benditos; pero con una condición, que jamás me preguntarás mi nombre, ni de dónde vengo, y sobre todo, que jamás pronunciarás ante mí la frase *Dama de las aguas*.» En efecto, el Sr. de Casa-blanch fué más dichoso que un rey; sus árboles tuvieron tantos frutos como hojas, las flores de su jardín no se marchitaban nunca y su esposa le dió un hijo, lindo como una gota de rocío.

Desesperado, al ver que su mujer guardaba siempre el mis-

mo silencio sobre su nacimiento, sus padres y su patria, un día le dijo con tono de desprecio: ¡Vete, *Dama de las aguas!* ¡No se puede saber siquiera de qué vientre has nacido!

Al oír este insulto, la pobre ninfa palideció; después, como una loca, la cabellera al viento y sollozando, corrió hacia el Montseny, y sin escuchar á su esposo que la seguía arrepentido, se arrojó al Gorch negro. . Aquel año, una tempestad espantosa destruyó todos los sembrados de Casablanch, las flores de los jardines se marchitaron y el señor no volvió á ver más á la Dama de las aguas; pero todos los días, antes que la servidumbre se hubiese levantado, todo estaba limpio y en orden la casa, el niño vestido, peinado y adornado sin que nadie se ocupase de él, y una vez, al besar el padre la cabellera de su hijo, que le recordaba la de la fugitiva, encontró dos perlas que eran dos lágrimas de la pobre madre.

Después la gente de Arbucias ha visto á mi abuela pasearse por la Riera, sobre todo por aquí, donde le gustaba bañarse.»

Estábamos junto á una cascada maravillosa; la Riera caía con gran estrépito y formaba una espuma blanquísima semejante á la nieve cuando cae de la montaña precipitada y dijérase que triste por abandonar la cima; las rocas formaban en el fondo un remanso, un baño natural en donde el agua quedaba tranquila para seguir así, sobre su lecho de guijarros, bañando las praderas

—Aquí cerca,—añadió Conchita—habíamos hecho construir un banco de piedra, una mesa y un hornillo, pero la semana pasada una tempestad se lo llevó todo.

—Eso es—dije yo—que la Dama de las aguas no quiere que los albañiles vengán á turbar la armonía de su palacio. Esta mañana he visto las instalaciones eléctricas que Miguel ha hecho para iluminar la casa y el jardín y me da lástima, pues la turbina está demasiado cerca de la Dama de las aguas y alguna noche se vengará destruyéndola.

Balaguer, que había ya advertido á Miguel el peligro en que estaban sus instalaciones, aprobó mis palabras y murmuró los versos de una zarzuela muy popular:

Hoy las ciencias adelantan
que es una barbaridad.

*
* *

...Al amanecer del día siguiente volví solo al baño de la Dama de las aguas y permanecí allí un par de horas. Á mi vuelta á la casa Conchita se chanceó un poco.

—¡Vamos! veo que mi joven y encantada abuela os ha hechizado... ¿La ha visto usted? ¿la ha hablado?

—No la he visto porque me faltan las gracias especiales que tienen las gentes de aquí; pero la he visto mejor que con los ojos, pues éstos pueden engañar; he sentido su presencia real, he comprendido claramente que existe y que usted es verdaderamente su nieta, he comprendido una parte del misterio que se respira alrededor de usted; la he invocado, le he hablado de usted, Conchita, y me ha entendido... Estoy seguro...

—¡Con qué gravedad dice usted eso! Voy á creer que hay en usted otra cosa que fantasía poética... Debía usted haber hecho esa excursión de noche.

—La haré.

—Pero es imposible ir hasta allá abajo con la oscuridad que hay cuando no hace luna.

—Llevaré un farol. ¿Quiere usted acompañarme esta noche?

—¡Qué locura!— exclamó Balaguer.— Pueden ustedes herirse.

Mi idea había gustado á Conchita.

—Lo intentaremos— dijo. —D. Víctor teme al fresco de la noche; mejor es que se quede en casa. Miguel nos acompañará, y desde luego, si no quiere, iremos solos.

Font, como Balaguer, trató de loco nuestro proyecto y no creía que hablábamos en serio; pero cuando vió á un criado que me llevó al jardín, donde tomábamos el fresco, un farol encendido, se convenció de que estábamos decididos, y partimos los tres, dejando á D. Víctor fumar tranquilamente bajo los árboles.

Miguel iba delante sirviendo de guía, yo detrás de él, alumbrando el camino á Conchita para evitar que tropezase ó se

desgarrase el vestido, y así caminábamos lentamente, mudos en la solemnidad y el misterio de una noche tan negra, que á pesar de la luz del farol era imposible vernos las caras. Más de una vez equivocamos el sendero; nos detenían tapias que no podíamos franquear, nos cortaban el paso arroyos que Conchita no podía saltar; pero nosotros, firmes en nuestro propósito, no paramos hasta llegar á la cascada.

Nos sentamos á descansar y me puse á decir á Conchita que la dama encantada de las aguas le había dado su sonrisa, su cabellera y sus ojos; de pronto un ruido extraño que partía de la cascada hizo exclamar á Conchita:

—¡Madre de Dios! ¿Qué es eso?

—¡Nada!—dijo Miguel.—Alguna piedra que, sin duda, cayó de allá arriba.

La ansiedad oprimía nuestros corazones; nos levantamos y nos aproximamos á la cascada, y entonces vi una inmensa claridad, una claridad verde y dorada, fantástica, en lo más alto de las rocas.

—¡Miren ustedes!—dije.

—¡No veo nada!—respondieron Miguel y Conchita.

—Esa claridad...

—Será un reflejo de la luz del farol sobre las aguas.

En seguida oculté el farol entre unas hierbas y el resplandor continuaba.

—¿Pero no ven ustedes nada?

—Sí—dijo Miguel.—Ahora veo una luz vaga, indecisa.

—Y yo—dijo Conchita dando un grito de alegría—veo un gran resplandor.

La claridad verde y dorada desapareció; volvió después á aparecer más dorada todavía, pero esta vez la vi yo solo; por tercera vez volvió á aparecer, y entonces la vimos todos de nuevo.

—¡Belleza divina!—dijo la señora.—Parece que de la luz salen bellísimas melodías y que llegan hasta aquí.

Escuché, pero no oí nada.

—Hay una forma que camina por la luz—dijo Miguel.

—Parece una mujer cubierta con blanca capa.

Conchita me sacudió el brazo y dijo temblando de emoción:

—¡La Dama de las aguas!

Pero yo no veía la blanca figura, sino nubes que cruzaban ante mis ojos...

Entonces cogí el farol con la mano izquierda y lo aproximé al rostro de Conchita. (¡Ojalá hubiera tenido lirios y rosas en la derecha!) Estaba en éxtasis, maravillosamente hermosa.

—¡Oh!—le dije.—¡Ya la veo, es usted, Conchita, es usted la Dama de las aguas;

—No, no, mírela allá en lo alto.

Yo continuaba mirándola á ella.

—Esconda usted el farol que no huya, quiero verla más cerca...

Pero yo no hice caso y permanecí alumbrando el rostro de Conchita.

—¡Ah! ¡Desgraciado, qué ha hecho usted! ¡Nos ha visto, la ha asustado usted y ha huído! ¡Ya no la volveré á ver más!... ¡Nunca! ..

La música celeste había cesado, la inmensa claridad verde y dorada había muerto y el horror de la noche dominaba á la Naturaleza.

Permanecimos un momento más en aquel sitio y volvimos á casa, en donde Balaguer nos esperaba fumando tranquilamente.

Le contamos lo visto y no quiso creer nada.

MARIUS ANDRÉ.

LA INDUSTRIA EN SEGOVIA ⁽¹⁾

III

Lo que primero se necesita para hacer una acabada exposición de la *industria y del comercio al presente* es una estadística perfecta que desgraciadamente no existe ni en Segovia ni en su provincia. Atrasada España en todos los ramos de la administración del Estado, no se ha cuidado hasta estos últimos años de tomar nota de lo que tiene y produce y gasta, de sus modificaciones, cambios y accidentes, de todo lo que imprime algún sello especial en la marcha de personas y cosas; y esta estadística es deficiente, es muy lenta su implantación y todos son inconvenientes y obstáculos para su desenvolvimiento. Las mejores estadísticas son las que constan en las oficinas recaudatorias de impuestos y tributos. En las dependencias de la Hacienda pública hay relaciones de las fábricas, sus motores, aparatos, utensilios, etc., y de las tiendas y puestos para la venta de géneros producidos y fabricados en Segovia. No creemos que sea de la índole de este trabajo exponer cuántas son las tiendas de una clase, cuántas de otra, en qué tarifa están incluídas y cuánta contribución pagan, aunque sí hemos de consignar y hacer indicación de lo más saliente de su industria y su comercio (2).

(1) Véase la página 339 de este tomo.

(2) Sobre la dificultad de la estadística citaremos el caso del *Mayor Craigie*, presidente de la Real Sociedad de Estadística de Inglaterra, que pronunció no hace mucho un discurso en Bradford sobre los métodos y resultados de la estadística, y la consideró complicada y difícil, que se pasan por alto detalles importantísimos, despreciándose circunstancias interesantísimas, y combatió el sistema de hacer esta-

En el concepto económico es distinta la significación de la industria de la del comercio, y si aquélla es un agente de la producción, es el comercio un agente ó institución del cambio. Es la industria en su más genérica expresión el conjunto de las aplicaciones del trabajo del hombre, y atendiendo á esto, todo lo que supone el trabajo humano determina una industria; pero prescindiendo nosotros de las industrias llamadas *subjetivas*, ó sean las que obran sobre el hombre mismo, y tratando sólo de las *objetivas*, nos parece bien la división que se hace en industria *extractiva*, que es la que se ocupa en extraer cosas útiles de la tierra y de las aguas sin darles preparación alguna. Industria *agrícola*, industria *pecuaria*, industria *fabril* y *manufacturera*, *locomotiva* y *mercantil*, cada una con diversidad de funciones y con distintas aplicaciones.

Lo dicen los autores y está perfectamente comprobado por la experiencia: los pueblos que no van á la cabeza ó que no secundan el movimiento fabril y comercial de las naciones más cultas y que más se distinguen, es pueblo rudimentario é inculto y España es desgraciadamente uno de los pueblos más atrasados en estos ramos del bienestar público. Los galeones que de América llegaban cargados de metales preciosos excitaban la codicia de los españoles, y los trabajadores y los dispuestos abandonaban sus medios de vida, cuando tan fácil les era el acaparamiento de las mercancías traídas de las colonias. Esta política funesta dió al traste con el engrandecimiento territorial de España en el siglo XVI, y entretenidos los reyes y los vasallos en guerras religiosas y de conquistas ó en fiestas é intrigas palaciegas, no podían ó no sabían torcer la marcha que nos había de llevar al poco tiempo á una pendiente de degeneración y de miseria.

Segovia, provincia interior, era de las que menos se aprovechaban de las riquezas americanas, teniendo que vivir principalmente de sus productos propios y del laborar é inteligencia de sus hijos. Faltos éstos de la comunicación con otros países y sin que estuviera encarnado en ellos el espíritu aven-

dísticas á largos intervalos. Júzguese de aquí cómo será la estadística de la provincia de Segovia.

turero de otras regiones, era y es su característica la mayor estabilidad en el modo de ser, sin preocuparse para nada del adelanto de los tiempos (1).

Está reducida la industria en Segovia en los comienzos del siglo que corremos á la fabricación de harinas y molinos harineros, fabricación de loza, de vidrio en San Ildefonso, de hebillas, tachuelas y alfileres, de curtidos ó cerámicas modernas y fabricación antigua de tejas y ladrillos, fábricas de papel, fundiciones en pequeño de hierro y otros metales, fábricas de bayetas y paños ordinarios, de aserrar maderas, la industria resinera, alcoholes, la explotación de cales y yesos, y lo que significa consumo diario en atención á las necesidades modernas, como las fábricas de electricidad para alumbrar las principales poblaciones, la industria de transportes y carruajes públicos, alfarerías y alguna otra de menos importancia. Si todavía estas explotaciones fuesen en grande escala, aún Segovia podría considerarse una región industrial; pero apenas si las fábricas que existen trabajan más que para las necesidades locales ó de la región, pues salvo la industria resinera, la cerámica, el aserrío mecánico, el hebillaje y algo el papel y la loza, que son industrias de exportación, las demás no traspasan sus productos los límites provinciales (2).

El *comercio* también está en la misma relación que la industria. El de exportación, el de salida de productos, queda re-

(1) La capital, Segovia, tiene concretada su vida á la que le proporciona el Colegio de Artillería, establecido por Carlos III y cuya apertura tuvo lugar en 16 de Mayo de 1764, y, nutrida la ciudad de elementos ricos y de familias opulentas, y con todos los elementos eclesiásticos, civiles y militares que aportan siempre á una cabeza de provincia, se ha ocupado muy poco Segovia de adquirir vida propia é independiente de los movimientos y exigencias de los Gobiernos.

(2) Ampliando la enumeración del texto, señalaremos también molinos de corteza y de roña, molinos de chocolate, lavaderos de lana, fábricas de cardar é hilar, de perchar, de fundir no hace muchos años. Han desaparecido las tahonas de rubia, pero continúan las fábricas de cerería, de pastelería, pasta para sopas, salazón, de sombreros ordinarios, de hilazas y algunas otras más, hornos de cal, teja y ladrillo, talleres para la construcción de artesas y utensilios de madera, y otras de menos importancia.

ducido á las industrias que hemos dicho que se extienden fuera de Segovia y á los productos del suelo, principalmente á los cereales, pues, región eminentemente agrícola, los frutos que no son consumidos en ella, son transportados á otros centros, comúnmente á las fábricas harineras de Cataluña y algo á las de Valladolid y Madrid. El comercio de consumo local, como no suben los habitantes de la provincia de Segovia de 156.000, es claro que tiene que ser muy pequeño y deficiente. El de artículos de primera necesidad queda reducido á las panaderías, industria que apenas existe en las aldeas, en que la cocción se hace en la misma casa y para una ó más semanas, el cultivo y venta de legumbres y frutas, las carnicerías, de vaca sólo en las cabezas de merindad ó de grupo de pueblos y lugares, pues en los demás sitios sólo se mata carnero la mayor parte del año, despachos de vino más en abundancia que lo que fuera menester, algunas pocas carbonerías y lecherías y muchas más tiendas de géneros coloniales ó ultramarinos, ó sea lo que se llaman artículos de comer, beber y arder (1).

El comercio de los demás artículos es muy deficiente en Segovia (2) Prescindiendo de la capital y de las cabezas de partido y una docena de pueblos, se puede decir que no hay comercio alguno. En la capital es donde se halla más extendido. No hemos de citar las tiendas que existen ni los artículos que expenden, pero justo es decir que en la ciudad del acueducto se encuentra la mayor parte de lo necesario para la vida al día, como no sean grandes las exigencias, que efec-

(1) Tiene la provincia 156.000 habitantes en una superficie de 6 826,87 kilómetros cuadrados, dando habitantes 22,62 por kilómetro cuadrado.

No hace muchos años había en toda la provincia de Segovia 615 establecimientos fabriles que representaban un capital de 5 millones de pesetas y que daban trabajo á más de 4.000 operarios. Comerciantes había más de 700. Propietarios que cultivaban y arrendatarios de fincas 15.084, jornaleros del campo 2.300 y artesanos ó dedicados á oficios 4.320.

(2) De géneros al por menor existen tiendas de telas y tejidos, utensilios de labranza, ferretería, hierros y herramientas de oficios, quincalla, cordelería etc.

tivamente se van imponiendo mucho en los tiempos que corremos. El que haya comercios y tiendas, se establezcan algunos y se cierren más, como ha sucedido de algunos años á esta parte, no constituye la vida propia de una población, pues todo estará supeditado al movimiento de familias y al mayor ó menor número de vecinos que habiten en su recinto; lo que se precisa es que la animación y concurrencia la dé principalmente el que haya comercio estable, acreditado, constante, y esto sólo lo puede hacer el comercio al por mayor. En cuanto al comercio al por menor, ó al detall, que es el que actualmente existe, ya veremos los medios de desarrollarse y hacer que constituya base fija de porvenir cuando tratemos de la manera de hacer que prosperen tan vitalísimos elementos de bienestar y cultura (1).

El comercio al por mayor no existe al presente en Segovia. Para ello se necesita por lo menos tres cosas: que sea un gran centro de producción y de industria; que tenga grandes vías de comunicación, sirviendo de punto de relación de otras localidades ó regiones productoras; y que Segovia se distinguiera por una gran preponderancia, por su riqueza, su arte, ser estación de gran concurrencia de viajeros y de familias, ó que por su higiene, ornato, clima, distracciones, etc., fuese frecuentemente habitada por gran número de personas que aquí tuviesen que surtirse de toda clase de artículos.

Ninguna de estas condiciones reúne actualmente Segovia, pues ni produce, ni transforma, ni se comunica rápidamente con ninguna parte ni constituye colonia veraniega ni artística, y en verdad que todo esto debía tener, pues sus condiciones son favorables para todo ello, y en conseguirlo á la mayor brevedad deben trabajar sus hijos con amor y con constancia.

(1) Se exportan granos, maderas de los montes, principalmente de Navafria, Valsain y Garganta del Espinar; carbones de los mismos, productos resinosos, algo de lana y pieles, cecina de Riaza, hebillas, papel, alfarería, productos de loza y cerámica, productos de los pinares. No es fácil determinar el valor de los géneros exportados, pero se elevan á bastantes millones de pesetas. Los demás productos que paran y se consumen en Segovia y su provincia son importados de otras regiones.

Algunos almacenes de granos, de lanas, depósitos de ultramarinos para surtir á tiendas pequeñas y pueblos cercanos, algunas tiendas de ropas y calzado hechos, algún artículo de ferretería, algo de construcción de muebles y la expendición de los pocos artículos fabricados en Segovia es lo que constituye el comercio en grande en toda la provincia, que en cuanto al detall ya hemos referido antes cómo está constituido y cómo se desenvuelve.

Este comercio se surte, como es natural, de la importación de otras provincias, cada artículo buscando la mejor calidad, y sobre todo, la mayor economía dentro de las condiciones del mercado. El pescado procede de la costa cantábrica; los tejidos y paños, de Valladolid y Cataluña; los productos químicos y farmacéuticos, de Madrid, Barcelona y algo del extranjero; los géneros comestibles, de los países productores; la fruta, de Murcia, Valencia y de la provincia de Madrid; el vino, de la ribera del Duero y de Castilla la Nueva, y así iríamos reseñando la procedencia de las mercancías si no estuviéramos también expuestos á grandes errores, pues continuamente cambian los comerciantes de fábricas y almacenes, según el crédito, calidad, facilidad del transporte, resultados de los géneros y aceptación y gusto de los consumidores.

Los motores de la industria segoviana son principalmente los saltos de agua de sus ríos y arroyos, la *hulla blanca*, como se dice en lenguaje moderno. Son los ríos más importantes de la provincia castellana: el Voltoya, el Moros, el Eresma, el Pirón, el Cega, el Duratón y el Riaza, con muchos arroyos, el Clamores y el Ciguiñuela en la capital, y otros que surcan la provincia en distintas direcciones y los más procedentes de la sierra Carpetana. La mayor parte de los aprovechamientos de agua son para mover molinos harineros, extensión de la vida casera, pues ya hemos dicho que son pocas las demás fabricaciones que existen, contándose en las riberas la de tejidos ordinarios, paños bastos, que también funcionan por la fuerza hidráulica.

De vapor hay pocos motores, y ese encanto de las poblaciones fabriles con sus altas chimeneas, sus grandes edificios y dependencias, el ruido de las máquinas y artefactos y el

constante trabajo y movimiento de obreros es desconocido en Segovia, que mientras esto no suceda y se aproveche también en mayor extensión la fuerza de los ríos y arroyos y aun se construyan canales y se canalicen las corrientes actuales no podremos decir que existe industria y con ella progreso en la repetida ciudad.

La industria agrícola y pecuaria, ó sea la *agricultura* y la *ganadería* están atrasadísimas en Segovia. Han desaparecido aquellos cientos de miles de cabezas de ganado lanar, que constituía una verdadera riqueza y cuya lana era tan apreciada en el mundo, debida la pérdida al descuaje de montes, roturación de prados y á no haber entendido los ganaderos los avances de la época, procurando la selección de razas, el mejoramiento de tipos, de Sajonia, Inglaterra, Holanda, etc. Actualmente, el ganado lanar es escaso, los esquileos han perdido mucho de su animación y de ser una fiesta tan típica y sobre todo tan productiva, y tanto por la falta de pastos como por el desenvolvimiento de las enfermedades del ganado, más que por la crudeza del clima, tienen los grandes ganaderos que aún quedan que enviar sus rebaños á las dehesas de la Mancha, Andalucía y sobre todo de Extremadura durante los meses invernales (1).

La agricultura sigue estacionada, como si no hubiera pasado el tiempo. Aún continúa el sistema de barbecho, tan desacreditado ya en los cultivos modernos; aún siguen con el arado romano y con el desprecio más absoluto del de vertedera y de las máquinas modernas; van entrando muy lentamente en la aplicación de los abonos minerales; desconocen el crédito agrícola y aún fían por completo en los elementos del cielo como los verdaderos dispensadores de frutos y de

(1) La estadística de ganados de la provincia es muy deficiente y se remonta á bastantes años. Con la reserva con que hay que acoger todos estos datos, y sin responder de su autenticidad, se calculaba el número de cabezas en la provincia en 611.114, distribuídas en esta forma: lanar, 511.194; de cerda, 11.723; vacuno, 39.792; asnal, 14.211; mular, 9.461; caballar, 6.449, y cabrío, 18.284. Estaban dedicadas á la labor 33.519 cabezas; á granjería, 574.341; á la industria, 3.374, y á uso propio, 650.

cosechas. Así se ve que la obtención media del trigo es de 8 á 10 hectolitros por hectárea, cuando en los cultivos aprovechados de otros puntos es de 20 y á veces llega á 30 y más hectolitros. El cultivo es principalmente de cereales, sobre todo de trigo, sin cuidarse casi de las hortalizas, de los tubérculos, de los árboles frutales, de la avicultura y de las industrias derivadas de la agricultura, que tantos rendimientos producen y que son de ésta el indispensable complemento (1).

Para el movimiento de fondos hay en Segovia Sucursal del Banco de España y banqueros particulares que negocian y giran letras, envían cantidades y manejan fondos públicos, y sobre todo, el Banco proporciona grandísimas ventajas al comercio, y todavía podría proporcionar más si fuese otra la organización del poderoso establecimiento de crédito. El comercio bancario es desconocido en el resto de la provincia, como no sea por favor especial de algún negociante rico, por la usura y por libranzas de giro en las capitales de partido. El comercio, en general, es honrado y fiel cumplidor de sus compromisos.

IV

Las causas de la decadencia de la industria segoviana son varias y complejas. El entendido Sr. Lecea señala tres: la poca protección de los Gobiernos, la pasividad de los fabricantes no poniéndose al corriente de los adelantos modernos y la falta de asociación de los industriales. Son muchas más que éstas, pero entendemos que las dos últimas son las más determinantes.

Cierto es que los gobernantes españoles más parece que

(1) Según la Dirección general de Contribuciones, hay en la provincia de Segovia: de regadío, 718 á huerta, 998 á cereales y semillas y 3.108 á prados; total, 4.824 hectáreas; de secano hay 282.986 hectáreas destinadas á cereales y semillas, 9.961 á viñas, 129.855 á dehesas, pastos, alamedas, montes altos y bajos, y 55.718 en baldíos con aprovechamientos, dando, por tanto, hectáreas de secano 478.530. La superficie desaprovechada es de 109.513 hectáreas.

tienden á la ruina del país que á su prosperidad y florecimiento, y á las antiguas trabas de la industria española con gravámenes y gabelas ha sucedido en los tiempos actuales un desconocimiento de la realidad que raya en lo absurdo é incomprendible. Las tarifas aduaneras, dando facilidades á la salida de productos nacionales y facilidades á esos mismos productos cuando entran ya transformados, perjudicando notablemente á la industria del país; el no subir los aranceles de productos de fuera, que vienen á hacer funesta competencia á las fábricas nacionales; el no poner mano dura á las Compañías ferrocarrileras para que haya baratura y posibilidad de transportar productos, esto, y otras causas secundarias han dado al traste con la industria de España, y por tanto, con la industria y comercio segovianos.

A pesar de esto, las más principales causas de decadencia de la industria son el abandono y falta de energía de los españoles. No se han cuidado de marchar al extranjero y enterarse de los nuevos métodos de fabricación de la maquinaria moderna; no han querido hacer desembolsos, creyendo que tenían mercados seguros, y cuando se apercibieron del error era ya tarde para remediar las pérdidas sufridas. El industrial tiene que ser activo, emprendedor, no economizar capitales, y si solo no puede bastarse para seguir un negocio, que se una á otros con entera confianza, con esperanza de ganancia, que cuando varios hombres, conociendo una industria, la comienzan con fe y con constancia, seguro será el éxito y prósperos los resultados.

Por no preocuparse los segovianos de los adelantos de la época ha desaparecido lastimosamente su privilegiada ganadería, de las mejores de España y envidiada de los extranjeros, pues éstos, más entendidos é ilustrados, trabajaron siempre por perfeccionar las razas, y tuvieron más cuidados en conservar los pastos y los montes, no dejándose llevar de la tradición y la rutina.

Ha desaparecido el lavado de lanas, operación que antes ocupaba muchas familias y daba grandes utilidades, y la lana que aún se coge se exporta en sucio, dando al extranjero ganancias que podrían quedar en el país.

No hablemos de la industria pañera que, así como existió floreciente en tiempos antiguos (1), no hay razón alguna para que no sucediera lo mismo actualmente. Que, esmerándose en la obtención de lanas y estableciendo fábricas y telares con los perfeccionamientos modernos de cardar, hilar, teñir y las demás operaciones de esta industria, podría alcanzar el esplendor de otros tiempos.

Lo mismo decimos de las fábricas de curtidos, cuyos productos tenían general fama, y las de pergaminos y vitelas, y la industria de tejidos ordinarios, que tan extendida se hallaba en la provincia y tantos obreros mantenía.

De agricultura hemos dicho que estamos como antes, sin saber que otras naciones nos adelantan y conquistan, no ya los mercados de fuera, sino nuestros mercados propios. Para esto no hay más que forzar la producción, que conocido es el error de que Castilla era el granero de España, cuando no tenemos lo suficiente para las necesidades de casa. Producir mucho y barato es el único remedio para la crisis agrícola que padecemos.

V

Si juzgáramos por las condiciones actuales de la provincia de Segovia y por la indolencia que la es determinante, auguraríamos muy tristemente del *porvenir de su industria y su comercio*, pues vemos que de muchos años á esta parte, si no ha habido una decadencia ostensible, ha habido un aletargamiento perjudicial, continuando extenuada, cuando las demás provincias y regiones de España procuran sacudir su abatimiento y proyectan establecer medios de vida, fábricas, tráficos y negociaciones.

A raíz de la ominosa pérdida de nuestras colonias surgieron de todos los ámbitos de la Patria aires y corrientes de regeneración, y lo que antes había sido olvido y abandono se tro-

(1) En el siglo XVI ocupaba la fabricación pañera en Segovia cerca de 34.000 obreros, que empleaban anualmente 4.500.000 libras de lana.—*Historia del comercio de todas las naciones*, por Mr. Scherer.

có en una fiebre de proyectos buscando todos la panacea á los males nacionales. Todo el país comprendió perfectamente que en la riqueza pública estaba la base de nuestra *europización*, palabra de un distinguido sociólogo, que arraigó pronto en la conciencia nacional; pero, todos conformes en la causa, no hubo unanimidad de pareceres en los medios de llevarlo á cabo, y así fué que se implantaron negocios poco calculados, precipitándose en los planes que antes obtuvieran. No cabe duda alguna, en la mayor producción del país, en necesitar lo menos posible los artículos extranjeros, y al contrario, que los productos de España traspasen las fronteras y los mares; en mejorar la agricultura, canalizar los ríos, en establecer industrias de resultados positivos, en fomentar la ganadería, en desarrollar el comercio, ya interiormente, ya relacionándonos con los de fuera; en el progreso de la educación y de la enseñanza, en hacernos más activos, más laboriosos y más confiados en nuestras fuerzas y en la vitalidad de nuestra Patria y de nuestra raza, en todo esto se halla la médula, la materia prima de la futura regeneración de España.

Segovia no tiene ninguna particularidad que le impida estar dentro de las demás condiciones nacionales, y la aptitud de sus hijos para las ciencias y las artes, y para la guerra, y para los ejercicios de virtud, para la industria y para el trabajo, se ha visto perfectamente demostrada en mil hechos de su historia; su suelo es dispuesto para aprovechados cultivos, su situación en el centro de la Península y cercana á la capital de la monarquía; su orografía, su hidrografía, otras varias cualidades de especial recomendación hacen á la provincia de Segovia perfectamente preparada para la agricultura, para la industria y para el comercio.

Para salir de este marasmo hace falta, en primer lugar, la acción individual, y después la social y del Gobierno. Cierto, muy cierto que los gobernantes son en España mucha causa de las desdichas que padecemos, y que la mala administración y los políticos que tenemos desde hace muchos siglos más se han cuidado y se cuidan del medro personal que de hacer el bien de sus administrados; pero también es una verdad que aquí los hombres, aisladamente considerados, pasan

la vida en lamentaciones sin esforzar la inteligencia ni trabajar el cuerpo para lograrse por sí propios lo que se consigue difícilmente esperando sólo la ayuda ajena.

No podemos tratar de consideraciones de orden psicológico, pero bástenos repetir como síntesis de nuestra afirmación que el hombre, con constancia y con fe y con decisión puede conseguir todo lo que se propone, siempre que lo propuesto caiga dentro de las cosas posibles y racionales, y de este modo, parodiando la máxima de Stuart Mill, acrecentando el valor de los españoles aumentará el valor de España toda.

Cuando el hombre no puede bastarse á sí propio, entonces se necesita el auxilio de los demás, constituyendo *asociación* de individuos, poderosa palanca de los pueblos modernos, que remueve todos los obstáculos y allana todos los inconvenientes. Es la asociación el auxiliar más eficaz y más verdadero del comercio, lo que ha enanchado la vida de relación con los demás países, haciendo á éstos más cultos y progresivos.

Segovia apenas conoce la asociación, ni mercantil ni de ningún otro orden. Su situación y sus condiciones étnicas le hacen apartarse de los demás hombres y mirar con recelo y suspicacia sus iniciativas y proposiciones, sobre todo entre la gente rural, entre los labradores que tan atrasados se encuentran y tan poco caso hacen de las enseñanzas de los tiempos modernos, uniéndose unos con otros para mejorar los cultivos, favorecer el crédito agrícola, etc. En la capital suele de vez en cuando constituirse alguna sociedad, si bien reducida á pequeños límites y generalmente colectiva, que las anónimas son escasas, y á decir verdad, de resultados poco prósperos, sin duda por la falta de costumbre en los segovianos para este género de labor y propaganda.

Creemos que todo esto cambiará, que los segovianos formarán asociaciones para todas las manifestaciones de la vida, y de este modo el porvenir de Segovia será una verdad y en plazo no muy lejano. Ya diremos más adelante las iniciativas y fuerzas que pueden implantarse bajo el influjo benéfico de la unión de comerciantes é industriales.

Las asociaciones nuevas que se funden tendrán que ser distintas de los extinguidos gremios de la Edad Media y de la época de la casa de Austria, por ser muy distinta la misión de unos y otros. Aquel aumento de los derechos de arancel al arbitrio de los interesados en conservar el monopolio de las artes mecánicas; aquella institución de las cofradías que formaba parte integrante de los gremios, con sus contribuciones á la entrada, sus derramas ordinarias y extraordinarias, sus fiestas y comidas, y otras cargas y servicios que roban dinero, tiempo y trabajo y empobrecen y atrasan; todo aquello de exigir para entrar en el gremio pruebas de limpieza de sangre y descender de agremiados, no tiene ya razón de ser, es completamente anticuado y constituiría una privación de la libertad de trabajo, y de aquí el fundamento con que los pensadores y economistas condenan los gremios y ordenanzas gremiales, que, si pudieron tener su razón de ser antes para abatir el poder feudal y para desarrollar el arte mecánico, carecen actualmente de aplicación y de sentido.

En sustitución de los gremios se constituyen hoy para la defensa de los intereses obreros sociedades de toda clase, las más de carácter cooperativo, de mutua ayuda y protección en sus enfermedades, paro, educación, aun en las huelgas, en las desconsideraciones de los patronos y abandono completo de las leyes sociales y físicas que rigen la vida de los trabajadores, ó sean las sociedades que llaman de resistencia.

Íntimamente relacionada con la cuestión industrial está la *cuestión obrera*, una de las más palpitantes en los tiempos que corremos. La asociación de obreros, la mayor educación de la gente trabajadora, el mejor conocimiento de sus necesidades se ha impuesto á Gobiernos y patronos, y á impulsos de lo que se llama movimiento socialista se han dictado leyes y publicado circulares y reglamentos sobre los accidentes de trabajo, trabajo de mujeres y niños, jornada legal de trabajo, sociedades de socorro para obreros, enseñanza de los mismos y de sus familias y otros muchos particulares que dignifican al hombre y hacen el trabajo libre, constituyendo un adelanto indiscutible, aun con los inconvenientes que lleva consigo un cambio radical en el modo de ser de una clase

numerosa y en las costumbres inveteradas de los pueblos.

Las doctrinas socialistas se van abriendo paso, y llegarán á arraigar completamente siempre que se reduzcan al mejoramiento social de los obreros y dentro de los principios científicos y económicos de los mismos, no como exageración de escuela ó como máximas disolventes de la propiedad, de la familia, de las ideas fundamentales del individuo y del Estado. Y no hemos de negar que la industria mejorará grandemente bajo un régimen de libertad, sin trabas opresoras y con independencia y consideración al obrero, educándole y haciéndole ver los perjuicios de falsas predicaciones y de doctrinas anarquistas.

La asociación es para nosotros la más eficaz ayuda para la industria y el comercio; la unión de individuos bajo algunas de las formas del Código mercantil para implantar y explotar cualquier negocio de capitalistas y de prácticos, de propietarios y de entendidos en alguna fabricación ó tráfico, que así el trabajo se distribuye mejor, el fondo social se aumenta y se resisten mejor los tropiezos consiguientes á toda especulación en su comienzo.

El Estado puede al comercio y á la industria favorecer de una manera directa, estudiando las condiciones de los artículos y la potencia productora y consumidora de la Nación y llevando estos estudios á los aranceles de aduanas sin caer ni en exagerado proteccionismo ni en absoluto libre cambio, sino en la oportunidad de aplicación, para que reporte mayores beneficios á la industria nacional. Debe fomentar exposiciones y concursos, favorecer el tráfico, perseguir el fraude, activar las relaciones con las repúblicas americanas y demás países á donde se puedan exportar nuestros productos y facilitar el transporte de los mismos mediante una revisión de las tarifas de ferrocarriles.

Atrasadísima va España en lo que se refiere á vías de comunicación. Hay muchos puntos completamente apartados de los ferrocarriles y regiones importantes y ricas atravesadas por alguna línea, pero con servicio de trenes detestable, malo el transporte de viajeros y peor el tráfico de mercaderías. En muchos casos cuesta más el traslado de los géneros de un

punto á otro, no muy distante, de la Península que su introducción del extranjero, aun con el pago de los derechos de entrada. Debemos abreviar y por eso omitimos el consignar muchos abusos de los ferrocarriles españoles, que estarían bien en algún trabajo sobre tarifas de transporte, pero no en uno dedicado exclusivamente al comercio y á la industria de Segovia (1).

MARIANO SÁEZ ROMERO.

Continuará.

(1) La economía de los transportes es de un 80 por 100 en el precio y de un 66 por 100 en la rapidez, según Tovice. *La transformation des moyens de transport.*

ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA Y SOCIOLOGÍA CRIMINAL ⁽¹⁾

CAPÍTULO V

El bandolerismo en España bajo Fernando VII. — La moralidad y la seguridad pública en este período según Fernández de los Ríos. — El bandolerismo en Salamanca y otros pueblos desde fines del siglo XVIII.

I

El *bandolerismo*, que desde las épocas más lejanas se manifestó con mayor ó menor extensión y con caracteres de una maldad que á veces llegaba hasta la ferocidad, en nuestra patria, llegó á su período álgido, á su mayor grado de exacerbación, por decirlo así, durante el funestísimo reinado del in-calificable Fernando VII, figura de las más repulsivas que la historia registra, reinado en el que la agricultura, la industria y el comercio casi desaparecieron, en el que un fanatismo tan ignorante cuanto desenfrenado se oponía á todos los adelantos y progresos, en el que se condenaba la instrucción y se anatematizaba por un malamente llamado centro docente la *fatale manía de pensar*, y se persiguió y hasta hizo perecer en el cadalso á varones ilustres, á patricios eminentes, y se vitorearon las *cadena*s, y se multiplicaron los *baldíos*, y se cubrió el país de conventos, mansiones suntuosas del *dolce far niente*, y se cerraron las Universidades, y llegó la miseria á constituir la regla general. Un atraso llevado á sus últimos límites, una ignorancia universalizada, una arbitrariedad estúpida erigida en sistema, una desmoralización que inficionaba todas las capas sociales descendiendo de las más altas, un descono-

(1) Véase la página 459 de este tomo.

cimiento absoluto de los derechos más sagrados, una mendicidad profesional reglamentada, constituida por vagos en las ciudades y por vagabundos en la campiña, todo esto, junto con vetustas leyes y no menos vetustos y rutinarios tribunales, no podía menos de producir, como produjo, un aumento y recrudecimiento extraordinarios de la criminalidad. La inseguridad de los bienes y de las personas llegó á un extremo inconcebible, dejando atrás lo que acontecía bajo Felipe IV y Carlos II; el *bandolero*, el *forajido*, el *trabucaire*, el *roder* llegaron á reinar cual señores absolutos en los campos; *bandas* de malhechores penetraron en las mismas ciudades; los robos y los asesinatos se repitieron á diario y por todas partes; los mercaderes y los viajeros se vieron precisados á comprar el salvoconducto de los jefes de cuadrilla; el aldeano cobijó en su casa por temor y pagó tributo al malhechor, consiguiendo con ello seguridad relativa, y hasta en la corte las sombras de la noche inspiraban justificado terror al ciudadano pacífico.

—Esto, que en manera alguna de exageración puede calificarse, es lo que se desprende de cuanto hemos dicho del *bandolerismo* en Cataluña y del cuadro magistral pintado por el inolvidable escritor D. Angel Fernández de los Ríos en el notable estudio que tituló *Las luchas políticas de la España del siglo XIX*. De él copiaremos algún pasaje.

«La moralidad privada—dice— corría parejas con la pública del Gobierno y los magnates. La falta de cumplimiento de sus deberes y compromisos, autorizada por el ejemplo del Gobierno, era cosa corriente; desde el grande de España, amparado contra sus acreedores por una *cédula de moratoria*, hasta el inquilino de una habitación ó arrendatario de una heredad, que se creía autorizado para no pagar al propietario por aquella regla de que *al que nada tiene el Rey le hace libre*, y las quiebras fraudulentas y las violaciones de depósitos entre particulares, eran una consecuencia lógica de las ejercidas por aquel Gobierno aternal. La seguridad privada de la propiedad y las personas era completamente un nombre vano, por falta de vigilancia en la autoridad. Conocidos son los nombres de *Jaime el Barbudo*, *José María*, *los Niños de Écija*

y otros héroes legendarios de esta calaña, que eran dueños absolutos de carreteras y travesías, y con quienes las empresas de transportes y hasta el mismo Gobierno y la Real Familia tenían necesidad de entrar en acomodos y pagar tributos, á manera de seguros para no ser molestados, ó bien que, indultados, alguna vez, de las penas merecidas, venían con ciertas condiciones á convertirse en escolta de los mismos viajeros á quienes antes desvalijaban ó hacían perecer. En las ciudades y en el mismo Madrid no eran menos frecuentes los ataques contra la propiedad y las personas, ejecutados, no con ingeniosos procedimientos y estudiada astucia, sino feroz y descaradamente, en medio del día, en las calles un tanto extraviadas, y escalando por las noches y penetrando en las habitaciones; y en cuanto á las personas, recuerdo, entre otros varios, el secuestro de una persona vecina de mi casa, arrancada violentamente del brazo mismo de su marido en la noche de la verbena de San Antonio, y el de otra no menos conocida que, saliendo de tertulia en la calle de Atocha acompañada de un criado, fué arrastrada por dos audaces libertinos hasta el cerro de San Blas, donde saciaron en ella su brutal apetito. Pero ¿qué más? Hasta el mismo claustro se vió contagiado de este desenfreno, siendo teatro del horrible asesinato del prior de San Basilio, perpetrado por su misma comunidad; y pudiera también recordar á un fraile, de no sé qué orden, que ví conducir al patíbulo por haber dado muerte, y con los más repugnantes detalles, á una mujer con quien tenía relaciones.»

II

Se necesita toda la seriedad y veracidad del distinguido publicista y de otros no menos notables que con él coinciden, para no creer puramente imaginativa esta sombría pintura de la sociedad española y de la criminalidad en una época que toca con la nuestra; pero se halla muy lejos de serlo. Todas las historias las retratan en términos muy parecidos, ya que no iguales. Parecen una reproducción, una copia de la sociedad y de la delincuencia de nuestra pobre nación en las

postrimerías de la casa de Austria, donde, como dijo el señor Cánovas del Castillo en erudito trabajo, «en los campos y las poblaciones pequeñas dominaba el facineroso, y en las grandes el ladrón asesino, y hasta en la misma corte, en las puertas del regio alcázar, se cometían audaces robos, se robaba en las casas empleando la violencia, y los *sicarios* ejercían casi á mansalva su repugnante oficio».

No es extraño que hechos tales se repitiesen después de transcurrido bastante tiempo, por cuanto sus causas generadoras eran las mismas: el medio ambiente moral era idéntico, y los resultados tenían que ser parecidos. En el *bandidaje*, más aún que en otras manifestaciones de la criminalidad, en especial la que se encamina contra las propiedades, es en el que se ha dado á conocer más perceptiblemente el influjo incontestable del factor social, sin que al decir esto neguemos el de los otros factores. Basta fijarnos en la situación económica, moral y política de un país para poder apreciar el mayor ó menor desarrollo de la delincuencia. Los reinados de Felipe IV, Carlos II y Fernando VII, y en algo el de Isabel II, así lo demuestran. Con las mayores discordias y perturbaciones económicas, políticas y sociales, con el casi aniquilamiento de las industrias, antes prósperas, con el atraso en la instrucción, con el desencadenamiento de ciertas pasiones, con la relajación de las costumbres, etc., coincidieron la mayor inseguridad y el mayor número de *atracadores*, *dronistas*, *salteadores de caminos* y, en general, de *bandidos*, con y sin organización. Mejoradas algún tanto aquellas condiciones, fué disminuyendo el mal en su intensidad, en su crudeza y en su extensión, y hoy apenas se manifiesta de vez en cuando.

Aquí deberíamos poner á la vista de nuestros lectores á los grandes *bandidos* andaluces y manchegos y algunos aragoneses, que tanta resonancia tuvieron por sus numerosos y á veces extraordinarios hechos criminales, principalmente en el primer tercio del siglo XIX; pero tanto se ha escrito acerca de ellos, que nadie hay que desconozca sus vidas y que no pueda separar lo cierto de lo falso de su leyenda. Por eso, por ser mucho menos conocido y por caracterizarlo perfec-

tamente, nos fijaremos en el bandidaje de una comarca castellana, que no es de las que más se han distinguido por la extensión de tal llaga, y que, por lo tanto, sirve mejor que ninguna otra para demostrar la exactitud de nuestras anteriores afirmaciones. Nos referimos a Salamanca y su provincia.

«El lunes 11 de Enero de 1802—se lee en la *Historia de Salamanca*, escrita por D. Marcial Villar y Macías—fueron ajusticiados diez y seis de los facinerosos que largos años aterraron no sólo á Salamanca y su provincia, sino á muchos pueblos de las limítrofes. Las cuadrillas de Chafandín, Periquillo, Cubero, Corneta, Patricio y Serrano sembraron el espanto y la desolación por donde pasaban, pues llenos de armas, rompiendo puertas y ventanas con pértigas de carros, vigas y otros instrumentos, allanaban las casas, profanaban los templos, violentaban las doncellas y maltrataban sacrílegamente á los párrocos; pero ¡qué mucho si hasta los individuos de las mismas familias de los malhechores eran víctimas de su ferocidad, como la mujer de Basilio Hernández, asesinada por éste, y el niño entregado por Catalina Pérez, su madre, para que los bárbaros compañeros de su padrastro Isidoro Sánchez (a) *Bocanegra* acabaran con él por haber sido causa del descubrimiento de sus delitos! Tales eran los que componían estas *bandas* de malhechores. El hijo de la Catalina, que había sido llevado al hospicio, tendría unos doce años. El día 27 de Junio de 1798 fué encontrado su cadáver en el río Tormes, con una piedra de dos arrobas atada á la cintura. Había una de dichas bandas dentro de la misma Salamanca, patrocinada y ayudada por algunos individuos de justicia, que impedían el descubrimiento de los que ejecutaban los innumerables robos que se perpetraban cada noche, poniendo á los vecinos en la dura necesidad de dejar centinelas para guardar sus hogares.»

En vano la autoridad civil estableció rondas; en vano la militar hacía que las calles fuesen recorridas por patrullas, que muchas veces dieron el alto á algún grupo sospechoso, grupo que á la voz de «¿quién vive?» contestaba «la ronda», descubriendo y mostrando el alcalde de barrio la insignia de su autoridad. Ante ésta, la patrulla militar se retiraba, y la ron-

da, convertida en grupo de bandidos, realizaba el robo. «El escribano Félix Martín Sánchez—añade el Sr. Villar—se valía de todo género de engaños para que en su oficio radicasen las causas de los facinerosos que habían caído en poder de la justicia, y les facilitaba medios para parecer sin culpa, y cuando no, les proporcionaba la fuga. Hombre astuto, que había alucinado al alcalde mayor, D. Pedro Manuel de Lezcano, que sólo por los ojos de él veía, fué causa de que el nombre de este juez no saliese tan limpio como debiera, cual lo confirma el haber sido condenado en dos mil ducados de multa por su inmoderada protección al escribano, adhesión á sus ideas y resistencia á formar una causa de oficio cuando era el delito notorio. Imposible parece que al terminar el siglo XVIII se hayan cometido tantos horrores, no en la fragosidad de Sierra Morena, sino en los honrados campos del Tormes y dentro del recinto mismo de su ciudad famosa.»

Los anteriores pasajes bastan, á nuestro entender, para dar idea de los caracteres y la extensión de un *bandillaje* que durante no pocos años se manifestó con pujanza inconcebible en una de las comarcas más morigeradas y tranquilas del antiguo reino de León; *bandidaje* organizado en términos que no sólo compite, sino que deja atrás al de los *roder* valencianos, de los *forajidos* manchegos, de los *secuestradores* y *bandoleros* andaluces y de los que hoy forman en Italia la *camorra* de Nápoles y la *maffia* de Palermo. Para persuadirse de ello es suficiente la lectura de la sentencia dictada por el tribunal militar, que, aun cuando deficientísima y omitiendo extremos que habrían servido para el estudio de la criminalidad, aporta datos interesantísimos. Cuatro fueron las principales cuadrillas: la de Roque (a) el *Cubero*, que contó con más de treinta individuos, siendo la que los tenía de posición social más humilde; la del alcalde de barrio y de hermandad Manuel Olmedo (a) el *Corneta*, que llegó á tener igual número que la anterior, contando entre sus miembros á D. Juan Barreda, ordenado de prima tonsura y graduado de doctor en teología, y á Marcelino García, maestro de niños; la de Chafandín, que era poco numerosa, y la de Patricio.

Dichas cuadrillas estaban perfectamente organizadas y re-

lacionadas entre sí, contaban con indignas protecciones y guardaban de tal modo sus secretos que cometieron no pocos homicidios para deshacerse de los que faltaban al sigilo. Por ser verdaderamente hecho curioso señalaremos la existencia de otra cuadrilla, de la que en un impreso de la época se hace mérito en los siguientes términos: «Segunda cuadrilla de las *negras*, Francisca María y su hermana, las *manolas* y otras mujeres con sus compañeros, que agavilladas con otras mujeres igualmente corrompidas y asociadas de tunos y rateros, saqueaban las alquerías de cuanto necesitaban para pasar una vida ociosa y relajada; amenzaban frecuentemente con la quema de las mieses (que alguna vez se verificó), robaban todo género de aves, cerdos, caballerías y cuanto se ponía por delante de una cuadrilla numerosa que, organizada por las noches con hombres que no parecían de día, vivía en medio de los montes, formaba una asociación como las de los antiguos gitanos, temible por todos títulos, y era como una escuela de ladrones».

No fiel expresión de la verdad, sino más bien creación novelesca, podría considerarse cuanto acabamos de decir; pero si se consideran las circunstancias tristísimas de nuestra patria en los dos más funestos reinados que en mucho tiempo tuvo, el desquiciamiento durante ellos de todos los organismos sociales, la falta completa de verdaderas fuerzas protectoras, los defectos y deficiencias de la administración de justicia, la general miseria, consecuencia de las malas leyes y prácticas gubernamentales, los elementos perturbadores que al par que se perpetuaban se hacían más numerosos, la absorción de las propiedades por las llamadas *manos muertas*, los privilegios odiosos que á la generalidad dañaban, etc., etc., se comprende perfectamente que no podía menos de crecer la criminalidad y revestir los peores de sus caracteres, predominando las formas más violentas y peligrosas, entre las cuales descuella el *bandolerismo*.

En todos los pueblos y en todas las épocas en que se han ofrecido condiciones y circunstancias semejantes, sobre todo en los momentos de perturbación moral y material, ha tenido y tiene incremento la criminalidad y se da á conocer bajo sus

más dolorosas manifestaciones, cuales los atentados contra la propiedad unidos á los contra las personas y frecuentísimamente seguidos por el asesinato. Así lo evidencia la historia de los *brigantes*, de los *salteadores de caminos* y en general la de los *bandidos*. La difusión y persistencia de estos crímenes y la multiplicación de tales malhechores acusan civilizaciones atrasadas, desequilibrio grande entre las distintas clases, empobrecimiento del país, trastornos y luchas políticas y de carácter social. Á medida que se normaliza la vida de los pueblos, que el bienestar se extiende, que se realizan adelantos, que se generaliza la instrucción, que los poderes públicos se establecen sobre sus bases naturales, que se moraliza la administración, que las fuerzas protectoras llenan su cometido, que se ponen en práctica racionales y por lo tanto científicas medidas preventivas, que se borran ciertas preocupaciones y supersticiones, que se corrigen los absurdos de los Códigos, renunciándose al *apriorismo* jurídico y que se suavizan y purifican en cuanto es factible las costumbres; á medida que todo esto sucede, la criminalidad disminuye, ya que no en su cifra total, lo cual desde Quetelet ha sido puesto en duda por varios eminentes criminalistas y sociólogos, en su cualidad, cambia sus formas ó invierte, cuando menos, las proporciones en que se manifiesta, de violenta y feroz va haciéndose astuta, y aun cuando sea profanando la palabra, científica, civilizándose, por decirlo así: al *bandolero* suceden el *timador*, el *topista*, el *espadista* y el *minador y ratonero*; sobre el ladrón vulgar se colocan los que utilizan ciertos procedimientos; el *timador* crece y por cima de todos se coloca el *estafador en grande*.

III

La misma comarca á que nos hemos referido evidencia la exactitud de las anteriores ideas en dos de los períodos tumultuosos de la vida nacional durante el siglo XIX y las primera y tercera de sus guerras civiles. El bandolerismo, que casi se había borrado en dicha región después de la represión militar

del año 1802, retoñó y se recrudeció al mismo tiempo que empapaban en sangre los campos de la desdichada España los fanáticos, ignorantes y desalmados sectarios del pretendiente D. Carlos. Entre otras cuadrillas de malhechores que surgieron, se distinguió por su organización y por sus numerosos robos, y tuvo por su principal asiento y campo de operaciones el territorio inmediato á la serranía de Francia y al vecino reino portugués, una compuesta de muchos forajidos, capitaneada por persona de posición, inteligente, astuta y muy audaz, que ejecutó con buen resultado infinitos robos, algunos de ellos tan atrevidos cuanto ingeniosos, y que desapareció sin que la justicia humana hubiera castigado á los que la formaban. La historia de esta cuadrilla pudiera figurar muy bien en las páginas más curiosas de la criminalidad moderna. Su organización fué de las más perfectas. No obstante de que tales malhechores fueron verdaderos forajidos, no llegaron á igualar en ferocidad á sus congéneres de los comienzos del siglo. Su jefe, que ocupaba bastante buena posición social y que mantenía relaciones algo íntimas con autoridades judiciales y administrativas, por desgracia más confiadas de lo que era conveniente, se valía de esta circunstancia para facilitar la ejecución de sus empresas y determinar su impunidad.

Uno de los hechos realizados por dicha cuadrilla, y que por su singularidad mencionaremos, lo fué el robo cometido en una alquería, y también debemos hacer mérito del efectuado en la casa parroquial de un pueblo importante, y del no menos audaz, aunque no tan ingenioso como los anteriores, conocido por el de los jaboneros. Todos tres revelan refinada astucia, junta con la mayor audacia, y en algo caracterizan á los criminales rurales de aquel tiempo. Una tarde, ya próximo á ocultarse el sol, se presentó en la alquería de..., correspondiente al partido judicial de Ciudad Rodrigo, un destacamento de milicianos nacionales, mandado por un teniente y un alférez, que conducía presos á varios facciosos. Acogido del modo más placentero por los hospitalarios labradores, el jefe encerró en una habitación á los presos, puso vigilantes, estableció centinelas en las avenidas de la alquería y, tomadas tan

indispensables precauciones, se pusieron á cenar alegremente, en compañía de la obsequiosa familia. Después de una no muy corta velada se recogieron á descansar, y cuando los habitantes de la casa se hallaban en lo mejor de su apacible sueño, se vieron sorprendidos por sus huéspedes, que, despojados de su disfraz y convertidos en facinerosos que eran, les arrebataron cuanto dinero, alhajas y objetos de valor tenían, marchándose tranquilamente y perdiéndose en las espesuras del bosque inmediato.

Con menos aparato, pero con mayor audacia, hicieron el robo en la casa parroquial, verificándolo en medio del día y precisamente en la hora en que casi todos los vecinos descansaban tomando el sol en las puertas de sus respectivos hogares. Se presentaron montando buenos caballos, seguidos de dos supuestos criados y vistiendo trajes de los que entonces usaban las personas de las clases más acomodadas de Salamanca. Estuvieron conversando con el párroco mientras comía, admitiendo los obsequios que les hizo. Luego que su víctima concluyó de comer y rezó las oraciones de rúbrica, le hicieron saber cuál era el verdadero objeto de su visita enseñándole las armas que llevaban ocultas. Ataron, amordazaron y encerraron al ama, robaron cuanto dinero y alhajas había en la casa, y le invitaron, al parecer muy cortésmente, pero de un modo bastante expresivo, á que les acompañase algún rato por el camino, previniéndole que le matarían si daba lugar á que los vecinos sospechasen lo sucedido. De ese modo, figurando gran amistad con el párroco, atravesaron el pueblo y penetraron en un encinar; allí se despidieron, alejándose con toda la velocidad de sus buenas caballerías.

Con la conclusión de la guerra civil, con la atenuación de la miseria general, con la apertura de carreteras y otras vías de comunicación que facilitaron el tráfico, con la mayor vigilancia, con el aumento de la población rural y, sobre todo, con la creación de la Guardia civil, desapareció el bandidaje organizado, el que puede decirse histórico, ofreciéndose tan sólo con el carácter de esporádico, y desapareció también el bandido legendario, quedando únicamente el forajido, representado por el *dronista* y el *salteador de caminos*. La mayor ci-

vilización y los adelantos á ella inherentes obraron en sentido favorable á la seguridad. Únicamente se retrocedió algún tanto en el período de convulsiones y perturbaciones políticas que siguió á la revolución del año 1868, fomentadas precisamente por quienes más gala hacían de amor al orden. Llegó á formarse alguna que otra cuadrilla, pero su existencia fué muy efímera. El medio ambiente no las era favorable, y así no pudieron desarrollarse. Las condiciones sociales y las circunstancias de España habían sufrido una modificación profunda, contrarrestando un poco el influjo de los trastornos. En Andalucía, en la Mancha, en Cataluña se formaron no numerosas bandas, pero no tardaron en verse exterminadas. Fueron los últimos chispazos del bandolerismo.

CONCLUSIÓN

Bastan, á nuestro entender, las brevísimas indicaciones que en el curso de este imperfecto estudio hemos hecho del *bandolerismo* ó *bandidaje* considerado en su conjunto, del de varios países y del especial de algunas regiones de España en distintas épocas, para fijar sus verdaderos y particulares caracteres, para que se adquiriera un completo conocimiento de su naturaleza, y para penetrarse tanto de las afinidades que lo unen, como de las diferencias que le separan de las otras formas de la delincuencia contra la propiedad.

Sirven también, en cuanto se refiere á varios de los grandes *bandidos*, *bandoleros*, *brigantes*, *salteadores de caminos*, etc., cuyo recuerdo han perpetuado las crónicas y anales judiciales, los escritores jurídicos, los literatos y las leyendas y tradiciones populares, para dar á conocer su psicología, las obscuridades de su alma y los tenues destellos de luz que á veces atenuaban sus tinieblas, los estigmas degenerativos que determinaron la vida de algunos y los no menos clarísimos signos fisio-psíquicos que en otros, en los más, revelaban al *criminal nato* ó *instintivo* de la escuela antropológica positivista italiana, y ponen, por último, de manifiesto el influjo que en la formación de su personalidad criminal tuvieron, á más

del antropológico, los factores físico y social, en especial éste.

Al estudiar el *bandolerismo*, y en ello hemos puesto particular empeño, hay que prescindir de las opuestas exageraciones con que se le ha presentado. Mientras que en las leyendas y tradiciones populares, en los romances y en otras producciones literarias se atenúan y á veces se refieren de un modo muy benévolo sus tristes proezas, y se pinta á célebres bandidos con colores que no tan sólo hacen simpáticas sus figuras, sino que les rodean de esa brillante aureola que únicamente debe circundar á los verdaderos héroes, á los grandes bienhechores de la humanidad, en otros escritos, principalmente en los que se conservan en los archivos judiciales, las descripciones de los hechos no pueden serles más contrarias, ni más repulsivos los retratos de sus autores.

De igual modo hemos debido alejarnos de los unos que de los otros, prescindiendo de cuanto pudiera inducir á error, y más de los primeros que de los segundos, pues mientras en aquéllos campean la imaginación y el apasionamiento de las impresionables y extraviadas multitudes, en éstos se refleja en algo la realidad. En el bandido, aunque varios parecieran á veces olvidarse de que lo eran, debe verse siempre al criminal, pero no todos lo son en igual grado. Por ejemplo, entre Claudio el *Molinero*, y el *Coix de Abiá* y Diego Alves media una distancia inmensa: en aquél aparece el desdichado pervertido, el extraviado guerrillero, cuyos buenos instintos vencen á los malos, y concluye siendo modelo de honradez; en éstos no hay más que maldad, y murieron como vivieron, siendo facinerosos.

Aun cuando no en igual grado que las demás formas de la criminalidad, pues mientras éstas crecen y se desarrollan, ella disminuye y estrecha los campos de sus proezas, merece el *bandolerismo* que en él se fije la atención científica, no sólo por su existencia pasada, sino por lo que significa para el sociólogo y el antropólogo criminalistas. Ya lo hemos dicho: el tipo del bandido, que va perdiendo su relieve ante los de los ladrones astutos y habilidosos y de los timadores y estafadores grandes y pequeños, es uno de los que mejor pueden ser-

vir de modelo para presentar la verdadera figura del delincuente nato ó instintivo y del profesional. Jamás desaparecerá la criminalidad violenta con propósitos de ilegítimos lucros, por lo mismo que siempre habrá hombres desprovistos por completo de los sentimientos de probidad y de piedad, y en la escala de esta forma de delincuencia ocupa el lugar más alto el bandido, temible cual ninguno. Fundados en esta creencia, sostenemos la utilidad de trabajos cual el nuestro.

MANUEL GIL MAESTRE.

DOS DE NOVIEMBRE

A LA MEMORIA DE MI HIJO JOSÉ MARÍA REGINO

¡Ángel inolvidable
de mis amores!
Hoy iré á tu morada
del camposanto...
Marcharé por los campos
cogiendo flores
y las iré regando
con triste llanto.

*
* *

Recordando, ángel mío,
tu breve historia,
la vida me parece
vasto desierto;
y hasta juzgo que sólo
por tu memoria
gimen hoy las campanas
tocando á muerto.

*
* *

¿Dónde fueron, de entonces,
las alegrías,
cuando en floridos campos
correteabas,

cuando, amante, en mis brazos
me sonreías,
cuando con tus hermanos,
feliz, jugabas?

*
* *

En la de negra seda
fornada caja
tus cenizas reposan,
aquí, en el suelo;
y el alma, que abandona
cuerpo y mortaja,
escucha mis plegarias,
allá, en el Cielo.

*
* *

Dolor inconsolable,
cruel, profundo,
me agobia en infinita,
negra tristeza;
para tu amante padre
valía un mundo
cada rubio cabello
de tu cabeza.

*
* *

Del otoño sombrío
los nubarrones
cubren ciudad y río
y valle y monte.
Por tu muerte, hijo mío,
viste crespones
la obscura lejanía
del horizonte.

*
* *

¡Ángel inolvidable
de mis amores!
Hoy iré á tu morada
del camposanto
¡y cubriré tu fosa...
con muchas flores!
¡Y cubriré las flores...
de amargo llanto!

LEOPOLDO PEDREIRA.

Cuenca 1903.

II

111

LA NIÑA GUAPA ⁽¹⁾

LEYENDA VALLISOLETANA

—Y ahora bien—dijo Sancho,—puesto que vamos á tratar de rescatarla, creo que nos convendría saber cómo la robaron.

—Eso lo sé yo.

—Cuentémelo, si gusta.

—Sí contaré. Se decía por Monforte que había en las cercanías una gran cuadrilla de ladrones; mi padre creía que, aunque efectivamente los había, no eran tantos. Un día de romería salimos al campo Gabriela y yo con dos criados y una criada; estábamos entre toda la gente, cuando repentinamente se movió un alboroto muy grande, empezando todos á correr y á gritar «ladrones, ladrones». Yo no pude darme cuenta de aquéllo, no tenía más que ocho años y Gabriela seis, nos separamos de los criados, en medio del tumulto y de los gritos yo cogí á la niña; pero una mujer muy furiosa y muy mala me pegó, me tiró al suelo, me pisó y se llevó á Gabriela. Ya no la vi más. Por fin la gente echó á los ladrones, volvieron los criados, buscamos á la niña y no pareció. Después mi padre trabajó mucho, hizo diligencias, ofreció dinero, y nada, los ladrones se habían ido á otras tierras. ¡Ay, señor Sancho! Devuélvanosla y le daremos lo que quiera. Dele á Caperuzo mucho dinero, nosotros lo tenemos.

—Se lo daré, si llega el caso. Aunque yo entiendo que Caperuzo no sabe que la niña tiene en Valladolid una tía y una hermana, que á saberlo ya hubiera propuesto esa forma de rescate. ¿Qué quieren los ladrones? ¿Y de qué les sirve la niña?

(1) Véase la página 481 de este tomo.

—En Monforte el capitán de los ladrones se llamaba Pericón, según decían.

—Á ese Pericón le habrán cogido ó muerto, sucediéndcle Caperuzo, y éste puede que no sepa la historia. En fin, el señor corregidor ha tomado á su cargo el que no me roben á Isabel, y también tomará el de rescatar á Gabriela. Veremos el todo cómo se logra. Si no da resultado, acudiremos al dinero.

—Pero ¿cómo Gabriela no ha pensado en nosotras, ya que ha podido salir de entre esa mala gente?

—Gabriela seguramente no sabe nada ni de su tía ni de vos, mi señora D.^a Beatriz. Ni tendrá idea de dónde está; hará mucho tiempo que no oye hablar ni de sus padres, ni de Monforte, ni de nada que la sea allegado; vivirá abatida, desanimada, ignorante y espantada; teme que la maten; oculta su nombre, se deja llamar Galita y creo que sólo por una extraña y repentina simpatía ha dicho á Isabel que se llama Gabriela Sarmiento.

Á pesar de los juiciosos razonamientos de Sancho, lo extraño del caso, la escasez de los datos y el perentorio deseo alteraban mucho los ánimos de D.^a Aldonza y D.^a Beatriz. Se encolerizaban y afligían á la vez por la imposibilidad de hacer en el momento cosa de provecho. Sancho, tras breve pausa, siguió:

—No perdamos el tiempo; lo importante es obrar; que D. Alonso vaya lo antes posible á verse con el señor corregidor; yo, por mi parte, haré cuanto pueda por adelantar algo.

—Sí, Sancho, sí; hacedlo, y llevad dinero por si se necesita. Yo os daré doscientos ducados por el pronto.

—Por ahora, señora, no hacen falta; más tarde, ya se verá. Tras esto despidiéronse, salió Sancho á la calle y comenzó á callejear lentamente, pensando en lo arduo de los casos que se le presentaban. El de Isabel imaginó que con la intervención del corregidor llegaría á resolverse bien; pero el de Gabriela era mucho más difícil. ¿Qué hacer? ¿Cómo principiar? Al fin cayó en que la llamada hecha por D. Melchor á don Alonso era para el asunto, que de ella saldría una decisión y que lo que él tenía que hacer era esperar esto, y luego ayu-

dar eficazmente á que se cumpliera lo decidido. Todo ello sin perjuicio de husmear entre la gente para descubrir lo que pudiese. Así andando y así cavilando, se encontró á la puerta de la casa donde vivía el alférez Fontecha. En el momento que llegaba le vió salir.

—D. Álvaro, oiga una palabra.

—No puedo, Sancho; me acaba de llamar con urgencia el señor corregidor.

—Pues vaya su merced, vaya, que yo no le detengo. Si algo tiene después que decirme, en mi casa estaré.

Con la llamada de D. Álvaro comprendió Sancho que los asuntos estaban en marcha, que tal vez se resolvería algo prontamente, y que lo mejor que podía hacer era volverse á su casa y aguardar en ella la orden ó recado que le mandasen. Hízolo como pensaba, y halló á la pobre Isabel siempre asustada y congojosa, aunque se esforzaba por no parecerlo.

Calmóse un poco cuando vió á su padre y éste la contó lo que había hecho, con más el descubrimiento de que la infeliz Galita era realmente D.^a Gabriela Sarmiento.

—Ya me parecía á mí, las pocas veces que le he dado limosna, que en esa pobre chica había algún misterio. ¿Tratarán de rescatarla?

—Sí, y yo he prometido ayudar á ello.

—Bien hecho, yo lo prometo también.

—¡Tú!

—Sí, padre; si algo puedo, lo haré. Es un horror robar á una niña y tenerla como la tienen. Soy una pobre mujer, pero si de mí depende...

La actitud de Isabel al hablar así era enérgica y resuelta, parecía haber olvidado su propio peligro. Sancho la miró sorprendido.

—Me alegro de verte tan valiente.

—Quién sabe...

—Es verdad, no sabe nadie...

Siguieron buen rato padre é hija, á veces callando y á veces hablando; el primero revistó detenidamente el arcabuz, la espada y la alabarda que tenía en su panoplia, preparó muni-

ciones, se ciñó el coselete y se probó el morrión. Pasaron horas, y á la de anocheecer llegó D. Álvaro y dijo:

—Ya lo se todo, y por primera maniobra, esta noche, Sancho, estad á las diez y media junto á la puerta de la calle; darán un golpecito en ella desde fuera; preguntad quién es, y os contestarán Santa Isabel, vos responderéis Iglesia, y os volverán á responder Imagen. Entonces abriréis y dejaréis entrar á los que vengan. ¿Ya sabéis de esto, eh?

—Sí, es el santo y seña.

—Pues nada más y adiós, que tengo que hacer en otra parte.

Salió, asomáronse Sancho é Isabel á una ventana para verle marchar, y en este momento apareció Juan en la calle. Vió á los dos, se paró como sorprendido, notó que una y otro le miraban con cierta afabilidad, é hizo una corta indicación de saludo.

—¿Le llamo, padre?

—No, mujer, no; si hace falta ya le avisaremos.

Juan, después de cortas paradas, echó á andar tras de don Álvaro, á quien había visto. Alcanzóle pronto.

—Buenas tardes, señor alférez Fontecha.

—Dios te guarde, amigo Juan; me alegro de que nos encontremos, porque pensaba buscarte.

—Pues aquí me tiene su merced. Mande lo que quiera.

—Quiero enseñarte algo del servicio militar: el saber no estorba.

—¿Qué va á ser?

—Un reconocimiento, como si tuviéramos enemigos ocultos dentro de la ciudad. Le haremos entre los dos. ¿Quieres llegarte á mi casa á eso de las once de la noche?

—Sí, señor.

—Lleva alguna arma, por si acaso

—Llevaré la barra y una pistola. ¿Ocurre algo?

—Nada hasta ahora. Lo que ocurra ya lo sabrás.

Siguieron hablando un rato, separáronse después y cada cual tomó por su camino.

*
* *

Llegó la noche, sonó la queda, concluyó el ir y venir de las gentes; cada vecino se metió en su casa, quedó el barrio en soledad y silencio, y se fueron apagando las luces, á excepción de los farolillos que de sitio en sitio alumbraban Ecce-Homos, Vírgenes ó Santos colocados en nichos abiertos en las paredes. Sancho é Isabel velaban esperando lo que sucedería. Á eso de las diez oyeron el monótono paso de una ronda que cruzó sin detenerse. Á poco bajó Sancho á colocarse junto á la puerta de la calle. Nada apercibió, pero cuando su intranquilidad principiaba á marcarse, sonó un callado golpecito en la puerta.

—¿Quién?

—Santa Isabel.

—Iglesia.

—Imagen.

Abrió Sancho y entró un hombre armado, y tras él otro y otros hasta catorce, todos con absoluto silencio. Cerró el mismo Sancho, y el primero que había entrado le dijo:

—Señor Sancho de los Arcos, somos cuadrilleros de la Santa Hermandad y yo el cabo. Me llamo Antón de Perea. Venimos de orden del señor corregidor á guardar vuestra casa. ¿Se puede entrar en ella por algún otro sitio que la puerta?

—Sí, por una buharda que de los desvanes sale al tejado.

—Está bien.

El cabo dejó cuatro hombres en el portal, colocando uno de centinela; subió al desván y situó junto á la buharda otros cuatro, y con los cinco que le quedaban se estableció en el cuarto donde habitaban de ordinario Sancho é Isabel. Los cuadrilleros eran todos hombres hechos, con buena traza de soldados, aspecto grave, andar reposado, mirada tranquila y pocas palabras: gente, en fin, avezada á servicios como el que les estaba en aquel momento encomendado. Todos traían espada y arcabuz, con más unos saquitos al parecer de algún peso. Y dijo el cabo:

—Nosotros permaneceremos ocultos en la casa, no sólo esta noche, sino mañana todo el día; importa que nadie nos vea ni se aperciba de que estamos aquí; calladlo, pues, y no mostréis indicio de nada. Os podéis acostar, y lo mismo vues-

tra hija, que nosotros velaremos para acudir á lo que ocurra.

—Haremos cuanto su merced dice, pero mañana algo habrá que buscar para comer.

—No pase cuidado por ello, en esos saquitos traemos para mañana y aun para pasado.

—¿Y dormir?

—Las sillas bastarán, y cuando no el suelo, que á más estamos acostumbrados.

Los cuadrilleros callaban como confirmando los dichos de su jefe.

—Y sabed que si el señor corregidor tiene ganas de ahorcar á esos tunos, también las tenemos nosotros de escarmen-
tarles y librar á la ciudad de plaga tan dañina.

Retiráronse Sancho é Isabel á sus dormitorios, quedó la tropa establecida en la casa, acomodóse cada cual como pudo, vigilaron los centinelas, el cabo recorrió frecuentemente los puestos y la noche pasó sin novedad.

CAPÍTULO VI

EN EL QUE SE RELATA CÓMO EL ALFÉREZ DIÓ AL HERRERO
UNA LECCIÓN PRÁCTICA DE SERVICIO DE CAMPAÑA.

Entre tanto, Fontecha y Juan hacían el reconocimiento nocturno proyectado. Acudió el segundo á casa del primero á las once, con perfecta puntualidad y armado con su barra, una pistola y un gran cuchillo. Tomó el alférez su espada, otras dos pistolas y un broquel y ambos salieron á la calle. Llegados al barrio sospechoso, dijo Fontecha:

—Aquí empiezan las precauciones, Juan amigo; pongámonos cada uno junto á una fila de casas y pegados á ellas, agachémonos y andemos sin ruido para que se nos vea lo menos posible. Cuando llegues á una bocacalle te paras, asomas la cabeza; si ves algo, avisas; si no ves nada sacas, el cuerpo y te metes por la calle, escucha, y para escuchar mejor te echas al suelo y aplicas á él el oído, y tras esto, si no ocurre novedad, seguimos nuestra operación. Yo, mientras miras y escuchas,

estará parado. Si la bocacalle se presenta por mi lado, yo seré el que mire y escuche y tú te paras. Vamos andando.

Anduvieron, encontraron bocacalles, hicieron uno y otro lo dicho, y nada advirtieron, ni ningún vecino les vió ni oyó. Llegaron á un callejón estrechuco y revuelto; en él apenas cambiaban los dos de frente y siguió Fontecha aleccionando:

—Pongámonos uno tras otro como á ocho pasos, tú delante que tendrás mejor vista, y sigamas despacio y sin ruido.

Hiciéronlo así, y ya en uno, ya en otro orden, recorrieron lo más del barrio sin advertir cosa particular, ni oír otra que el acompasado andar de alguna ronda. Llegaron al portillo de la Merced, salieron por él y se encontraron en el campo.

—Ahora—siguió el alférez—vamos á buscar la puerta de Tudela; yo iré junto á las tapias, tú separado unos veinte pasos; marcha á mi altura y observa.

Colocáronse ambos en el nuevo orden, y á poco Juan se acercó á D. Alvaro, diciéndole:

—Gente viene.

—Veamos quién es.

Fueron los dos y se colocaron echados en el suelo junto al lindero del caminejo que conducía de la ermita de San Isidro á la ciudad. Efectivamente, por aquel camino avanzaba gente; á poco se columbró que eran dos hombres, y algo después se oyó su conversación.

—Mira tú—decía uno,—si ahora nos saliesen los ladrones que andan por ahí...

—Nos daban una paliza y nos dejaban sin un cuarto.

—Yo poco llevo.

—Yo lo mismo.

Ésto y algo más oyeron los escondidos Fontecha y Juan.

—Dime—preguntó calladamente el primero,—¿qué animal corre más en el mundo?

—La liebre.

—Te equivocas, corre el más miedoso, y si no ahora verás.

Adelantaban charlando los dos viandantes, harto descuidados de mal encuentro, y así acertaron á pasar muy cerca de los que aguardaban. Entonces Fontecha, ahuecando la voz, mandó:

—Callen y sigan su camino.

Los pobres hombres se quedaron estupefactos, encogidos y hechos una pieza. Y siguió Fontecha:

—¡Anden de prisa ó voto á Dios!...

—No aguardaron nueva intimación, y sin pararse á mirar dieron á correr como alma que lleva el diablo.

—¿No te lo decía, Juan? ¿Has visto liebre que corra tanto?

—Ninguna.

Tras este episodio volvieron á las tapias á continuar su exploración en el propio orden que antes traían. En ella andaban, siempre precavidos, cuando Juan volvió á acercarse al alférez.

—Allí veo tres ó cuatro que vienen hacia nosotros.

—También los veo yo; parémonos.

Los señalados avanzaban lenta y cautelosamente, Fontecha y su compañero los miraban con principio de sospecha; pegáronse á la pared y se estuvieron quedos. Juan miró hacia el lado opuesto y

—D. Álvaro—dijo,—por allí vienen otros.

—Cierto es. ¿Si habremos caído en una ratonera? Por si acaso, prepárate.

Permanecieron quietos mientras los dos grupos iban acercándoseles. Al cabo uno de ellos llegó cerca, y entonces Fontecha preguntó con voz de mando:

—¿Quién va?

—¡Acabáramos!—contestó la conocida voz del alguacil Gil de Azcona.—¡Pues si es D. Álvaro! ¡No nos ha dado su merced mal quehacer! Salga y muéstrese al señor corregidor, que aquí viene.

Salieron Fontecha y Juan, y D. Melchor de Andrade, que con efecto allí iba, les dijo:

—Bravo chasco ha sido; les vimos salir por el portillo sin saber quiénes eran, les seguimos un poco, vimos por dónde tomaban y dividí mi gente para cogerles entre dos fuegos; pero afortunadamente la prevención ha sido inútil. Pero algo os habéis distraído, D. Álvaro, porque según el tiempo...

—Sí, nos hemos entretenido en hacer papel de ladrones y asustar á dos mentecatos.

Y contó lo sucedido.

—Cosas vuestras, D. Álvaro. Y ahora sigamos nuestro camino. ¿Queréis que, por lo que pueda acontecer, os preste dos alguaciles? Son gente probada.

—Muchas gracias, no creo que me hagan falta; Juan y yo bastamos para pocos, y si son muchos ya evitaremos la pelea.

—Pues id con Dios, y hasta mañana.

El corregidor y su ronda tomaron hacia el portillo de la Merced, al paso que Juan y el alférez continuaban á la puerta de Tudela. Entraron por ella, siguieron callejeando, no les ocurrió aventura ni desventura, y después de un buen rato,

—¿Sabes, Juan—dijo D. Álvaro—que ya llevamos cuatro horas de correría y no nos vendría mal descansar un rato?

—Por eso no quede; yo conozco cerca de aquí un sitio donde podrá su merced sentarse y estar media hora ó una. No es muy limpio ni frecuentado por personas de valer, pero para el caso sirve. Lo que importa es que no nos vea el señor corregidor, porque en algo se falta allí á lo que su señoría tiene mandado.

—Pues ¿qué es ello?

—Una taberna que se abre para los que saben llamar de cierto modo.

—Á falta de casa mejor, guía á la taberna. ¿Qué tal es el tabernero?

—Buen hombre, salvo lo de abrir la puerta de noche.

Siguieron andando, paróse Juan ante una puerta de arco pequeña y vieja, se agachó, metió la mano por una gatera, encontró una cuerda y tiró de ella. No se oyó ruido de campanilla ni cosa parecida; pero á los dos minutos próximamente se abrió en silencio la puerta, sin verse quién la abría. Entraron los dos á un portal oscuro y húmedo, oyeron que la puerta se cerraba, y entrevieron un hombre que sin decir palabra les guió por un pasadizo largo, á cuyo final abrió otra puerta por la que entraron los tres á una salita mal alumbrada por tres farolillos y provista de algunas mesas y taburetes y un mostradorcillo, en el que había un pellejo de vino, botellas de rosoli y aguardiente, vasos y platos con guisotes

de taberna. El hombre que había guiado fué á colocarse en el mostrador; junto á una de las mesas estaba sentado otro individuo, que parecía dormir echado sobre sus brazos.

—Dios te guarde, Cristóbal—dijo Juan; —aquí venimos este amigo y yo á descansar un rato.

—Descansa lo que quieras, así como tu amigo, que es el alférez Fontecha, al cual conozco bien.

—¿Vos me conocéis?

—¿Quién no os conoce en Valladolid?

—¿Y qué más señor, Cristóbal?

—¿Y quién no aprecia á vuesa merced?

—¿Vos me apreciáis?

—Y mucho.

—Bueno es tener amigos en todas partes. Traednos algo de lo mejor que tengáis para ir entreteniendo el tiempo.

—Les traeré cordero asado y un poco de rosoli, que es bueno, puesto que lo hago yo mismo y lo guardo para los amigos.

—Vengan el cordero y el rosoli.

Mientras el tabernero iba por ambas cosas, Juan dijo:

—Algo voy aprendiendo con las lecciones de su merced, señor D. Alvaro.

Fontecha, en vez de contestar, le hizo una seña mostrándole al que dormía ó parecía dormir. Juan levantó su barra y miró al alférez; éste le indicó que se estuviera quieto. Vino el tabernero con los víveres, pusiéronse los dos á cenar y charlar, del tiempo, del vino, de las cosas de Flandes y de otras menudencias sin relación con lo que habían hecho y pensaban seguir haciendo aquella noche. Al cabo de un rato, el que dormía ó fingía dormir se incorporó, pidió su cuenta, pagó y salió precedido de Cristóbal, que fué con él para abrirle la puerta. Volvió á poco, y preguntóle Fontecha:

—¿Quién es ese pájaro?

—¿Ese? Chupalámparas.

—Famoso nombre. ¿Y quién es Chupalámparas?

—No sé á punto fijo. He oído decir que antes era sacristán de un pueblo; ahora vive aquí, no tiene oficio ni beneficio, pero sí dinero; no es borracho, ni quimerista, ni hablador, ni

mujeriego; viene á casa pocas veces, paga bien y no sé más.

—Pues si no tiene oficio ni beneficio y gasta dinero, de seguro que es un tunante.

—Yo le conozco de vista—añadió Juan—y no me fío de él; tiene mala mirada.

—Y ¿á qué ha venido esta noche?

—No puedo decir; llegó, se sentó, tomó un vaso de vino, se durmió y se marchó.

—Habrá que ver eso y ajustarle las cuentas.

Algún tiempo más estuvieron nuestros dos exploradores en aquel tabernucho; salieron por fin y continuaron sus correrías, sin que en la primera media hora les ocurriera cosa particular. Pero pasado este tiempo dijo Fontecha calladamente:

—Escucha, Juan, y no vuelvas la cabeza; alguno nos sigue; siento pasos tras de nosotros.

—También yo.

—Debe ser ese tuno de Chupalámparas.

Siguieron andando y siguieron oyendo los pasos como recatados y cautelosos. Al cabo el alférez se decidió á averiguar lo que era. Doblaron una esquina, se pararon y dijo á Juan:

—En cuanto llegue, échale mano y que no se te vaya.

Púsose nuestro hombre al acecho; pero el perseguidor, al llegar á la esquina, en vez de doblarla sencillamente, se echó al otro lado de la calle y empezó á describir una curva que evitaba el ángulo. Á poco de principiar descubrió á Juan, y en el punto de verle dió media vuelta y comenzó á correr como un galgo. Pero le valió poco; Juan colocó su barra horizontal por encima del hombro, la balanceó un poco y la disparó á manera de dardo, con tal fuerza y acierto que dió al fugitivo en la espalda tan recio golpe que le derribó al suelo. Acercáronse los dos al caído, que ya se levantaba, le miraron, y con efecto, era Chupalámparas.

—¿Á qué nos seguías, tuno?

—Yo no seguía á vuesa merced.

—¿No?

—No, señor.

—Te voy á entregar al corregidor.

—Yo soy un hombre honrado, no tengo nada que ver con el corregidor.

—¿De qué vives?

—Su merced no tiene por qué preguntarme eso. Su merced no es de justicia.

—Me pareces un redomado pillo. Procura que no te coja en otra, porque si te cojo, los señores oidores y alcaldes de la Chancillería se encargarán de averiguar de qué vives. Ahora vete.

Chupalámparas se fué, renqueando del golpe y la caída, Fontecha y Juan le miraron irse, y cuando desapareció, el primero dijo:

—¿Sabes por qué le dejo marcharse?

—No, por cierto.

—Pues porque mañana contaré al corregidor lo ocurrido, le diré mis sospechas, haré que los alguaciles den tras él y puede que algo se averigüe de cosas que importan mucho.

—Lo hace su merced y está bien hecho.

Siguieron todavía rondando un rato nuestros rondadores hasta que empezó á alborear, que se separaron, yéndose cada uno á su casa.

LEANDRO MARISCAL.

(Continuará.)

POLÍTICA INTERIOR Y EXTERIOR

I

Fecundo ha sido el mes en agitaciones y violencias, desde las que surgen mezquinamente en las encrucijadas de una política tortuosa, donde toda pequeñez tiene su asiento, hasta las que estallan en brusca sacudida exteriorizando tumultuosamente hondas crisis sociales.

Al escribir estas líneas ignoramos la resonancia que tendrán los ya tristísimos sucesos de Santander y de Valencia, donde un triunfo electoral ha tenido funesto epílogo de sangre.

* * *

Ningún acontecimiento de los que han fijado la atención pública es comparable en magnitud y gravedad á la huelga general de Bilbao, que ha llevado á una de las poblaciones españolas más exuberantes de vida el tenebroso cuadro de lo que es una ciudad muerta.

Mientras el cuarto estado se agita en demanda de reivindicaciones y derechos, ¡qué triste, qué doloroso es el choque entre el orgullo, el egoísmo y la codicia, de un lado, y del otro la desesperación, el odio y la venganza!

Días de luto, familias numerosas careciendo de pan, hombres fusilados por la fuerza pública, el estruendo de las descargas de maüser sustituyendo al rumor de las fábricas, suspenda toda la vida de una ciudad y perdido el sosiego de sus habitantes: he aquí el cortejo producido en Bilbao hace pocos días por la actitud intransigente de los patronos y las agresiones desesperadas de los obreros.

Claro es que tales movimientos son tanto más fugaces cuanto más violenta es su tensión; pero obsérvese que en cada uno de los que se suceden preséntase la falange traba-

jadora más compacta en su unión, más organizada, más resistente, más viril.

Cuando millares de hombres afrontan impávidos la miseria y la muerte, no ya por mejorar las condiciones económicas de su labor, sino por afirmar su derecho de personalidad y mantener su espíritu solidario, que afianzan los centros de resistencia, dígame si ha sonado ó no la hora de que los poderes constituídos, por instinto de conservación, si no por filantropía, sacudan el peso de prejuicios arcaicos y leyes mohosas, y descendiendo de la estéril región de los principios á la realidad práctica, abran cauce franco al aluvión formidable que se les viene encima, antes que éste salve amenazador diques inútiles.

* * *

Nada más confuso, más laberíntico en la forma y más vacío en el fondo que la situación interior de nuestra política, con sus partidos acéfalos, sus emboscadas en la sombra, su división infinitesimal.

Los republicanos, compactos ayer, inician ya el fraccionamiento y la rivalidad en sus filas. Los liberales buscan, nuevos Diógenes, un hombre que por ningún lado se deja ver, y posponen á sus luchas y personalismos el ideal, nonnato aún, que han de inscribir en su bandera. Los conservadores, no repuestos de la herida que les infirió la retirada del Sr. Silvela, mal pueden contener su espíritu inquieto y errabundo.

Cierto es que de sus actuales fuerzas ninguna es más apta que la acaudillada por el Sr. Villaverde para el gobierno. Su orientación práctica hacia las reformas materiales y la política económica es una reacción saludable contra el idealismo aparatoso en que han solido navegar tantas situaciones políticas.

Y el pueblo, el buen pueblo, tan acusado de rebelde y escéptico por la elocuente y apocalíptica oratoria del Sr. Silvela, se satisface con poco, es como un niño, que con la más leve caricia trueca en risas sus amenazas y sus *murrias*.

Bastó un poco de buena voluntad del Sr. Dato para que

el pueblo le aclamase como *ministro de los obreros*; han bastado dos disposiciones acertadísimas del Sr. Gasset, mandando á trabajadores españoles al extranjero, y alzando con los caminos vecinales la incomunicación en que vivían centenares de poblaciones contribuyentes, para que la opinión, sin distinción de partidos, se ponga incondicionalmente á su lado. La misma franca aprobación ha obtenido el aumento de sueldo á los maestros, anunciado por el Sr. Bugallal.

Pero el Gobierno ha incurrido en la torpeza ó en la desgracia de unir á sus huestes las del Sr. Romero Robledo, eterna alma de Garibay en la política española, desacreditado por la ligereza de su conducta y la versatilidad de sus rumbos; y la nota que, con justicia ó sin ella, acompaña á la intervención de sus amigos en los asuntos electorales ha creado un mundo de malevolencias y suspicacias.

No es ciertamente su presencia al frente del Congreso una garantía de imparcialidad y tacto.

La actitud de las minorías y la rudeza del ataque de los republicanos, lanzados tal vez con precipitación sobrada al retraimiento y la obstrucción, son frutos de estos recelos electorales y de algún descomedimiento parlamentario.

La Cámara española, llevando el choque de pasiones opuestas hasta convertir en cuestión personal entre dos jefes el debate entre dos políticas, muestra bien el estado tempestuoso de los espíritus.

Forzoso es reconocer que el Gobierno del Sr. Villaverde tiene en la coalición republicana un formidable enemigo, según demuestra el reciente triunfo de ésta en las elecciones de concejales celebradas en Barcelona, Valencia, Sevilla, Zaragoza, Granada, Bilbao, Pamplona, San Sebastián y otras poblaciones.

¡Cómo exigirle grandes victorias con tan poderosos contrincantes y con tan pobres aliados!

II

Las tendencias á la aproximación entre países distanciados por mutuos recelos han seguido su curso con el viaje triunfal de los Reyes de Italia á París.

Contrastando con la fría ceremonia empleada por la gran ciudad para recibir á Eduardo VII, el alma francesa ha vibrado á impulsos de la afinidad de raza, sin que las más intensas explosiones de afecto fueran turbadas por la imagen importuna de la *triplice*.

Es ciertamente ése un progreso en las costumbres de las naciones, y tal vez en la identidad étnica, es decir, en un vínculo que arranca de la raíz de los pueblos, pudieran cimentarse mejor que en fugaces conveniencias diplomáticas las amistades íntimas de país á país.

* * *

Á nosotros no nos visitan monarcas ni presidentes de poderosas repúblicas.

Nuestro aislamiento nos sustrae, lo mismo que á las demás relaciones internacionales, á las corrientes de aproximación latina, que hemos de limitar á platónicos amores trasatlánticos, y, á lo sumo, á estrechar lazos ibéricos, con la próxima visita de nuestro Soberano á Portugal.

Será difícil esta situación solitaria ante futuras contingencias que del lado de Marruecos pudieran venirnos; pero la opinión del país, como acaba de reconocer el mismo Sr. Silvela, rechaza temerosa toda alianza; y es que el instinto popular, más certero á veces que los planes de los hombres políticos, advierte el riesgo de cualquier aventura internacional, que fué siempre para nosotros sangría dolorosa.

* * *

No sólo es la vieja Europa, que tiene la guerra entre los legados de su tradición secular, la que se agita en son de combate con sus crueles luchas en Turquía y sus desórdenes balcánicos.

Por los países nuevos, recién abiertos á la luz de la civilización moderna, soplan también vientos de fronda.

El Japón aguza sus armas contra Rusia, alentado por su éxito reciente en China, y nos muestra que ese sentimiento heroico y quijotesco, tan censurado á nosotros, los soñadores, en nuestra última y desigual pelea, es achaque general

cuando se halla empeñado el amor propio, ó más bien el orgullo colectivo.

También los trabajadores, los espíritus prácticos y sesudos, cuando el sentimentalismo patrio les ataca, tórnanse belicosos, y sueñan con acometer á gigantes, sin reparar en que su celada sea de cartón, y su lanza una frágil rama de árbol.

Y si en el extremo Oriente míranse de reojo mogoles y slavos, en el extremo Occidente iníciase el comienzo de la inevitable querrela entre América del Norte y América del Sur, con motivo del canal de Panamá, donde se ha creado de hecho una república nueva.

Nada más viejo que el maquiavelismo internacional, como viejas son las ambiciones y las codicias. Los descendientes de Franklin atizan las discordias de los Estados del Istmo y alientan sordamente la protesta de las ciudades colombinas contra su Gobierno, como antes las de Cuba y Filipinas contra España; lo mismo que los antiguos soberanos asiáticos, hace veintiséis siglos, favorecían las rivalidades entre las ciudades griegas.

Es éste un consuelo amargo, pues nos muestra que los *anglosajones*, divinizados por sociólogos y economistas en punto á sus grandezas materiales, viven en un estado tan primitivo como las demás razas respecto á moral pública é internacional.

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.

1911

1911

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Hechos y explicaciones, por HERBERT SPENCER.—*Traducción de Siro García del Mazo.—Madrid, 1903.*

Cualquier opinión que se profese, á cualquier escuela ó partido que se pertenezca, no puede negarse que la evolución intelectual de nuestra época está dominada por dos grandes hechos. En el orden puramente intelectual, el prodigioso desarrollo de la ciencia y del espíritu científico —con Spencer á la cabeza,—hasta el punto de aplicar al arte y á la literatura procedimientos y fórmulas precisas de laboratorio. En el orden social, los progresos no menores de las ideas democráticas. Entre otras consecuencias estos dos hechos han traído consigo, especialmente el primero, una debilitación en las creencias religiosas de la humanidad. Es, ó al menos parece evidente, que la ciencia, fundada en el postulado de las leyes eternas y necesarias, esté en contradicción formal con la idea de un poder sobrehumano que gobierna el mundo á su antojo en orden á una inteligencia consciente y providencial. Las dos creencias pueden coexistir y, en efecto, coexisten en ciertos espíritus; pero éste es un fenómeno puramente personal y subjetivo. ¿Quién no ve, sin embargo, cuán dolorosa es esta inquietud para las almas jóvenes? Con un ardiente deseo de saber el secreto de las cosas, habían soñado avanzar cada vez más en el mundo del conocimiento, y he aquí que la ciencia modera sus ansias, y lo que el hombre quería conocer, esto es, lo incognoscible, muere en brazos del método seguro, pero lento, y de la fórmula neta, pero imprecisa. Habían soñado vivir en un mundo ideal, y se hallaron sumergidos en la lucha ardiente de las sociedades democráticas, y desalentados ante la ignorancia de la mayoría. Esperaban que las creencias religiosas disipasen las dudas que les atormentaban, y he aquí que el espíritu venerable del tiempo viejo parece esfumarse en una lejanía que lo hace más misterioso y amable. Entonces los jóvenes, refugiados en el arte como en la última trinchera, han iniciado una protesta desesperada contra todas sus más ínti-

mas aspiraciones y sus más profundos pensamientos, y frente á la precisión científica colocan la vaguedad, el ensueño, y se arrojan, para salvarse, á la fuente fresca de una pasión ideal donde buscan lo que el análisis y la observación les habían hecho perder, el amor de sí mismos y de la vida.

Estas ideas sugiéremelas la lectura del libro de Spencer, traducido últimamente al castellano. Porque, para mí, esto del escribir y del opinar escribiendo son procedimientos de que nos servimos algunos para arrojar eso que Goethe llamaba el *demonio interior*, sobre algo que viene á ser una especie de diario, de *alter ego*, un *ego*, un yo completo, con todos los matices del ser grabados en cada página, un yo que ofrece á simple vista todas las contradicciones. Diario en el que tan pronto se muestra uno escéptico y creyente, socialista y conservador, realista é intelectualista, tierno y cruel, egoísta y bueno: la eterna movilidad de la naturaleza, realizada de algún modo, erigida en cualidad positiva, de frente, de perfil, de pie y tan diferente, según la posición, que pudiera tomársele por otros tantos seres, y que, sin embargo, siempre se semejará desesperadamente á sí mismo. Y este perpetuo cambio, estas fugitivas apariencias á las que sólo el color de la tinta sobre el papel da alguna realidad, son mi personalidad, mi espíritu. Por eso hoy me siento anti spenceriano, anticientífico y hasta rehusaría carácter celeste á esos seres sobrenaturales que miran y sonrien como los esfinges...



Urbanización de Madrid. *Mejoras en el interior. Idea general del proyecto de reforma de la zona comprendida por las calles de las Fuentes, Arenal, Independencia, Amnistía, Requena, Bailén y Mayor hasta la plaza de Herradores, estudiado por el arquitecto D. MIGUEL MATET Y COLOMA.*—Madrid, 1903.

Tiene mucha razón el Sr. Mathet cuando dice que Madrid es una población necesitada de reformas urbanas, y que hay que pensar en ellas «no sólo por razones de salubridad é higiene, sino también por algo muy directamente relacionado con la cuestión social, íntimamente ligado con el trabajo del obrero, que puede afectar profundamente al orden público.»

Y es aún más indiscutible la opinión del Sr. Mathet cuando dice que «debería empezarse por un plan completo de reformas

que, con prelación establecido, fuera la ocupación por muchos años del capital y del trabajo».

El estudio del Sr. Mathet es de una lógica implacable, y á buen seguro que si nuestro Municipio fuese atento á mejorar de algún modo la suerte del obrero y á embellecer la Metrópoli, aceptaría esta reforma que el ilustrado arquitecto le propone sin dilación alguna.

P. G.-BLANCO.

* * *

R. BLANCO FOMBONA, *Más allá de los horizontes*.—Madrid, 1903.

Desde que Rubén Darío empezó á entusiasmar á los americanos con sus crónicas parisienses, magníficas, rebosantes de amenidad, de gracia y de elegancia, envueltas en cendal riquísimo de estilo, desde entonces, digo, no han cesado de nacer en el mundo literario hispano-americano cronistas — así se llaman ellos— y por derivación literatos, poetas, cuentistas, etc., etc.

Si no todos—sálvense á más del gran Rubén, Gómez Carrillo, Bonafoux y algún otro,—la mayor parte, á la sombra de los menos en cantidad, quieren ser, como ellos, grandes y, como ellos, solicitados por todos; pero puede asegurarse que del total naufragio en que perecen no salvan más que la *porse*, á veces ridícula, y un algo así como orgullo—no de artistas, sino de parisienses.

Más allá de los horizontes es un libro del cual á mí me placaría mucho saber en qué idioma está escrito, que no es el francés ni es tampoco—¡qué ha de ser!—el castellano, y como muestra de que es verdad lo que afirmo, transcribo unas líneas. Ha llegado el autor á la frontera rusa, le están registrando el equipaje, y dice de esta suerte: «A un viajero le quitan *su* paraguas. Tiene el paraguas no sé *cuál* mecanismo, y se piensa que puede ser un arma de fuego. A otro lo despojan de varios libros. Yo tuve la suerte de ser advertido con tiempo y pude esconder en los bolsillos del gabán un Nietzsche, *Il fuoco*, de D'Annuncio, y un volumen de Stedal. *Les stances*, de Jean Morcas, y una obra de Valera, *Morsamor*, las dejo en la maleta. ¡Que se las roben! ¡Ojalá que se las roben!»

¿Qué quiere decir *que se las roben*? Yo supongo que lo que desea manifestar el Sr. Blanco Fombona es que no le importa que le quiten á él esos dos libros, lo cual, á mi parecer, debe decirse:

¡Que *me* las roben! ¡Ojalá que *me* las roben! Y en ese caso, se me ocurre preguntar: Y si en tan poco aprecio tiene tales libros, ¿por qué los lleva en la maleta?

Así es todo el libro y así pudiera seguir su examen.

MIGUEL A. RÓDENAS.

* * *

Tratado de Agricultura, por D. PEDRO ESTELRICH, *catedrático*.
—2.^a edición.—Palma de Mallorca, 1903.—En 4.^o, 468 páginas,
10 pesetas.

Por las personas amantes del estudio es bien conocido el nombre de D. Pedro Estelrich, docto catedrático del Instituto General y Técnico de Palma, autor de importantes producciones científicas y literarias y conocedor prácticamente de las necesidades y faenas de la agricultura.

No es el Sr. Estelrich de los que no atesoran más ciencia que la que han leído en libros mejores ó peores, van á clase, explican la lección del día ó, más cómodamente aún, se ciñen á tomarla, y de esta manera salen del paso, desempeñando la enseñanza de una asignatura que conocen de *vista* ó de *oidas*. El Sr. Estelrich es un enamorado de la agricultura; ha recorrido algunos países extranjeros y buena parte de la Península española; en la hermosa isla de Mallorca, allá en el pueblo de Santa Margarita, de donde es oriundo, tiene una finca que es modelo de cultivos excelentes; algarrobos y almendros como los que hay en la posesión del sabio catedrático difícil es hallarlos en parte alguna. Constantemente ensaya los abonos, hace análisis, establece comparaciones y es, en resumen, D. Pedro Estelrich un hombre que reúne á la ciencia que se adquiere en los libros la práctica que dan las labores por él mismo personalmente dirigidas.

No es, por consiguiente, necesario afanarse en demostrar que su *Tratado de Agricultura* merece todo linaje de alabanzas; lo divide el autor en tres partes, denominadas respectivamente *Agronomía*, *Tecnología agrícola* y *Economía rural*, dentro de las cuales, y en otras tantas secciones, va examinando los puntos que siguen: Meteorología agrícola, Agrología, Fisiología agrícola, Fitotecnia, Zootecnia, Industrias rurales, Economía rural analítica y Economía rural sintética.

Cuanto puede interesar al agricultor, en concepto general, se halla expuesto en el *Tratado* del Sr. Estelrich con claridad y pre-

cisión tales que la comprensión es sencillísima; nada huelga; el estilo es didáctico, sin el vano ropaje de retórica indigesta.

Reciba nuestra cordial enhorabuena el inteligente autor, y recíbanla también sus alumnos y cuantos estudien por obra tan magistralmente escrita.

UN INGENIERO.

* *

Discurso y Memoria leídos en el día 20 del pasado mes de Octubre en el Colegio Nacional de Sordo-mudos y de Ciegos, por D. PEDRO MOLINA Y MARTÍN.

De todas veras felicitamos al Sr. Molina. Su trabajo, lo mismo en la forma que en el fondo, es digno de uno de los establecimientos que ha adquirido justa fama en España y en el extranjero.

* *

Del giuramento de S. M. Cattolica D. Alfonso XIII, Re di Spagna, por ANTONIO PADULA.—*Napoli, 1903.*

El Sr. Padula es uno de los ilustres escritores extranjeros más entusiastas de las glorias tradicionales de España. Ostenta en su pecho hace muchos años la placa de honor y mérito de la Cruz Roja española, ha sido condecorado con la encomienda de la Real y distinguida Orden de Isabel la Católica y le admitieron en su seno las Reales Academias de Buenas Letras de Barcelona y de Sevilla y la de Jurisprudencia y Legislación de Madrid.

En el folleto que acaba de publicar, dedicado al Rey de España, después de una sucinta relación, muy bien hecha por cierto, de la vida de nuestros doce reyes Alfonsos, se halla una inspiradísima composición poética acerca del juramento de D. Alfonso XIII en el día 17 de Mayo de 1902. Esta composición se encuentra traducida á las lenguas latina, española, portuguesa, francesa, rumana, tudesca, inglesa y sueca.

PEDRO ANSÚEZ.

